



Jornada médica en un velorio

Rafael Olivera Figueroa



2

65 aniversario

COSTA-AMIC


Editorial Alfíl

**JORNADA MÉDICA
EN UN VELORIO**

Jornada médica en un velorio

Rafael Olivera Figueroa



Editorial Alfil

Jornada médica en un velorio

Todos los derechos reservados por:
© 2008 Editorial Alfil, S. A. de C. V.
Insurgentes Centro 51-A, Col. San Rafael
06470 México, D. F.
Tels. 55 66 96 76 / 57 05 48 45 / 55 46 93 57
e-mail: alfil@editalfil.com
www.editalfil.com

ISBN 978-607-7504-00-9

Edición realizada por convenio con Proyección Cultural Mexicana, S. A. de C. V.
y Costa Amic Editores, S. A., a partir de la 22ª edición.

Dirección editorial:
José Paiz Tejada

Editor:
Dr. Jorge Aldrete Velasco

Diseño de portada:
Arturo Delgado-Carlos Castell

Impreso por:
Digital Oriente, S. A. de C. V.
Calle 15 Manz. 12 Lote 17, Col. José López Portillo
09920 México, D. F.
Julio de 2008

Esta obra no puede ser reproducida total o parcialmente sin autorización por escrito
de los editores.

Contenido

| | |
|-------------------------------------|------------|
| Prólogo | XI |
| Muere un Apóstol | 1 |
| La capilla ardiente | 7 |
| El gran velorio | 23 |
| El médico de urgencias | 27 |
| El ortopedista | 41 |
| El ginecólogo | 53 |
| El cirujano plástico | 65 |
| El pediatra | 81 |
| El psiquiatra | 95 |
| El cirujano general | 117 |
| El otorrinolaringólogo | 131 |
| El gastroenterólogo | 145 |
| El cirujano | 157 |
| El radiólogo | 169 |
| El político | 179 |

*A mi esposa,
Irma,
y a mis hijos:
Rafael, Fabiola, Schila, Kenya y Mayra*

*A los doctores:
Rodolfo Bonilla R., Adrián Cravioto M., Luis Daguer S.,
Rodolfo Gamboa M., Ramón González A.,
Q. B. P. Jesús González E.
Con quienes he convivido y compartido los
momentos más dramáticos de mi profesión.*

A todos los médicos del mundo

Prólogo

Esos mismos médicos que un día se reunieron para confesar sus más grandes errores en el ejercicio de su profesión ahora se vuelven a encontrar en una situación solemne, como lo es el velorio de uno de ellos, y nuevamente el ingenio del doctor y senador, Erasmo Vidal y Rojas, los inspira hasta lograr que en torno del sobrio ataúd que encierra los restos mortales del doctor Luis Donde revelen cuáles han sido los instantes más dramáticos de su carrera médica.

La vida de los galenos es una larga serie de historias que llegan a conmover a la humanidad. El émulo de Hipócrates, por razones obvias, siempre está en los extremos de la vida: el nacimiento y la muerte.

Esta novela es otro homenaje a quienes van por la vida con la sonrisa en los labios y la tragedia clavada en sus corazones; porque no siempre sus intervenciones médicas suelen ser exitosas.

Muere un Apóstol

Desde la ventanilla del avión que lo conducía a la ciudad de México el doctor y senador Erasmo Vidal y Rojas observaba con tristeza las enormes masas de nubes que flotaban en el espacio y eran atravesadas por el pájaro de acero. Iba pensativo y apenado por la noticia que motivó su precipitado viaje: el fallecimiento del doctor Luis Dondé, uno de los queridísimos miembros de aquella cofradía denominada ¡Los Doce Apóstoles!

Van tres amigos que parten al viaje eterno —meditaba al tiempo que prendía un cigarrillo—; quedamos nueve, y sin embargo sigo creyendo que nadie se ha ido, sino están esperándonos en otra dimensión que algún día conoceremos; tal vez el hecho de que hayan dejado a sus discípulos haga que los extrañemos menos. Cierro los ojos y dibujo con claridad el rostro de Arnulfo Lagos, cirujano plástico de fina y excelente calidad humana, que debido a su temperamento aprensivo sufrió varios infartos antes de emigrar para siempre; su idea, definitiva en nuestra vida de estudiantes, de formar un triángulo con el cariño, la comprensión y

el estudio, base de la amistad del grupo, todavía la analizo y quedo asombrado al reconocer su ejemplar valía; él debió escribir esos conceptos de profundo contenido filosófico; su carácter jovial estimulaba y entusiasmaba a quienes lo rodeábamos; aún recuerdo a Fabiola, que después sería su esposa, escandalizada cada vez que él le llevaba serenata y cantaba más de treinta canciones, a pesar de suplicarle que se fuera porque a su padre le molestaba la música de mariachis; Arnulfo tenía el don de agradar, mas ya no está aquí, nos espera en esa dimensión desconocida. Acude a mi mente el relato del doctor Federico Gambín, su ayudante predilecto, relacionado con el error quirúrgico que indirectamente aceleró el suicidio de aquel famoso artista de cine, y se me crisan los nervios y conmueve el corazón al imaginarme lo mucho que sufrió cuando se dio cuenta de los estragos causados por su bisturí; en fin, ya todo pasó y el tiempo se está encargando de archivar esos recuerdos, aunque nosotros tratemos de no dejarlos fenecer. Cómo va a morir aquella anécdota en la que Arnulfo se vio involucrado cuando al interrogar a una española, que se había tratado de “suicidar” con dos aspirinas y un laxante, sobre qué había ingerido, ella, cruel y déspota, le contestó: “¡Mierda!”; pero nuestro Apóstol, lejos de molestarse por tan grosera respuesta, prosiguió su interrogatorio: “Y además de eso... ¿qué otra cosa comió?”; a lo que la ibera protestó con una sonora carcajada: “¿De verdad creyó que había comido mierda?”; Arnulfo, dueño de la situación, respondió humilde: “Si usted lo dice, no tengo derecho a dudarlo”. Desde ese día fue su médico de cabecera. También se nos ha adelantado Dionisio Goprez, cuyos estudios en el campo de la siquiatria han servido de texto en las universidades; romántico y bohemio, le gustaban los versos de Antonio Plaza, Manuel Acuña y Salvador Díaz Mirón; se sentía en otra galaxia cuando recitaba “El Brindis del Bohemio” y nos hacía llorar —sobre todo si teníamos cervezas en el vientre— al gritar con grave acento: “¡Brindo por mi madre, Bohemios!”; pues nos acordábamos que hacía poco tiempo había perdido a la autora de sus días.

La suerte siempre le fue adversa, el hecho de que su primera novia, a la que idolatraba con pasión, muriera trágicamente, lo confirmaba; por eso le temblaba la boca al recitarnos “Ante un cadáver”, pues indiscutiblemente se acordaba de su adorada Patty. Su principal debilidad consistía en buscar las causas de la histeria; y al no encontrarlas inventaba mil de ellas. Dionisio también nos dejó prematuramente; su muerte ocurrió antes de cumplir quince años de médico: una despiadada pancreatitis lo arrojó a la tumba. Y ahora, cuando no tenemos mucho tiempo de habernos reunido en el Hotel Princess de Acapulco, recibo la desagradable noticia de que Luis Dondé ha muerto. Coincidió en que mi amigo ¡ya había fallecido! desde que sufrió el accidente que lo dejó paralítico. Luis era activo, violento y muy sereno; su inquietud por estar al día en lo referente a emergencias lo hizo viajar por muchas partes; él no se conformaba con sentarse frente a un enfermo a preguntar sobre sus males; no, a él le gustaba operar a quien momentos antes había sido atropellado y tenía algún hueso fracturado; o a quien necesitaba una cesárea, o al que tenía el apéndice perforado o una hernia estrangulada; en fin, a los que urgían ser atendidos inmediatamente. Era feliz en la mesa de los quirófanos; prefería empuñar un escalpelo a la pluma para escribir alguna receta. ¡Cuántas veces abandonó fiestas para ir a operar a un enfermo...! ¡Cuántas ocasiones dejó la mesa hogareña, donde sus hijos y esposa departían la comida, para extraer un cálculo renal o una bala...! Luis era médico más que nada; era uno de esos seres que nacieron para la medicina; era un tipo en que su profesión ocupaba un sitio preferencial en su conciencia; pero el destino le cortó de un tajo sus ilusiones quirúrgicas y lo obligó a depender de una silla de ruedas: sus piernas no le respondían y comprendió que jamás podría volver a los quirófanos. Entendió su muerte para la cirugía que tanto amaba; y tan lo entendió que se negó sistemáticamente a tratar cualquier asunto relacionado con ella. El día que lo visité para invitarlo a cumplir con la promesa de estudiantes me dijo que no iría y que por favor no le tocara más el

asunto. Estoy seguro de que, de haber asistido a esa Jornada de Errores Médicos, hubiera sufrido lo indecible; Luis nos envió a su discípulo que paradójicamente lleva su mismo nombre, Luis Parnel, un joven que fue bastante aplaudido al relatarnos su caso. Y hoy, al recordar a mis queridos Apóstoles, siento esta puñalada asesina en mi ya de por sí lastimado corazón. Es doloroso para un hombre de mi edad saber que sus amigos se están muriendo, sobre todo cuando son de su misma generación y ha convivido con ellos las mejores épocas de su existencia. Luis se distinguió por rebelde y provocativo; jamás permitió que lo vacilaran, aunque le encantaba divertirse de los demás; era unido y no aceptaba que hablaran mal de nuestro grupo. Me acuerdo que una tarde se lió a golpes con un merengero que había empujado a Felipe; esa ocasión el vendedor terminó con toda su mercancía embarrada en el suelo; sin embargo, Luis era muy bondadoso, acostumbraba regalar dinero a quienes después de haber sido curados en la Cruz Roja no tenían para regresar a sus casas. Parece mentira que haya muerto, me da la impresión de que su espíritu está a mi lado, al igual que los de Dionisio y Arnulfo. La noche de “la última cena”, cuando juramos volver a encontrarnos al cabo de veinte años, debimos prometer reunirnos en el más allá. Por lo pronto, nada difícil sería que nos estén esperando en ese mundo desconocido... ¡nueve sillas vacías!

Erasmus tenía excelente memoria; al instante de recibir la noticia del fallecimiento de su amigo recordó el discurso que pronunció la noche del 17 de agosto en que se disculpó por no haber asistido a los sepelios de Dionisio y Arnulfo; también pensó, con profundo arrepentimiento, que las amistades son tanto más fuertes cuanto menos dinero se tiene y menos compromisos las sostienen; sin querer sintió un nudo en la garganta al descubrir que los años van tapizando con la indiferencia los más sagrados sentimientos; y no se asombró cuando admitió que los hilos amistosos se van pudriendo hasta llegar a romperse. Al ser sincero consigo mismo encontró que sus Apóstoles habían fallado lamentable-

mente en varios aspectos; a su mente brotó el discurso de Arnulfo, allá en la vieja cantina de don Hipólito, en el que brindó por la paz eterna en el mundo y la desaparición del fantasma llamado guerra que sólo da gloria y comodidad a unos cuantos de los muchos vencedores, mientras que los derrotados sufren dolor, hambre y humillaciones; le gustó el contenido, pero comprobó que durante los veinte años siguientes a esa reunión cada quien partió por la senda que le convino y ninguno recordó aquella noche; sin jactarse, pero satisfecho por haber sido quien los reunió, comprendió que la vida era un sistema de conveniencias y necesidades que hacían romper los más puros juramentos de amistad. Ese viaje le hizo recapacitar y descubrir nuevos aspectos de la vida, pero nuevamente su carácter romántico y filosófico lo impulsó a perdonar y convertir la existencia en fuente de optimismo y amor. No olvidó que después de la Jornada en el Hotel Princess, y ya en plena cena, todos juraron reunirse cada vez que uno de ellos muriera, y que el último en quedar con vida debería ordenar una misa en memoria de los desaparecidos, con la salvedad de que solamente él asistiría, independientemente del padre que oficiara el santo sacramento. Sin querer, volvió a sonreír ante las locuras de los Apóstoles, a pesar de que todos ellos ya tenían más de cincuenta años. No cabía duda de que en cada uno de sus hermanos existía la chispa genial que suelen tener los iluminados; y el senador pensó que su grupo era superior a cualquier otro de los egresados de la Universidad. Pocos minutos después de que su mente había trabajado horas extra al estar recordando pasajes de su vida, vio, abajo de su ventanilla, la enorme ciudad de México, que en esos momentos se hallaba envuelta en una espesa nube de smog. Comprendió que atardecía y que su destino estaba en reunirse con sus amigos de siempre: ¡Los Apóstoles!

La capilla ardiente

Los doctores Felipe Orzuela, Adán Calzada y Roberto Bojar se encontraban en el café de la agencia funeraria cuando hizo su arribo Erasmo Vidal; al verlo se levantaron de sus sillas y fueron a su encuentro.

—¡Nuevamente nos volvemos a ver! —dijo en voz baja Adán al tiempo que lo abrazaba— ¡Pero en esta ocasión por motivos diferentes al que nos unió en Acapulco!

—Sin embargo —respondió el senador al saludar efusivamente a Felipe—, también estamos cumpliendo un juramento; recuerden que prometimos asistir a todos nuestros velorios, sin exceptuar el propio —agregó con ironía.

Roberto estrechó a Erasmo sin pronunciar palabra.

—Créame que siento felicidad —añadió el senador—, a pesar de la tristeza que me embarga. La pérdida de un compañero siempre es causa de lágrimas y lamentos; pero tal vez esta muerte sea mejor; no olvidemos que Luis perdió apegó a la existencia desde el preciso momento en que comprendió que su parálisis se-

ría para toda la vida; es más, nada difícil sería que su fallecimiento él mismo lo haya propiciado.

—Igual pienso yo —murmuró Roberto.

—¿Avisaron a los demás Apóstoles? —inquirió Erasmo.

—¡A todos! Y también a los discípulos de Arnulfo y Dionisio —contestó Adán.

—Quiero ver a Luis —pidió Erasmo.

Felipe lo tomó del brazo y, mientras lo conducía al sitio en que reposaba, dijo:

—He pensado en lo que acabas de decir y creo que tienes razón. Noto en el rostro de Luis, y espero lo confirmes, un gesto de desprecio a la vida; pero si lo analizas con cuidado, quizá descubras que detrás existe un rictus de satisfacción y conformismo.

Erasmo llegó hasta donde estaba el catafalco, herméticamente metálico y de color caoba, y con una solemnidad, propia de sus últimos años en la política, levantó la tapa y se quedó viendo fijamente a Luis por largo rato. Los demás compañeros lo observaban con infinita curiosidad.

—¿En qué piensas? —inquirió intrigado Adán.

—En el rostro de Luis; tiene razón Felipe al asegurar que existen rasgos de desdén a la vida. Esa arruga en la frente, que no es producida por el paso del tiempo, sino por la mueca que uno hace al expresar algo, denota desprecio, desinterés; pero si profundizas y tratas de descifrar esos pliegues que se advierten alrededor de sus ojos y también en la boca, llegarás a la conclusión de que murió con la satisfacción de haber logrado su último anhelo. Sabemos bien que a nuestro amigo le gustaban la violencia y el peligro; pero amaba el respeto, la libertad y el estudio.

—Luis adoraba a la Cruz Roja más que a sus enfermos particulares —añadió en voz baja Adán, sin dejar de observar el rostro del Apóstol—. Sentía más placer cuando salvaba la vida de un menesteroso y le pagaba con una gallina, o un costal de calabazas, que cuando un millonario le extendía un cheque cubriendo sus honorarios. No sé, pero tenía un carácter especial en todos sus

actos; incluso, cuando supo que jamás podría caminar, hizo el esfuerzo sobrehumano de abandonar lo que más había amado en la vida: ¡la cirugía!... ¡Y lo logró!

Erasmus cerró el ataúd, tomó de los brazos a Felipe y a Adán y los llevó a un rincón de la capilla ardiente.

—La muerte es imponente —les dijo mientras se buscaba la cigarrera— y uno se siente impotente ante su presencia. Sé, como hace rato dijo Felipe, que Luis, ya en sus últimos años, despreciaba la vida; por tanto, nada difícil sería que se la hubiera arrancado intencionalmente; aunque, tal vez, la respetó hasta el final. Sea como sea, fue lo mejor que pudo pasarle.

—Su viuda —dijo Adán— quiere hablar contigo. Ella supo que nos reunimos en Acapulco y lloró cuando Luis se negó a asistir. Según cuenta le rogó que fuera, pero nuestro amigo fue inflexible: ¡no aceptó!

—Eso demuestra —afirmó Erasmo prendiendo su cigarro— el carácter férreo y la fortaleza inquebrantable de Luis; tal vez a cualquiera de nosotros nos hubiera seducido la idea de asistir a la promesa, pues vislumbraríamos una luz de alegría y bálsamos para mitigar la maldita enfermedad; sin embargo, nuestro amigo no pensó así y se abstuvo de cumplir el juramento. Aquí hay algo que, a pesar de todo, debemos reprocharle.

—¿Qué? —preguntó asombrado Felipe.

—¡El haber roto la promesa! Luis debió asistir a la reunión, ya que se trataba de algo sagrado y hermoso: ¡el juramento de toda una cofradía! Jamás estuve conforme con los argumentos que utilizó la noche que personalmente fui a invitarlo para justificar su ausencia. Él se consideraba muerto con lo relacionado a la medicina; pero la auténtica verdad fue que faltó a su palabra.

—Luis sufría mucho —intervino Roberto— y deseaba la muerte. El accidente cambió su forma de ser y pensar: de hombre activo, optimista y entusiasta se convirtió en pasivo, pesimista y falto de ilusiones. Varias veces externó su inconformidad y maldijo la hora en que no se mató.

—Ahí viene otro de los nuestros —interrumpió Adán, tratando de cambiar de tema—: es Juan.

Efectivamente, el doctor Juan Sortrés llegaba a la funeraria y se aproximaba al grupo.

—Vengo a cumplir otro aspecto de nuestro juramento —manifestó el gastroenterólogo con gesto de satisfacción—, aunque sea el más triste.

—El destino de cada uno de nosotros es ése —respondió Adán mirando fijamente el ataúd—; pero hay que llegar hasta ahí con la misma dignidad con la que se ha vivido.

—¿Cómo te enteraste del deceso? —preguntó Erasmo a Juan.

—Recibí un telegrama firmado por la señora Fanny M. viuda de Dondé.

—A todos nos envió la misma noticia, hermano —terció Felipe—, espero que no falte nadie.

—La noche del 17 de agosto, cuando estábamos a punto de concluir la famosa Jornada en el Princess —recordó Juan— juramos no faltar a ninguno de nuestros sepelios; y estoy seguro de que cumpliremos; es más, los discípulos de quienes se nos adelantaron también aceptaron reunirse con nosotros.

Los cinco Apóstoles se dirigieron hacia la pequeña sala que se encontraba al fondo de la capilla.

—El más hermoso homenaje que podemos brindarle al amigo que se nos adelantó —expresó Roberto— es reunirnos en torno a su ataúd para patentizar la desinteresada amistad que por tantos años nos ha unido.

—Pronto estaremos juntos otra vez —filosofó Felipe con cierto aire de amargura—, ya que algún día estaremos dentro de esa caja, o sentados a su alrededor; ése es nuestro destino y no podemos, bajo ningún concepto, eludirlo.

—¿Qué hora es? —preguntó Erasmo.

—¡Las once de la noche! —respondió Juan.

—Estoy seguro de que antes de las doce estaremos los Doce Apóstoles reunidos —aseguró Roberto—; no sé, pero presiento

que este adiós nos deparará un mensaje. Me da la impresión de que Luis está feliz de volvernos a “ver”, no obstante que a muchos de nosotros no nos “ve” desde aquella hermosa noche del 17 de agosto en la taberna de don Hipólito; tal vez ahora nos encuentre viejos, achacosos, pero con el eterno hálito de optimismo que siempre hemos lucido.

—Los años pasan y arrasan —comentó Felipe—; pero a pesar de eso hay hechos que no se borran de la mente. ¿Quién de ustedes no recuerda aquel amanecer de un diez de mayo en que nos reunimos para llevar serenata a nuestras madres y a las novias? Esa madrugada, cuando cantábamos la canción “Mujer” del maestro Agustín Lara, Luis le rompió la guitarra en la cabeza a José por estar diciendo groserías al pie de la ventana de su novia; esto, como recordarán, indignó a Gerardo y se armó la gresca; y en lugar de bellas y románticas canciones se escucharon mentadas de madre y palabras de alto voltaje. Luis peleó contra todos y por poco descalabra a Dionisio cuando le arrojó una piedra a “matar”. Todo terminó al salir el padre de la novia a suplicarnos que desalojáramos la calle. Esos detalles, lejos de aminorar nuestro afecto, lo robustecieron, pues al otro día el primero en pedir excusas por su comportamiento fue el mismo Luis.

—¡Qué días tan inolvidables! —exclamó Erasmo— ¡Esas épocas no volverán a vivirse! Éramos unidos, quizá como ningún grupo lo ha sido. Reñíamos, más nuestros disgustos eran como los de cualquier matrimonio: sin importancia.

—Ahí viene Gerardo Aldape —advirtió Roberto.

En efecto, el ginecólogo se incorporó al grupo; en su rostro se notaba una mueca de dolor que fue borrándose conforme iba abrazando a sus amigos.

—¡Es el tercer golpe que nos asesta el destino! Pero aún faltamos nueve Apóstoles originales y tres sustitutos —exclamó.

—Y el primero en el que todos estaremos reunidos —agregó con firmeza Felipe al recordar que en los otros dos velorios no estuvieron presentes varios de ellos.

—Nuestro grupo pudo ser perfecto a no ser por aquella separación tan larga que tuvimos. Creo que nos faltó inteligencia la noche del adiós en la taberna de don Hipólito —acusó pensativo Juan.

—Debimos jurar reunirnos cada cinco años —propuso Roberto.

—A propósito de don Hipólito —interrumpió Erasmo—, hace dos años me enteré de su fallecimiento.

—Así fue —respondió Gerardo—. Personalmente extendí el certificado de defunción. El pobre murió abandonado por sus familiares y amigos; alguien me avisó, cuando fui al Hospital, que los estudiantes estaban tratando de adquirir el cadáver de don Hipólito, que se encontraba en el depósito; pero Federico Gambín, discípulo de Arnulfo Lagos, que lo había reconocido, lo reclamó. Posteriormente se comunicó conmigo, y don Hipólito fue enterrado cristianamente y a perpetuidad en el Panteón Español... ¡lo hice a nombre de los Apóstoles! En su tumba hay una lápida con un epitafio que dice: “Aquí yace el mesero de los Doce Apóstoles!”

Erasmo Vidal se acercó a Gerardo y le dio un abrazo.

—Cualquiera de nosotros lo hubiera hecho —comentó emocionado el senador—, pues don Hipólito significó una especie de nudo en nuestra cofradía; un nudo que amarró con firmeza al grupo. Todos recordamos anécdotas llenas de nostalgia que vivimos en su taberna... ¿Acaso tú, Gerardo, has olvidado la noche en que terminaste con una chica de nombre...?

—Martha —recordó Gerardo.

—¡Martha!, es verdad, ¡y que tratabas de olvidarla con un tarro de cerveza del tamaño de una cubeta!... ¡Claro que ahora tal vez no te convenga recordarlo!

—Eso jamás se olvida —repuso Gerardo emocionado—, esas pequeñas fallas amorosas perduran por siglos; es la edad en que uno se siente el ombligo del mundo y se cree más famoso que el *play boy* de moda; hasta que llega una chiquilla y lo pone a uno en su lugar. Eso precisamente sucedió con Martha; pensé que me adoraba con locura y que representaba en su vida lo máximo;

¡pero qué equivocado estaba...! por eso corrí con el corazón destrozado a nuestra “oficina”. Comulgo en que esa taberna representaba para la cofradía un refugio; y el mismo don Hipólito, a pesar de la fama de tacaño que le hicimos, de cuando en cuando se acercaba paternalmente y nos aconsejaba. ¡Ese viejo era símbolo de todas nuestras amarguras y venturas!... ¡En él veíamos a nuestro padre, al amigo y hasta al odiado enemigo!

—Tengo presente —dijo Juan— la noche que me reprobaron en neuroanatomía y entré a su taberna cabizbajo y derrotado; ahí estaba Dionisio festejando en grande su ¡seis!; pero cuando me vio con la cara inundada de tristeza y con la boleta de reprobado, cambió el curso de su brindis para desearme que pasara en el extraordinario. Y el viejo, que aún no perdía del todo su oído, se acercó sigiloso y me obsequió un tarro de cerveza: “No la pagues, porque ya estás pagando cara tu reprobada”, me dijo con su voz española y enredada, y se fue. Les juro que esa noche, lejos de sentirme vencido por mi tropiezo, experimenté una enorme felicidad al ver que no estaba solo, que me apoyaban las personas que más quería y que no debía sentirme derrotado. Ahora que ha pasado tanto tiempo, creo que el mote de tacaño que le endilgamos a don Hipólito era demasiado injusto. El viejo siempre nos alcahuiteaba y en ocasiones se hacía el desentendido para no cobrar más de lo que en realidad podíamos pagar.

—¡Claro que éramos injustos con él! —gritó Felipe al recordar algo—; y tan fuimos inicuos que le decíamos tacaño para ablandarlo. Una tarde, la cual era especial para mí porque tenía una cita con cierta enfermera a la que le traía muchas ganas, me presenté a su taberna y le conté una historia de suspenso; no recuerdo el argumento, pero estoy seguro de que era para derretir el corazón más duro. Don Hipólito, con esa paciencia que tenía con nosotros, escuchó con detenimiento, como si en verdad estuviera creyendo esa cadena de mentiras que brotaban de mis labios con asombrosa facilidad, y cuando terminé mi relato, firme de que lo había convencido, don Hipólito sacó de su cartera veinte pesos

y me los dio. Conmovido le di las gracias, haciéndole notar que con ese dinero resolvería el penoso problema que me atormentaba. El viejo me vio firmemente y dijo con voz suave: “Espero que te diviertas con Graciela”. ¿Cómo supo que se llamaba así y que esa noche tenía cita con ella?... ¡jamás lo supe!; pero esa tarde me dio una lección de inteligencia que yo, sinceramente, no le acreditaba.

—Y ya que estamos escarbando el pasado —habló Roberto—, no hay que olvidar un detalle de don Hipólito que lo pinta por sí solo: cierta ocasión Arnulfo le llevó a empeñar un reloj de “oro”, porque necesitaba comprar un libro; el reloj, obviamente, no costaba ni un chelín, pero el viejo le prestó los cincuenta pesos, aparentemente porque se había tragado el paquete. La realidad era otra: don Hipólito, conocedor del metal dorado y de la ilegitimidad de la prenda, le dijo a su empleado: “No sé si haya hecho una obra de caridad, o si este pillito se vaya a comprar una botella con el dinero”. Su muerte, tácitamente, ha venido a cerrar una bella etapa de nuestra vida estudiantil. El nos veía como a sus propios hijos, y nos adoraba como tales.

—¡Bondad y cariño! —afirmó Felipe— ¡Ésas eran sus principales cualidades.

Serían las once y treinta de la noche cuando los doctores Luis Parnel y Federico Gambín, discípulos de Luis Dondé y Arnulfo Lagos, respectivamente, se unían al grupo en el pequeño recinto de la capilla ardiente.

—Me agrada la filosófica postura que han adoptado —les dijo Erasmo al tiempo que los estrechaba cariñosamente— al cumplir con ejemplar puntualidad los puntos básicos de nuestro juramento; en verdad se lo agradecemos profundamente, pues su presencia, automáticamente, nos recuerda a los amigos ausentes.

—Yo sigo fiel a la promesa de mi maestro que hoy ha partido a la eternidad —afirmó con visible emoción el doctor Luis Parnel.

—¿Estuviste en su último momento? —inquirió Erasmo.

—Así es —respondió Luis sin dejar de saludar a los demás Apóstoles—. Su muerte fue rápida, ya que la agonía duró escasos diez minutos. Yo estaba en mi consultorio, que está a cinco minutos de su casa, cuando la señora Dondé me llamó sumamente angustiada diciéndome que el maestro había sufrido un desvanecimiento que lo tenía privado de la conciencia. Inmediatamente me trasladé a su domicilio y lo encontré disneico y cianótico; siempre llevo en el maletín lo necesario para emergencias, pero desgraciadamente no dio tiempo de nada, a pesar de que su esposa y yo le dimos masaje y respiración artificial por más de diez minutos: ¡el maestro ya no reaccionó!

—Es la muerte que menos sufrimientos causa —comentó Roberto—. Y es la que me gustaría tener: un infarto que en pocos minutos cumple su cometido.

Otro de los Apóstoles, el doctor José Nuncio, que acababa de llegar, se incorporó sigilosamente al grupo.

—Es una lástima que sólo el fallecimiento de un Apóstol nos reúna —aceptó José mientras saludaba a sus compañeros—; creo que es necesario buscar un día del año para seguir cultivando esta amistad que conforme pasan los años se estrecha y se ahoga.

—Eso mismo pensé la noche que confesamos nuestros errores —manifestó Adán—. Sería hermoso reunirnos cada fin de año, que es cuando tenemos más días de descanso.

—Por lo menos sería un estímulo que haría trabajar con más entusiasmo durante todo el año —repuso Gerardo.

—Cuando el tiempo pasa —añadió nostálgico Adán— y el cuerpo va sufriendo los estragos de los años, nos llena de alegría encontrarnos con quienes compartimos nuestra juventud en las aulas universitarias. Platicar con ellos es motivo de júbilo. Estoy de acuerdo con esas reuniones que seguramente servirán de bálsamo para el cúmulo de problemas que diariamente nos acosan.

—Propongo al compañero Erasmo Vidal y Rojas —dijo Felipe con sorna—, senador y gran político, para que organice esas fabulosas reuniones.

José iba a tomar la palabra cuando Víctor Aguar Huri, ayudante de uno de los Apóstoles desaparecidos, se integró al grupo.

—Soy Víctor Aguar —advirtió mientras los saludaba—, discípulo de Dionisio Goprez.

—Nunca olvidaré la forma tan amena —repuso Roberto— con que relató el error de nuestro amigo aquella noche del 17 de agosto en el bello puerto de Acapulco. Y créame, querido amigo, que nos satisface que haya tomado como propias todas sus obligaciones, pues sólo así perpetuaremos su memoria en futuras reuniones.

—Es una herencia de hermosos recuerdos y melancólicas anécdotas. Por lo que a mí me toca, estoy feliz de la vida perteneciendo a este grupo *sui generis* que ya está teniendo sus seguidores y haciendo escuela —contestó Víctor.

—Esto obliga —terció Gerardo— a que cada uno de nosotros preparemos un ayudante. Así eternizaremos la cofradía de Apóstoles; es más, los nuevos también deberán buscar a sus sucesores; de esta manera al cabo de cien años será un orgullo para nosotros, los fundadores, enterarnos, desde el Más Allá, de que la agrupación aún persiste.

—La idea es atractiva —manifestó Felipe— y hay que ejecutarla lo más pronto posible.

Juan Sortrés, mirando el reloj, dijo:

—Ya van a dar las doce de la noche; solamente faltan Manuel y Pedro.

—Mientras se completa el grupo —expresó Gerardo—, voy a confesarles que tenía más de veinte años de no ver a Luis. La última ocasión que platicué con él fue cuando asistí a la Cruz Roja para dar una responsiva a un paciente accidentado; Luis me recibió con gusto y cooperó para resolver rápidamente ese papeleo tan lento de las instituciones oficiales. Ahí me reveló su deseo de fundar una clínica exclusiva para menesterosos y de comprar un edificio para instalar una sala cinematográfica cuyos ingresos costearían la clínica. La idea me pareció un tanto cuanto extraña;

pero bien sabemos que Luis tenía una pasión, fuera de serie, por ayudar a quienes realmente lo necesitaban. Fue por eso que su accidente debió ser tremendo, sólo así me explico que haya abandonado la carrera y con ella sus proyectos que tantas satisfacciones le dieron.

—Luis debe estar feliz —comentó José, mirando de soslayo el catafalco— por haber abandonado ese cuerpo que le estorbó para seguir impartiendo sus conocimientos. El hecho de cambiar la medicina por el comercio debió trastornarlo seriamente. Luis era un fanático de la ciencia; eso lo sabíamos desde que tratábamos de componer el mundo en la taberna de don Hipólito.

—Todo ha concluido —dijo con solemnidad Erasmo sin separar su mirada del ataúd—. Hoy descansa ya; no tendrá más inquietudes terrenales. Luis, mientras pudo, cumplió los sagrados preceptos médicos; por eso, cuando renunció a la medicina, debió haber sufrido más que aquellos condenados a morir en la silla eléctrica.

—Llega un momento en la vida —filosofó Adán— en que el cansancio espiritual supera al corporal, a pesar de ser éste tan intenso como el que padeció Luis; y en ese instante el alma comprende que es inútil seguir atada a un cuerpo aparentemente inerte; entonces trata a toda costa de abandonarlo y desplazarse al más allá. El espíritu de Luis era demasiado inteligente para seguir unido a un cuerpo que ya no servía para nada. Por eso estoy conforme y feliz del fallecimiento del gran amigo; yo también hubiera deseado morir, de haberme encontrado dentro de un cuerpo inútil.

—¡Razonable deducción! —comentó sorprendido Roberto.

En ese preciso instante, Pedro Barlán y Manuel Cazzas, los Apóstoles faltantes, entraron a la capilla. El reloj marcaba las doce de la noche cuando en el pequeño recinto se encontraban nuevamente reunidos los nueve Apóstoles supervivientes con sus tres suplentes.

—¡Estamos juntos otra vez! —exclamó Pedro al ir contando a sus colegas conforme los iba saludando.

—Juntos como antaño —repitió maquinalmente Manuel, que seguía los pasos de su amigo.

—No tenemos ni diez años de habernos reunido —exclamó Felipe burlonamente— y ya estamos más viejos y feos que en aquel entonces.

—La gente dice —replicó presuntuoso Pedro —que no represento los años que tengo, sino...

—¡Muchos más! —interrumpió agudo Adán.

No pudieron evitar una carcajada que llamó poderosamente la atención a los deudos que se encontraban cerca del catafalco. Erasmo, advirtiendo la irreverencia, se acercó al grupo donde estaba la viuda.

—Señora Dondé —le dijo con amabilidad.

—A sus órdenes —respondió ella en voz baja.

—Quiero que nos haga el honor de acompañarnos un instante. A nuestro querido Apóstol le agradecerá que comparta nuestro pesar.

—Me siento muy desesperada, doctor...

—Erasmo Vidal y Rojas, para servirle, señora.

—Perdón, doctor, pero ahorita no recuerdo nombres ni apellidos; aunque a fuerza de tanto escuchárselos a mi marido... ya me sé todos. A usted lo traté el día que fue a persuadir a Luis para que asistiera a su reunión... ¿no es así?

—Así es, señora; pero ahora quiero personalmente presentarle a quienes convivimos con su esposo en la Universidad.

—Luis siempre los estaba recordando —respondió la viuda, levantándose con cierta dificultad para dirigirse hacia donde estaba el grupo—; jamás los olvidó.

—No es posible echar a la hoguera las travesuras y anécdotas que escribimos en la época más hermosa de todo profesionista: la estudiantil.

—Me da gusto saber que su grupo es muy admirado e imitado por otras generaciones.

—Es cierto; hemos intercambiado opiniones con otras agrupaciones que se están formando inspiradas por nuestros principios.

Al llegar Erasmo con la viuda, los Apóstoles la recibieron con la solemnidad que el caso ameritaba.

—Siento gusto de poder estar con quienes convivieron con mi marido —dijo ella con rasgos de tristeza—; aunque lamento que haya sido en este momento tan amargo.

—Es para nosotros un honor —respondió Adán— conocer a la mujer que fue capaz de someter a Luis.

—¿Tan enamorado era? —inquirió ella con curiosidad.

—En verdad, señora —continuó Adán—, en la etapa de estudiantes más que enamorados éramos amigueros. Luis, como cualquiera de nosotros, tenía sus amistades; ¡imagínese nada más que no faltaba uno o más fandangos cada sábado!

—¿Acaso los contrataban como si fueran una orquesta?

—Quienes nos invitaban —terció Gerardo, sonriente— tenían la plena seguridad de que estaban asegurando el éxito de su fiesta. Eramos alegres, y nuestro bullicio contagiaba a quienes nos rodeaban, independientemente de que nuestro jolgorio era el resultado de una semana de presiones, estudios y sinsabores; por eso el sábado mandábamos a volar libros y medicina... ¡era nuestro día y teníamos que sacarle provecho!

—¿Cómo era Luis? —preguntó melancólica ella— Me gustaría qué platicaran de él, de sus diabluras, de sus ilusiones; no importa que involucren a las chicas de las cuales estuvo enamorado.

—Luis era como los estudiantes que cursan la carrera profesional de medicina —respondió Juan mientras ayudaba a la viuda a que tomara asiento en una silla que estaba cerca del pequeño cuarto de descanso—. Me acuerdo del día que lo conocí, era una noche en que por primera vez cursábamos anatomía; el maestro empezó su discurso de principio de año platicándonos de la carrera y de sus peripecias; dijo que “no sabíamos en la que nos habíamos metido”, pero que aún era tiempo de echarnos para atrás, pues esa disciplina no aceptaba gente que se fuera a dormir a las clases, como aquel chico que se encontraba al fondo del salón y tenía los ojos cerrados de aburrimiento y sueño. El chico a que

se refería el catedrático era Luis; pero no estaba dormido, lo que sucedía era que tenía los ojos medios dormidos, pero de nacimiento. Esa noche, después de aclararle al maestro que no estaba distraído, y lo confirmó recitándole todo lo que había dicho, me comentó bastante enojado: “¡Le demostraré a ese tipo lo fácil que es su materia de anatomía sacándome diez!”. Ese año Luis fue el mejor alumno de la clase.

—Ciertamente —aceptó la viuda— mi marido tenía los ojos enmarcados en unas ojeras que lo hacían parecer trasnochador.

—En otra ocasión —tomó la palabra Manuel—, y en clase de embriología, el maestro preguntó a un compañero cuál era la causa de malformaciones congénitas en los labios y paladar; el alumno, quizá por no escuchar la pregunta o desconocer la respuesta, se quedó callado viendo a su inquisidor; Luis, que estaba a su lado, le murmuró al oído: “¡los eclipses!”; el interrogado repitió en voz alta la contestación ante la estruendosa carcajada del grupo y el consabido ¡cero! por tan empírica respuesta.

—Luis gustaba aconsejar o ayudar a quienes estaban en condiciones inferiores, ya sea físicas o mentales —añadió la viuda con satisfacción.

—Señora —interrumpió Erasmo—, Luis descansa en paz. Nuestra presencia en esta capilla tiene como objeto acompañarlo, indiscutiblemente, pero también, aunque parezca extraño, para “convivir” y recordar épocas sepultadas por el tiempo. Le suplico, con todo respeto, no nos tome a mal si ocasionalmente reímos y festejamos alguna gracejada; usted sabe que los momentos solemnes llegan a veces al ridículo que produce risa. Los médicos tenemos a la Hermana Blanca, o sea la muerte, como una compañera que nos ayuda y sonrío cuando su presencia nos es grata. Estoy convencido de que el deceso de Luis es un alivio para usted; porque en realidad, y esto no podrá rebatirlo, su marido murió la misma noche en que el accidente lo dejó paralítico para el resto de su existencia.

—Está en lo cierto, doctor —admitió la señora.

—Aquí estamos reunidos —prosiguió Erasmo— los Doce Apóstoles. En la persona del doctor Luis Parnel, su discípulo, está la continuidad del desaparecido. El día que nos reunimos para cumplir la promesa de estudiantes juramos no desintegrarnos, y para esto ideamos tener un sustituto, mismo que deberá conocer lo relacionado con nuestra vida estudiantil, profesional y social. Por eso siempre seremos doce. Sé que tres de los originales ya partieron al valle de los cipreses; pero en Víctor, Federico y Luis hemos encontrado a sus suplentes; ellos ya han convivido con nosotros y se sienten auténticos Apóstoles.

—De lo cual estamos muy orgullosos —interrumpió brevemente Víctor Aguar.

—Y ahora, señora Dondé —continuó Erasmo—, que ha fallecido el tercero de la cofradía, queremos hacer un homenaje digno de su investidura y rango.

—¿Y en qué forma puedo ayudarlos? —inquirió ella.

—Muy sencillo: son las doce de la noche, la capilla ardiente, dentro de unos minutos y por reglamento de la funeraria, deberá ser abandonada, permaneciendo solamente los familiares más allegados. A Luis, por otra parte, se le ha rezado y oficiado una misa de cuerpo presente, ceremonias lógicas y rutinarias; pero nosotros, los Doce Apóstoles, queremos rendirle su último tributo, por lo que, con todo respeto, le pedimos a usted autorización para velarlo hasta las seis de la mañana.

—¿Acaso es una ceremonia como la que suelen hacer los masones?

—No precisamente. Nuestra idea es colocar doce sillas alrededor del catafalco, ocuparlas con todo respeto, y organizar una Jornada Médica en la que intervengan cuentos, anécdotas, puntadas, recuerdos y todas esas pláticas que solemos tener quienes hemos vivido juntos gran parte de la existencia.

—¿Puedo estar presente? —preguntó con ingenuidad.

—¡Desde luego!; pero le suplicaría, señora, que nos dejara solos mientras usted descansa en el cuarto contiguo. La jornada va

a ser larga, y usted merece reposar un rato, recuerde que todavía falta mucho tiempo para que Luis sea sepultado.

—Tiene razón, doctor —respondió convencida—, pueden quedarse con él.

Erasmus se quedó parado viendo cómo la viuda se iba retirando al cuarto anexo a la capilla.

El gran velorio

Después de comprobar que los Apóstoles se encontraban completamente solos en la capilla ardiente, Erasmo Vidal, con ese entusiasmo que siempre lo acompañaba, propuso bajar el ataúd al suelo y colocar doce sillas a su alrededor, para que en esa forma se abriera el postigo y todos pudieran ver el rostro del amigo fallecido, sin necesidad de levantarse de sus asientos. La idea fue aceptada y llevada a la práctica; todo se hizo en el más respetuoso silencio. A los pocos minutos el féretro de Luis se encontraba rodeado por los doce Apóstoles sentados cómodamente en sus sillas; los cuatro cirios fueron colocados fuera del círculo. Erasmo Vidal hizo sentar a Luis Parnel, discípulo del difunto, en la cabecera, reservándose para él la silla correspondiente a la izquierda; los demás se sentaron como mejor les convino.

—Hermanos —dijo el senador con voz suave pero firme—, siempre hemos sido criticados por tener ideas fuera de la más elemental lógica; pero que al llevarlas a la realidad nos han gustado, que es lo importante. Sé que estamos solos; no hay nadie más en

esta capilla. Y aquí, en medio del grupo, está el queridísimo amigo Luis Dondé. Justo es que en su honor llevemos al cabo esta velada. Hace años, tantos que ya se están perdiendo en la niebla del pasado, fuimos bautizados en el restaurante “El Taquito”, por un legislador hidalguense, como Los Doce Apóstoles, mote que paseamos orgullosos a lo largo y ancho de la Universidad, y en especial en la Facultad de Medicina; después, cuando Felipe Orzuela se recibió, por cierto fue el último en hacerlo, juramos en la taberna de don Hipólito, nuestro inolvidable gachupín, volvernos a reunir al paso de veinte años en el mejor hotel de Acapulco, promesa que cumplimos al pie de la letra esa memorable noche del 17 de agosto, fecha en que, haciendo a un lado convencionalismos, hipocresías y tradicionalismos, expusimos valientemente cuáles habían sido los errores que más huella habían dejado en nuestros corazones; ese gesto singular nos hizo pensar y recapacitar por mucho tiempo; pero ahora, cuando nuevamente estamos juntos, claro que en circunstancias disímolas, quisiera que cada uno de nosotros, como homenaje al amigo, relatará cuál ha sido su experiencia más dramática en el ejercicio profesional; pero antes deberá recordar algún detalle chusco en el que haya sido partícipe.

Hubo un pequeño silencio antes de que Adán tomara la palabra.

—Siempre has tenido ideas geniales, Erasmo —empezó diciendo—, y esta no podía ser la excepción. La jornada, tengo entendido, será hermosa, puesto que cada uno recordará hechos que tal vez se encuentran extraviados en la mente; esto motivará a expresar los sesos para hallar anécdotas dignas de reminiscencia. Pero yo, si no hay inconveniente, quisiera iniciar esta velada haciendo una breve biografía del doctor Luis Dondé.

—¡Magnífica idea! —dijo Erasmo— En esta forma, declaro solemnemente inaugurada la velada. Que hable Adán.

—Luis nació en un pueblo que se encuentra a unos cuantos kilómetros de la ciudad de Oaxaca, Etlá. Sus padres fueron hu-

mildes campesinos que siempre se preocuparon por otorgarle a su hijo lo necesario para sus estudios. Por cuestiones políticas, su preparatoria la hizo en el instituto Científico Literario y Autónomo de la ciudad de Pachuca, donde fue muy estimado por amigos y compañeros, dada su forma de ser. Posteriormente ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad de México, donde terminó sus estudios. Vivió en una vieja casona situada en las calles de Girón, cerca, por cierto, de una pulquería que se llamaba “Bueno y qué” y de la Casa del Estudiante. Cursaba el cuarto año de la carrera cuando ya estaba practicando en la Cruz Roja, porque, justo es decirlo, siempre le llamó poderosamente la atención lo relacionado a ¡emergencias! Desde que lo conocí tuvo en mente la idea de ayudar al prójimo, era su obsesión; hoy que ha pasado el tiempo puedo decir que nunca le gustó comercializar su profesión; pero sabía cobrar cuando a pacientes ricos concernía. Voy a referir una pequeña anécdota que le pasó precisamente en la Cruz Roja: después de atender a una señora de parto, salió a dar la buena noticia al señor que estaba junto a una emperifollada dama esperando en la sala: “Lo felicito sinceramente —le dijo con alegría—, el bebé es igualito a usted”; el hombre aquel, al recibir la noticia se puso rojo y respondió presuroso: “¡Esa mujer no es mi esposa, sino la sirvienta!”. Luis no pudo contener una sonora carcajada al darse cuenta de su error, y solamente comentó: “Es que los niños chiquitos se parecen a todos”. Luis se casó con la señorita Fanny, la cual conoció precisamente en la Cruz Roja, y tuvo tres hijos. Después que nos separamos, al tomar cada quien su camino, vinieron los problemas desgraciados del accidente que ya todos ustedes conocen.

—Jamás me imaginé —comentó Gerardo—, cuando estábamos en la taberna de don Hipólito ingiriendo eso que llamábamos néctar divino, y que eran tarros helados de cerveza clara, que alguno de nosotros tendría que morir; y mucho menos reunirnos en torno a su cadáver. Tal vez nos llamen locos, o quizá no comprendan y piensen que somos irreverentes, pero la verdad es, a pesar

de la pena que nos embarga, que estamos contentos de vernos juntos otra vez. Pienso que el médico y la muerte, como hace rato alguien dijo, es un binomio de amistad y comprensión. Luis está cumpliendo su misión, y tendrá que escucharnos antes de que su espíritu parta a la eternidad; él deberá acompañarnos hasta que su cuerpo sea sepultado en el camposanto. Yo propongo, siguiendo la idea de Erasmo, que cada Apóstol, desde su asiento y sin levantarse, narre una anécdota y luego la experiencia profesional que más le haya impresionado, independientemente de que sea un fracaso o un triunfo.

—La jornada es larga y ya sería conveniente que la iniciemos—respondió Erasmo—. Por tanto, pido que el doctor Luis Parnel sea el encargado de abrir la velada relatando la anécdota y el drama del cual fue partícipe nuestro ilustre huésped que duerme el sueño eterno.

Era impresionante observar a los doce médicos, vestidos impecablemente de negro, sentados en sus respectivas sillas rodeando el catafalco. La noche era fría, el silencio se había enseñoreado de la capilla ardiente y los galenos, con una solemnidad que electrizaba los nervios y los hacía más tensos, esperaban ansiosos las palabras de Luis Parnel. Tal vez el penetrante olor a gardenias que se desprendía de un solitario ramillete que se encontraba a un lado del ataúd y la luz de los cuatro cirios delataban al velorio; de no ser así, cualquiera hubiera pensado que se trataba de una clase de anatomía.

El médico de urgencias

Luis Parnel, con esa seriedad que poco a poco lo estaba caracterizando, se acomodó suavemente en su silla, miró el rostro de su inolvidable maestro, y dijo en tono emocionado:

—Muchos fueron sus aciertos, tantos que bien podría escribir un voluminoso libro que detallara una por una las intervenciones hechas con esas manos suaves y firmes con que operaba. A mi mente acuden cirugías maravillosas, tal vez increíbles, quizá hasta milagrosas; pero antes de narrar la que más huella dejó en mi corazón, y para cumplir con los reglamentos que se han legislado, les contaré una simpática anécdota que le sucedió al maestro en un sanatorio particular al que solía llevar su pequeña cirugía; esa tarde estaba luchando denodadamente por someter a un escuintle de siete años que no se dejaba suturar una herida de seis centímetros en la mejilla; el maestro había agotado todos sus recursos, y el pequeño seguía gritando y revolcándose como enfermo en plena crisis epiléptica; ya le había hablado por las buenas, diciéndole que le iba a regalar dulces, que no le iba a doler, que era cosa

de unos instantes, que si no era machito, en fin, esa gama de persuasiones que usamos en semejantes casos; pero el fracaso era rotundo, el niño continuaba gritando. Su desesperación estaba llegando a su clímax, cuando casualmente el doctor Saúl, tipo muy mal hablado, pasó por la sala y vio la guerra psicológica del maestro y del niño. Sin mediar explicaciones, se encaró al niño y le dijo en tono grave y autoritario: “¡Cállate, escuintle imbécil; si continúas gritando y no te dejas curar, te voy a romper la madre!”; y el chiquillo, como por arte de magia, se calló y dejó curar por el maestro, que silenciosamente aprendió la lección. En otra ocasión le tocó a él pasar por la sala de curaciones y observar cómo un colega, amigo suyo, se debatía con un niño que tenía una herida en el cráneo y no se dejaba suturar; recordando el truco, se enfrentó al chamaco llorón y le dijo con voz fuerte y bronca: “¡Cállate, pedazo de idiota, si no dejas de llorar te voy a dar de cabronazos!”; y el niño se quedó en silencio. Con cierto aire de “inteligencia”, el maestro se despidió de su compañero dándole una palmadita en la espalda y diciéndole: “¡Filosofía aplicada, querido amigo!”. Al abandonar la sala, el maestro se topó con ¡los padres del niño!; un poco ciscado les dijo: “Se calló el pequeño”, a lo que el padre le respondió molesto: “¡Con tamañas palabrotas hasta un sordo se somete!”

Los Apóstoles sonrieron.

—Eso es referente al anecdotario —continuó Luis Parnel—, pero ya en el terreno profesional propiamente dicho, la historia que a continuación contaré fue la que, como dije, más dramatismo encerró. En mi plática anterior, allá en Acapulco, indiqué la debilidad que tenía el maestro hacia el dominó; era su distracción predilecta, y en honor a la verdad jugaba bien; es más, cuando se sentaba a la mesa y el juego tenía pocos movimientos, él ya sabía cuáles eran las fichas que llevaban todos. Una persona con esas dotes reprobaba las malas jugadas y criticaba acremente cuando no hacían las maniobras adecuadas. Recuerdo que su pareja ideal era el doctor Bermudes, pero si éste tenía un problema, irreme-

diablenamente jugaba mal, y esto sacaba de las casillas al doctor Donde. Una ocasión, tras pésima jugada de Bermudes, el maestro le tiró las fichas y se negó rotundamente a volver a jugar con él por el resto del año; y lo cumplió. Si el juego estaba nivelado, es decir, si los participantes eran de la misma camada y rango, así como de idéntico nivel competitivo, las cosas marchaban entre risas y burlas; pero si se llegaba a colar algún médico nuevo e inepto, las increpaciones del maestro eran terribles y amenazadoras; aunque terminando la partida, jamás se volvía a acordar de su sentencia. Pues bien, en el juego había un reglamento en que se especificaba que cuando el altoparlante, allá en la Cruz Roja, indicara que se presentaran a la sala de operaciones, la partida se suspendía automáticamente al tirar las fichas al centro de la mesa los participantes; esa ley era valedera fueran ganando o perdiendo. Mi historia arranca un cinco de mayo, día de asueto, en que le tocó guardia. Es sabido que los días festivos son de gran movimiento en las salas de emergencias, ya que llegan heridos, intoxicados o accidentados en las carreteras. Esa jornada no fue la excepción y los galenos de guardia tuvieron que arrojar las fichas de dominó casi al iniciar la primera partida. Las cuatro salas estaban ocupadas con suturas, yesos, heridas de bala, de arma blanca y hasta una intoxicada que se quería arrancar la vida. El maestro parecía multiplicarse vigilando a sus muchachos y resolviendo los problemas serios. Ese día llegó un chico de trece años que se había fracturado el fémur; el doctor, después de observar detenidamente las radiografías, decidió colocarle un clavo para reducirla. Como yo era su ayudante, me ordenó preparar la intervención lo más pronto posible. Este tipo de operaciones, en una institución de emergencias, son rutinarias, así que no tuve dificultad en montar el “tinglado” en menos de quince minutos. Las enfermeras, bastante competentes, se apresuraron con una sincronización que fue objeto de felicitaciones, pues a los veinte minutos de haberse dado la orden de ¡operación! el doctor Donde ya estaba con el bisturí en la mano preguntando a su anestesió-

logo si podía empezar. Hay un pequeño aparato, no sé si todavía exista, de música que generalmente tocaba melodías clásicas; ese día, lo recuerdo bien, estaban interpretando el Concierto Número Dos de Rachmaninoff. La reducción se estaba efectuando a un ritmo acelerado, parecía que el maestro estaba inspirado, pues sus movimientos eran perfectos y el silencio que reinaba, amenizado por el concierto, era el mejor síntoma de que todo iba a la perfección.

Al medir el clavo se percató de que era el indicado, prensó con sus pinzas los extremos fracturados y lo metió en la porción proximal del fémur.

En ese tiempo estaba, cuando se acercó una enfermera y me dijo al oído: “Doctor, un terrible accidente acaba de pasar, el hijo del maestro chocó y está ahí afuera en muy malas condiciones; creo que necesitan intervenirlo de emergencia”. Una sensación de angustia se apoderó de mí, comprendiendo el golpe que iba a recibir el maestro con la noticia; pero cuando se volteó hacia mí y dijo:

—¡Ya esperaba una estupidez de estas!

Quedé petrificado. Todavía golpeaba con el martillo un extremo del clavo cuando ordenó:

—Doctor Parnel, salga de la sala y examine a mi hijo. Si chocó, como imagino, seguramente debe tener lesiones graves. Olvídense de que es mi hijo y trátelo como cualquier paciente que llega a este hospital.

El maestro, como ustedes saben, puesto que convivieron largo tiempo, era autoritario y decisivo, no aceptaba tibiezas; pero ese día escuché en su voz no solamente una orden, sino una súplica y un paquete bastante difícil de resolver. Así que, sin mediar preguntas, me quité los guantes y el tapabocas y en bata quirúrgica salí rumbo al sitio que la señorita enfermera me estaba señalando. Ahí estaba el chiquillo, un mozalbete de 17 años, largo, fuerte y con una cara de angustia más grave que la de un recién asaltado. En un instante comprendí que esa palidez se debía a una intensa

hemorragia producida en algún lugar del organismo; lo tenían recostado en la camilla, por lo que al quitarle la frazada con que venía cubierto noté que sus manos presionaban ligeramente el vientre.

—¿Qué te pasó? —inquirí tomándole el pulso y pidiéndole a la enfermera el baumanómetro.

—¡Choqué! —respondió con voz entrecortada.

—¿Cómo fue?

—Iba manejando a regular velocidad por la avenida Tlalpan cuando el sujeto que venía enfrente se “amarró” súbitamente y no me dio chance de controlar el coche, que se precipitó contra él; el impacto del volante en mi abdomen fue violento y fuerte, tanto que no me permite mover con facilidad.

—¿Qué te duele?

—El abdomen, doctor; es todo lo que tengo.

—¿Te duele el tórax?

—En lo absoluto.

—¿Sientes mareo?

—Bastante; hasta parece que me voy a desmayar.

Tan pronto toqué su abdomen, me di cuenta de que existía estallamiento de víscera, pues tenía la clásica consistencia de madera. Llamé al doctor González, nuestro químico biólogo, para que le extrajera sangre e hiciera biometría y tipo.

—¿Me van a operar? —preguntó el joven bastante preocupado y con cierto temor que no dejó de impresionarme.

—Tal vez, pues ese vientre no está bien. Claro que está supeditado a lo que diga tu papá.

—¿Está aquí? —preguntó más asustado e inquieto.

—Por supuesto, él me envió a que te examinara. Ahora se encuentra terminando una operación de un chiquillo que se rompió el fémur.

—¿Está enojado?... Él siempre dice que maneje con cuidado y no me pegue a los coches; pero no fue mi culpa, doctor, se lo juro. La culpa fue del tripulante del coche de adelante que se enfrenó sin previo aviso y...

—¡Calla! —le interrumpí— Entiendo el problema; ahora falta convencer a tu padre; aunque creo, por lo menos en este momento, que no va a decirte nada.

—Le juro que no tuve la culpa —repitió alterado.

Al tomar la presión arterial constaté que estaba baja, confirmando mi diagnóstico de estallamiento de víscera. Al rato llegó el doctor González a sacar sangre para el estudio. Fue entonces cuando ordené a la señorita enfermera un suero Hartmann, y al doctor Cruz, radiografías de abdomen. Después, con aparente tranquilidad, regresé al quirófano donde estaba mi maestro operando.

—¿Qué pasó con Luisillo? —preguntó al verme entrar.

—Se accidentó en la calzada de Tlalpan —respondí controlando mi voz—. El coche que venía enfrente se enfrenó y Luis se estrelló. Trae un golpe en el vientre que se dio con el volante; tal vez exista contusión o lesión de vísceras.

—Con toda seguridad se rompió el hígado o el bazo, doctor, esos traumatismos son frecuentes.

—En veinte minutos tendremos las placas y algunos análisis.

—¿Qué están operando en la sala B?

—La están preparando.

—Tenga la bondad de decir a la Jefa de Sala que voy a practicar una laparotomía exploradora —dijo con tranquilidad digna de elogiarse—; y mientras termino de suturar aponeurosis y piel, esperaremos los resultados de sus estudios. Por lo pronto, localícame al cirujano de vientre.

—¿Quiere que llame al doctor Castro?

—Dígale que voy a necesitarlo.

Al salir del quirófano me enteré de que el doctor Castro, excelente y hábil cirujano en emergencias de abdomen, no estaba en el sanatorio por haber salido a consulta a un pueblo del estado de Puebla. De todos los médicos que se encontraban en ese momento, ninguno poseía la experiencia requerida, ya que la mayoría eran ayudantes, residentes o practicantes. Ése era el oscuro pano-

rama que se presentaba al doctor Dondé, después de que terminó su operación y examinó las radiografías y análisis de su hijo.

—No se preocupe, doctor Parnel —me dijo con temple que a pesar de los años transcurridos aún sigo admirando—, usted me ayudará. Esta radiografía confirma mi sospecha: tiene rota una víscera; ahora falta saber si se trata del hígado o del bazo. De todos modos hay que operarlo... ¿Tienen lista la sangre?... ¡Mi hijo es tipo O con Rh negativo!

—Todavía no la consiguen —le respondí apesadumbrado—. Ningún banco de sangre la tiene.

El maestro, insisto, estaba tranquilo. Yo buscaba inútilmente gestos que denotaran preocupación, pero no los encontré. He de resaltar un detalle importante: el doctor, desde el momento que iba a practicar una operación, entraba en una especie de concentración que no desaparecía hasta que resolvía el problema; daba la impresión de estar repasando mentalmente todos los tiempos, indicaciones, peligros, estadísticas, etcétera, del problema. Así era, y en esta ocasión tan particularmente dramática no fue la excepción.

Todavía examinó los datos por más de diez minutos, luego, con calma, se dirigió a la sala a checar a su hijo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó amoroso.

—Apenado contigo, papá.

—Eso está bien; pero... ¿qué te duele?

—¡Aquí! —respondió el chavo tocándose con sus manos la parte contusionada del vientre.

—¿Qué pasó? —inquirió él, palpándole superficialmente la zona adolorida.

—Iba por la calzada de Tlalpan a la velocidad que marcan los discos, pero el tipo de enfrente se enfrenó bruscamente y no tuve tiempo de controlar el coche y me estrellé contra él; desgraciadamente el golpe fue fuerte y el volante se incrustó debajo de mi tórax; no pude evitarlo.

—Te creo, Luisillo. ¿Y qué sucedió después?

—No pude moverme, el dolor era intenso y no lo permitía. Más tarde llegaron los muchachos de la ambulancia y me trajeron aquí.

—¿Has vomitado?

—No. Quizá se deba a que no he tomado alimento desde las seis de la mañana.

—¿Solamente ahí te duele?

—Creo que sí.

—No te golpeaste en alguna otra parte.

—No.

—¿Sientes molestias en la cabeza?

—Tal vez algo de dolor, pero yo se lo achaco a la pena que me da el tenerte que molestar.

—No te preocupes, hijo, sólo quiero que me digas si te duele el vientre cuando lo presiono.

—¡Bastante!... ¡No lo soporto!

El maestro se dio cuenta de que el dolor era más intenso en el hipocondrio izquierdo y aumentaba conforme profundizaba la palpación.

—¿Mareo? —siguió interrogándolo.

—Sí; parece que todo me da vueltas.

El doctor volteó a verme:

—¿Está lista la sangre?

Esa pregunta me taladró el alma, porque en ningún banco existía ese tipo.

—Hemos agotado los recursos posibles, doctor, y ha sido en vano. No hay en ningún lado. Me dijeron que si urge, en tres horas tal vez la consigan.

—No interesa —respondió sin prisas—. Dígale al hematólogo que prepare un frasco para que alguien done ese líquido.

—También busqué el tipo entre enfermeras y residentes —contesté apenado—, pero, desgraciadamente, nadie lo tiene. Será necesario pasar plasma y esperar a que llegue dentro de tres horas; no veo alternativa.

—Haga lo que digo, doctor, mientras personalmente revisaré el equipo quirúrgico. Quiero que en diez minutos me tenga listo al hematólogo con su frasco para extraer sangre.

El aplomo del maestro, su tranquilidad, su voz pausada y firme, me confundieron; creo que ahora, a muchos años de esa dramática intervención, todavía me asombro de su entereza, pues a pesar del durísimo trance por el que estaba pasando, su rostro no delataba nada extraordinario. Y mientras obedecía sus instrucciones, pasó a su hijo al quirófano y personalmente lo preparó. Sor Teresa, enfermera que había tomado los hábitos religiosos y que demostraba enorme interés por aprender a instrumentar, lo ayudó. Hago hincapié en que todos los residentes y practicantes cooperaron a buscar entre sus más allegados ese tipo de sangre; pero fue inútil, el preciado líquido no se halló en ningún sitio. Diez minutos después, el hematólogo estaba frente al maestro.

—Hemos agotado todos los recursos posibles —le dijo con pena— y ninguno posee esa sangre. Ya hablé con un amigo mío, locutor de una radiodifusora, y me está ayudando a localizar un donante... ¿qué hacemos?

—Prepare lo necesario para una extracción —respondió secamente.

—Está listo mi equipo, doctor —respondió el hematólogo.

—Entonces... ¡extráigamela a mí!... Tengo el mismo tipo que mi hijo.

—Pero usted va a operar... ¿no es así? —protestó confundido el hematólogo.

—Usted haría lo mismo por su hijo, doctor... ¡a trabajar! —El hematólogo no hizo comentarios. Con gesto de admiración y preocupación respondió:

—¡Entiendo! Por favor, doctor, recuéstese en el sofá... ¿Cuántos centímetros cúbicos necesita?

—Por lo pronto... ¡una unidad! Con eso será suficiente para que empiece a operar; si hay necesidad de más líquido, entonces lo daré al terminar.

El maestro, con tranquilidad desesperante, se quitó la bata, remangó la camisa, cerró fuertemente el puño y se acostó en el sofá.

—¡Estoy listo! —dijo suavemente.

El hematólogo ligó con fuerza el brazo derecho del maestro, limpió la parte superior del antebrazo, introdujo la aguja en la vena y con destreza sorprendente comunicó su equipo al frasco colector.

—Espero no se vaya a desmayar —exclamó jugando.

—Y si me desmayo —respondió el doctor Dondé— ¿quién opera a mi hijo? Hoy no tengo derecho a perder el conocimiento; aunque reconozco que siento mareo.

En realidad una unidad de sangre no era cantidad suficiente para hacer desmayar a una persona de la constitución férrea del maestro, aunque sí para debilitarlo. La extracción transcurrió sin incidentes; al terminar, el hematólogo preguntó:

—¿Se siente bien?

El maestro apretó el algodón en la pequeña herida que había dejado la aguja, se incorporó lentamente, sacudió la cabeza y respondió:

—Un poco mareado, pero me repondré.

—Descanse, doctor —recomendó el doctor González—, en unos minutos estará bien.

—Quiero empezar lo antes posible —me dijo suplicante.

Yo estaba más nervioso que el mismo maestro. Me parecía que aquello era una horrible pesadilla. ¿Cómo era posible que el hijo del doctor Dondé estuviera al borde de la muerte?... ¿Y cómo era factible que él mismo, porque no había cirujano competente en ese momento, fuera a operarlo? Estoy de acuerdo en que sus conocimientos eran maravillosos; pero no hay que olvidar un factor importante: los cirujanos, al contrario de lo que se piensa, tienen alma, corazón y sentimientos perfectamente definidos. ¡Mentira que la socialización haya endurecido sus corazones! ¡Ésa es una falsedad que va en contra de los principios del juramento hipocrático! Estoy consciente de que existan cirujanos con aparente

corazón de acero; pero el del maestro era una esponja que absorbía emociones y las controlaba con ese sentido de responsabilidad que todavía le sigo admirando.

La sala de operaciones, con su penetrante olor a merthiolate y éter y teniendo sobre la mesa de operaciones a Luisillo, se veía imponente. Yo, obedeciendo las instrucciones, me lavé y procedí a limpiar perfectamente la región quirúrgica. Sor Teresa, que iba a instrumentarnos, ya tenía todo listo para iniciar el “calvario”. El doctor Pereyda, joven anestesiólogo que gozaba trabajando en días festivos, durmió al paciente y dio luz verde al maestro.

—Espero no tener contratiempos —dijo el doctor Dondé con voz firme—. Esta operación debe ser rutinaria; si ven que regaño más de la cuenta, dispénsenme; saben que sólo será por esta ocasión.

Sonreímos con nerviosismo, pues comprendimos la enorme responsabilidad que pesaba sobre nosotros y el dramático instante que estaba viviendo nuestro mentor.

—¡Bisturí! —se escuchó en la sala.

Sor Teresa se lo dio, mientras yo colocaba unas compresas a los lados de la zona quirúrgica.

—Voy a trazar una incisión paramedia del lado izquierdo, para tener amplia visión; estoy seguro de que con esto bastará ¿alguna objeción?

—Ninguna —respondí respetuoso.

El maestro tomó el escalpelo y lo deslizó, con esa asombrosa agilidad que lo distinguía, por arriba y a un lado del ombligo. Ligó los vasos que sangraban y sin perder tiempo abrió la aponeurosis de los rectos anteriores del abdomen y separando los músculos llegó hasta el peritoneo; aquí confirmamos el diagnóstico de hemorragia interna, pues al través de la capa peritoneal se descubría el líquido vital.

—Vamos a encontrar más de un litro de sangre en la cavidad abdominal —dijo pinzando el peritoneo y ordenando a Sor Teresa que tuviera listo el aspirador—. La hemorragia es copiosa.

—La presión está bajando —interrumpió el anestesiólogo.

—Que el doctor González empiece a transfundir sangre —repuso el maestro—. ¿Cuál es su presión?

—¡Sesenta por treinta! —contestó el doctor Pereyda.

—Auméntele el goteo al suero —ordenó el doctor Dondé.

Yo veía mucho movimiento. Tanto los médicos que controlaban la anestesia y el paso de líquidos como los integrantes del equipo quirúrgico estábamos sumamente nerviosos. Sabíamos que una baja tensional trae problemas serios, sobre todo si se toma en cuenta la gravedad de la cirugía abdominal y el hecho de que un médico estuviera operando a su hijo; pero el maestro seguía sereno, ni siquiera volteó a ver el rostro de Luisillo, todo lo contrario, se dedicó a absorber el líquido acumulado y a revisar parte por parte, sección por sección los órganos hepático, vesicular, intestinal, gástrico, renal, hasta llegar al bazo y darse cuenta de que sangraba profusamente.

—¡Hay que extirparlo! —exclamó con tristeza— ¡Lo tiene estallado e inútil!

—Sigue bajando la presión —dijo alarmado el anesthesiólogo.

—¡Transfúndale sangre a presión! —contestó el maestro— No descuide su pulso y respiración... ¡ventílelo con la bolsa! Si pinzo los vasos sangrantes ya no habrá motivo para que siga bajando.

En este proceso de la intervención quirúrgica, la Jefa de Sala se aproximó al maestro y le limpió su perlada frente. La tensión que se respiraba en el quirófano era pesada y dramática. Los médicos seguían angustiados con la baja tensional de Luisillo, mientras que el maestro ligaba los vasos y cortaba la cápsula que al bazo retenía. Yo observaba los movimientos de cada uno de los participantes, sin descuidar, desde luego, mi papel de ayudante, y comprendí que las cosas iban mal y en cualquier momento el hematólogo podría gritar que existía un paro respiratorio; esto no era un presentimiento, sino el resultado de experiencias anteriores. Por eso no separaba mi vista del baumanómetro, cuando le estaban checando la presión, ni de los ojos del anesthesiólogo, que vigilaba celoso todos sus aparatos, goteo de líquidos y reflejos del joven.

—¡No tiene presión! —gritó desesperado el hematólogo.

El maestro deslizó suavemente su mano hacia la cúpula diafragmática, se quedó un rato callado y, con tranquilidad, dijo:

—El corazón está latiendo, hay que oxigenarlo con la bolsa, y usted, doctor González, continúe pasando sangre. Estoy seguro de que mi hijo debe empezar a responder en unos minutos; ya no está perdiendo sangre.

Y nuevamente me quedé electrizado ante la demostración de agallas y dominio del maestro, pues cualquier otro quién sabe qué hubiera dicho o hecho. La intervención siguió su curso, no hubo sobresaltos ni discusiones, el bisturí seguía cortando lo inservible y los hilos ligando lo útil. En ese momento se escuchaba el latir del corazón de cada uno de nosotros tratando de suplir la ausencia tensional del enfermo. Después de que el doctor extirpó el bazo y limpió la región, volvió a subir su mano a la zona diafragmática que le sirve de asiento al corazón y dijo:

—¡Sigue latiendo!... ¿Hay pulso?

Los doctores Pereyda y González trataban de encontrarlo, pero infructuosamente; todavía pasaron dos minutos, tiempo que el maestro aprovechó para ir cerrando por planos, antes de que el hematólogo gritara emocionado:

—¡Ya hay pulso!... ¡Lo estoy palpando!... Conforme van pasando los segundos se va haciendo fuerte y poderoso.

El doctor Dondé sonrió y cerró los ojos, tal vez para pedir clemencia o dar gracias a Dios.

—¡Hemos terminado! —exclamó satisfecho.

—La presión es de ochenta por sesenta —respondió optimista el anestesiólogo.

—Ya está lista la otra operación, doctor —interrumpió la Jefa de Sala.

—¿Cuál operación? —protestó el maestro.

—Cuando estaba usted operando llegó un niño con fractura expuesta de fémur; ya están las radiografías y los análisis; sólo falta que entre a la sala “C” a trabajar.

El maestro cerró los ojos, se acercó a su hijo para constatar que pulso y presión marcharan bien, le dio un beso en la mejilla, y luego se retiró a la siguiente sala a continuar su jornada.

Éste es, compañeros Apóstoles, el momento más dramático, pero al mismo tiempo lleno de orgullo y satisfacción, que el inolvidable maestro vivió durante el ejercicio de su profesión. He de agregar, como comentario personal, que jamás llegó a exteriorizar este hecho que acabo de relatarles; es más, creo que ni su hijo, que ahora tiene edad de comprender, conoce el terrible drama que originó su falta de pericia para manejar.

* * *

Al terminar el relato el doctor Luis Parnel los Apóstoles aplaudieron instantáneamente, pues reconocieron la extraordinaria calidad del desaparecido. Tal vez a los deudos de las demás capillas les pareció una irreverencia aquella manifestación de alegría con que los médicos celebraban ese triunfo quirúrgico; pero nadie sabía que doce médicos estaban rindiendo homenaje, con esa jornada médica, a un colega que dormía el sueño eterno. Después de que el silencio volvió a reinar, el doctor Erasmo se dirigió al grupo y dijo:

—Han escuchado los pormenores de este caso que llena de sorpresa y gusto, puesto que el héroe, porque así debe llamársele a un hombre lleno de virtudes, talento y fuerza de voluntad, fue uno de nosotros. Este hecho virtuoso y con final de película es el reflejo nítido de Luis; es verdad que al profesionalista prácticamente no lo conocimos, pero sí al estudiante lleno de ideas altruistas y a veces agresivas. Por eso hoy, día de su despedida, quiero continuar derramando en este metálico ataúd, que encierra sus restos, las hazañas y heroísmos de cada uno de nosotros; quiero que, cuando cerremos la caja, ésta retenga el eco de la velada. Que tome la palabra el doctor Roberto Bojar.

Todos los Apóstoles guardaron respetuoso silencio.

El ortopedista

Roberto Bojar, cuando escuchó su nombre, se quedó viendo fijamente el catafalco, cómo si estuviera elevando una oración; luego, con voz fuerte y bien modulada, dijo:

—Si me pusiera a analizar las barbaridades que escribimos en la época estudiantil que nos tocó vivir, tal vez pudiera formar un tratado de puntadas y anécdotas que tuvieran como común denominador la amistad y el cariño que nos profesamos, independientemente del estudio y dedicación que siempre fueron nuestros aliados. He vuelto a vivir esa etapa tan hermosa de nuestra existencia. El escuchar a Calzada hacer una pequeña nota biográfica de Luis, así como remembranzas de las reuniones que realizábamos en la taberna de don Hipólito, me traslada irremediablemente a mis juveniles días de estudiante en la Facultad de Medicina. No existe época más brillante y menos pesada que cuando se cursa la carrera que uno ha elegido. Estoy consciente de que tuvimos privaciones, decepciones y hasta frustraciones; pero si comparamos estos ingredientes con las horas felices e ilusiones reali-

zadas, así como los triunfos en la Facultad, veríamos asombrados que estos últimos ganaban. No niego la satisfacción y el orgullo que siento de pertenecer a esta alocada cofradía que día a día se esfuerza por superar barreras hipócritas y convenencieras; el hecho de reunirnos una noche a confesar nuestras fallas como cirujanos demuestra la madurez y el sentido de responsabilidad que nos impulsan a estudiar y prepararnos mejor. Sabemos que el médico cuando obtiene su pergamino es un tremendo peligro si no sigue por la senda del estudio; la medicina es una ciencia que constantemente está en movimiento progresivo; no puede el médico estacionarse, porque se queda solo y empolvado en el camino. La noche de nuestra confesión dejamos claramente sentadas las bases que deberían regir en todas las asociaciones; es más, propusimos mandar una circular para que en sus programaciones científicas se incluyera un punto en la orden del día que dijera: “éstos son los fracasos del mes”. Eso, mis amados condiscípulos, sería un gran paso al progreso y superación. Pero ahora estamos recordando a Luis Dondé, el amigo que yace en esa sobria caja esperando que lo traslademos a su última morada. Hoy, cuando levanté el postigo para verlo, sentí una profunda emoción y respeto, porque no niego que la muerte produce efectos similares; pero ajeno a ese estado anímico, retrocedí años y años, hasta llegar a una lejana noche en que Luis y yo hacíamos guardia en un sanatorio privado del sur de la ciudad. Los dueños eran unos doctores con ideas anticuadas que tenían el firme propósito de actualizar su sistema administrativo, amén de comprar aparatos y equipos de sala de operaciones modernos; pero nada más tenían la intención, porque jamás se animaron a realizar ese sueño. Pues bien, la noche a que me refiero había poco trabajo, y lo peor de todo era que nuestros honorarios estaban de acuerdo a lo que entraba, es decir, si no había consultas, ni partos, ni operaciones... ¡no ganábamos un sólo céntimo! Ese día estábamos jugando dominó y ya nos vencía el sueño cuando la señorita de recepción nos habló con tono misterioso y burlón para que bajáramos a atender

una “emergencia”. Luis y yo nos vimos con los ojos saltándonos de alegría, ya que esa consulta resolvía de inmediato el problema del desayuno. Luis, por ser más ágil, bajó las escaleras de cuatro brincos, mientras yo gastaba siete para la misma distancia, y se presentó a la recepcionista:

—¿Cuál es el problema? —preguntó autoritario.

—¡El señor trae un cliente! —respondió ella con malicia.

—¿Dónde está el enfermo? —inquirió mi amigo atisbando con impaciencia por todos lados.

—¡Es mi gallo de pelea, doctor, el que viene asfixiándose! —contestó el fulano enseñándonos un hermoso ejemplar giro que definitivamente venía muriéndose.

Luis, rápido para elaborar planes, volteó hacia donde me encontraba y guiñando el ojo dijo:

—Es un ser vivo y hay que darle servicio; aunque no pertenecemos a la Sociedad Protectora de Animales, tenemos corazón y no nos gustaría que por nuestra culpa falleciera este precioso ejemplar.

—Hay que oxigenarlo de inmediato —respondí tomando en serio mi papel de protector.

Luis arrebató el ave al gallero y, violentamente, tal como había bajado, de cuatro pasos alcanzó el primer piso para introducirse a la sala de operaciones y tomar el aparato de anestesia, que tenía dos tanques del vital gas, y oxigenar al mentado gallo con una mascarilla con la que dormíamos a los bebés.

—Haz de cuenta que es un pequeño bebé —me dijo mientras “maternalmente” le colocaba la mascarilla y lo oxigenaba— que necesita a sus “gallíatras” para que le salven su aplumada vida.

—¿Qué le habrá pasado a este “enfermito”? —inquirí consciente de que al día siguiente me estaría almorzando a uno de sus familiares.

—Con toda seguridad sus estúpidos padres lo metieron en la cajuela del carro para trasladarlo al palenque; pero con tan buena suerte para el gallo que en lugar de morir en las “navajas” de sus hermanos, tal vez fenezca en nuestras manos.

—Lo veo mejor —respondí con sinceridad—; parece que está reaccionando.

—¡Claro que le vamos a salvar la vida!... ¡Y claro que el gallo va a estar feliz!... ¿Sabes por casualidad cuánto vale uno de estos animalitos?

—¡Lo ignoro!; pero deben valer una fortuna, puesto que los cuidan y miman con tanto esmero.

—¡Por supuesto que valen una millonada!... Uno de estos ejemplares bien desquita seis mil pesos; aparte de que si son buenos hacen ganar a sus dueños miles de billetes.

—¿Y qué vas a hacer después con el bebé? Porque, supongo, debe seguir el mismo tratamiento que un intoxicado... ¿no es así?

—¡Adivinaste!... ¡Prepara la incubadora!

—¿La incubadora? —pregunté asombrado.

—¡Exacto!... ¡Ponle oxígeno y sintonízala a 24 grados centígrados! ¡Ése es el moderno tratamiento que les estamos dando a gallos giros intoxicados por bióxido de carbono!... ¿No lo sabías?... ¡Creo que el día que dieron esa conferencia los “gallíatras” tú estabas papando moscas.

—¡Estás loco! —le contesté muerto de risa.

Y Luis metió al gallo en la incubadora. Realmente era un espectáculo curioso ver a ese animal asustado y picando el plástico transparente de su “jaula”. Sin embargo, fue mejorando notablemente y en menos de cuatro horas ya estaba cantando fuerte dentro de su “casa”, por lo que se le habló al dueño y explicó que el peligro había pasado y que el enfermo podía retornar a su domicilio. La cara de alegría que puso el gallero no tuvo parangón, pues tomó al gallo y lo besó amorosamente, como si fuera su hijo. El animal se movía desesperado, tratando de zafarse de su meloso dueño.

—¿Cuánto le debo, médico? —inquirió con satisfacción.

—Por ser para usted, caballero —respondió Luis—, ya que nuestro sanatorio, contra todas sus normas, atendió a su animal en vista de que necesitaba urgentemente oxígeno, le cobraremos solamente trescientos pesos.

Yo pensé que el gallero protestaría y amenazaría con dejarle el animal; pero me equivoqué rotundamente, ya que sin repelar ni una sola palabra, sacó su cartera y le extendió tres billetes de cien pesos y todavía ¡le regaló otros cien!

—Creo que nunca aprenderé a cobrar —me dijo cuando ya el gallero había trepado a su lujoso coche y nos había dicho adiós.

Luis era así, callado cuando se necesitaba y parlanchín en el momento oportuno.

La primera parte de mi compromiso ya está liquidada; claro que recuerdo otras puntadas de Luis, pero también sé que estamos limitados de tiempo y faltan otros diez médicos para que terminemos la velada, por lo que justo es iniciar la narración del momento más angustioso y dramático que he pasado en mi vida profesional.

El doctor Lisandro Arenas, médico homeópata del estado de Puebla, era feliz en su matrimonio; tenía dos preciosos hijos y ninguna sombra de pena se dibujaba en su hogar. Él mismo se vanagloriaba de tener una hermosa y magnífica esposa, así como dos diablillos que corrían y hacían travesuras a lo largo y ancho de la vieja casona, ubicada en Coyoacán, sin que nadie los molestara, siempre y cuando obedecieran las disciplinas a que estaban sometidos. Bueno, así estaban las cosas cuando su esposa Marisela encargó al tercer heredero de la dinastía; para este acontecimiento me señalaron a mí ¡como el doctor que traería a este mundo al pequeño! a pesar de cansarme de repetirles que mi especialidad era otra y que tenía poca práctica en atender partos; pero Lisandro no escuchó razones y me obligó a concederle ese favor. Sin otro remedio, pues dije que fueron inútiles mis súplicas, empecé a seguir el ritmo del embarazo y a vigilarla con todo esmero. En el hospital les causó risa el hecho de que fuera a atender un parto; incluso el doctor Aguilar, eminente obstetra, amenazó con empezar a operar fracturas de pelvis y luxaciones de hombro si yo continuaba invadiendo sus terrenos; toda discusión terminó cuando le rogué encarecidamente que se colocara tras de mí en el mo-

mento en que fuera a nacer el bebé de mi amigo. El doctor Aguilar, dándome una palmada en la espalda, dijo que ahí estaría auxiliándome en el instante supremo y que no tuviera miedo. Gracias a Dios, y a mis ángeles de la guarda, llegó el día del parto y todo salió a las mil maravillas, pues la esposa del homeópata cooperó como una experta y obedeció las indicaciones que se le dieron.

Llegó a las diez de la noche y a las once y media ¡los dos gozaban de perfecta salud! El doctor Aguilar, que no se separó ni un instante, quedó asombrado de mi facilidad para atender partos; es más, quería darme allí mismo un diploma firmado por toda la sociedad de Gineco-Obstetricia del Hospital, si es que me animaba a seguir ejerciendo esa especialidad. El padre del niño me felicitó y pidió encarecidamente que ¡bautizara a la criatura! Todos estos honores, premiando mi pericia como partero, no podía negarme a aceptarlos, por lo que les dije que sí. La felicidad, las risas, los llantos y los gritos en ese hogar lógicamente aumentaron; pues si antes eran dos hijos, ahora sumaban tres. Los días del calendario empezaron a caer en racimos; todo marchaba a la perfección, el ahijado, al que bautizaron con el nombre de Anselmo, crecía y festejaba su quinto aniversario; pero ese mismo día, al reclinarsse levemente a recoger una pelota que alguien le había lanzado, observé una curvatura anormal en su espalda; esto me preocupó, ya que era un signo inequívoco de cifosis. Sin darle mucha importancia, para que los padres no fueran a malinterpretar las cosas, me acerqué y lo exploré superficialmente, lo que dio lugar a que su padre se aproximara y me preguntara:

—¿Crees que sea un problema grave?

Yo solamente le respondí:

—¿Ya lo habías notado?

—Desde hace cuatro meses; pero no le he dado la importancia que tal vez requiera.

—¡Llévamelos mañana al sanatorio; ahí le tomaremos unas placas y le haremos unos análisis! —le dije para calmarlo y dar tiempo a estudiarlo con más detenimiento; sin embargo, justo es

mencionarlo, yo estaba seguro de que el problema de mi ahijado era más serio de lo que el padre se imaginaba.

Al día siguiente, ya en el sanatorio, lo examiné con más detenimiento y corroboré que el encorvamiento de la columna se palpaba a la simple exploración. Los estudios requeridos se hicieron con calma y sin darle mucha importancia para que el pequeño no se alarmara.

—¿Qué tengo, padrinito? —me preguntó con esa voz infantil que en esos momentos semejaban dos puñales que desgarraban mi alma y provocaban infinitos deseos de llorar.

—¡Un chipote que tal vez te hiciste jugando! —contesté al tiempo que le obsequiaba un caramelo.

El niño, al fin inocente, no dio importancia al proceso que ya empezaba a resaltar en su espalda, y salió corriendo del consultorio. Yo me quedé con el papá que, contra mis cálculos, sí tenía idea de lo que estaba sucediendo.

—¿Está jorobado mi hijo? —preguntó con esa voz temblorosa y llena de miedo que suelen tener los que saben de antemano la terrible respuesta.

—Aún falta estudiar radiografías —contesté sereno—; pero temo que el ahijado tenga una cifosis que esté lesionando la columna.

—¿Es grave?

—La verdad es que todavía no llego a un diagnóstico integral, pues falta, como te dije, ver otros estudios. Pero una cosa sí te puedo adelantar: de no haber una reacción regresiva en determinado tiempo, entonces habrá que operarlo; mas no olvidamos que las cifosis suelen ir desapareciendo conforme los niños van creciendo. Espero, sinceramente, que el tiempo me dé la razón.

—¿Cuándo tendríamos un diagnóstico definitivo?

—¡Mañana! Así que dejemos de especular y esperemos pacientemente las radiografías.

El doctor Arenas salió de mi consultorio cabizbajo y pensativo, maliciaba que la enfermedad de su hijo tendría consecuen-

cias severas y delicadas. Yo, mientras tanto, me quedé en el consultorio observando las radiografías y examinando vértebra por vértebra, costilla por costilla, ángulo vertebrocostal por ángulo vertebrocostal. No quise exteriorizarlo, pero la cifosis de Anselmo era de las que evolucionaban hasta dejar jorobados a quienes las padecen.

Y el tiempo, al igual que el problema de mi ahijado, siguió su imperturbable marcha. Yo traté por todos los medios posibles de que la enfermedad no prosperara, pero fue inútil, la protuberancia cada día era mayor, hasta que definitivamente se instaló la cifosis en todo su horror: ¡Anselmo, a los diez años, era un jorobado!

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó desesperado Lisandro.

—Solo hay una solución.

—¿Cuál?

—¡Operarlo!

—¿Operarlo?

—Es la única salida; desde luego que la intervención es delicada, larga y grave respecto a las complicaciones que pudiera acarrear.

—¿Puede tener complicaciones? —inquirió pesadumbroso.

—Bien sabes que existen lesiones en los cuerpos vertebrales que directamente son las responsables de la cifosis, por lo que sería un crimen dejar que la enfermedad avanzara.

—¿Tú qué harías? —preguntó.

—Mira, amigo, este padecimiento lo hemos seguido paso a paso y si no procedimos con energía al principio fue porque pensamos que sería regresivo. Ahora, después de estudiar concienzudamente las radiografías, deducimos que sólo una intervención quirúrgica salvaría a Anselmo. No debes olvidar el riesgo de la misma, tú sabes que la base principal es quitar los cuerpos vertebrales que están deformados y colocar un aparato ortopédico para estirar la columna, que iría de la cabeza a la pelvis; posteriormente, en otra operación, colocaríamos porciones de costillas del

mismo enfermo en el sitio donde estuvieron los cuerpos vertebrales; y en una última sesión, que sería seis meses después, afianzaríamos esa osamenta colocando en la parte posterior varillas ortopédicas. Esa modalidad la he practicado varias veces, y en algunas el éxito ha sido completo.

—¿Qué pronóstico tiene?

—Bueno. No olvides que soy médico, humano y por tal motivo pienso al fracaso. Mas yo sí lo intentaría, pues creo que ésa es la única alternativa para mejorarlo.

—Está bien. Hoy hablo con mi esposa. Por lo pronto, prepara lo necesario para la intervención... ¿Cuándo sería bueno internarlo?

—Esta misma semana.

Cuando mi compadre se fue, quedé largo rato recargado en el sillón del consultorio. Estaba consciente de que había firmado verbalmente un compromiso, pues no quise decir que había riesgos tan grandes como dejarlo paralítico, o tal vez provocar una lesión irreversible, ya que manejaríamos la médula espinal en su porción media; me consoló el hecho de saber que si Anselmo evolucionaba bien, podría volver a ser un chamaco sin complejos ni deformidades... ¡Ésa era la verdad y el destino se encargaría de aclarar las tinieblas que en ese momento nos envolvían! Después de varias entrevistas, llegamos a la conclusión de operarlo ese mismo fin de semana. Preparé mi equipo quirúrgico y supliqué al papá de Anselmo que no entrara, pues me pondría nervioso y no operaría con la misma serenidad que acostumbraba hacerlo; realmente quería evitarle el sufrimiento. La primera intervención fue larga y tediosa, me ayudaron los doctores Izunza y Duarte, mientras la anestesia la controlaron Arreguín y Viramontes. Empecé por vía anterior, torácica, del lado derecho; quité costilla, penetré a cavidad, colapsaron pulmón y después de separar mediastino logré hacer contacto con las tres vértebras enfermas. Con mucho cuidado, y vigilando los signos vitales, retiramos toda la zona lesionada de los cuerpos vertebrales hasta dejar a la

médula libre en toda su extensión anterior, ya que, sin discusión, era el terreno enfermo que había causado directamente la cifosis; ese tiempo quirúrgico fue un verdadero triunfo, a tal grado que mi equipo auguró una curación más allá del ochenta por ciento. Después de canalizar y revisar la región, procedimos a suturar por planos. Posteriormente colocamos la costilla extirpada en el refrigerador, ya que esa pieza sería de vital importancia para la segunda operación, que se programó para ocho semanas más tarde. Al terminar esta faena, aplicamos un aparato especial, consistente en un halo cefálico y otro pélvico que nos servirían para atornillar las varillas que estirarían en toda su extensión la columna vertebral. Para esto, fijamos el halo cefálico en los huesos parietal y temporal del enfermo, mientras que el otro, en la pelvis. Acto seguido calibramos las varillas y la operación se dio por terminada con bastante optimismo de nuestra parte. Así lo hice saber al homeópata, quien habiendo entendido perfectamente los problemas y complicaciones que podría tener a lo largo de la convalecencia, por las previas explicaciones que le había dado, quedó conforme. El enfermo evolucionó, en esta primera parte de la intervención, mejor de lo que me imaginé, pues siguió los consejos al pie de la letra. Anselmo tuvo dolores intensos que controlamos con analgésicos de alto poder. Yo temía que tuviera neuralgias severas, pero, repito, su proceso curativo fue excelente. Esas semanas nos sirvieron para planear la segunda parte del tratamiento; el doctor Arenas estaba más optimista y entusiasmado: el resultado de la primera lo había animado a tal grado que aseguraba no habría barreras para que Anselmo se recuperara íntegramente. ¡Claro que me sentía comprometido! ya que de fracasar me hubiera hundido en un mar de angustias y dolor; por este motivo hablé con mi compadre y recalqué y exageré todo lo malo que podría complicarnos las siguientes operaciones, pero el homeópata estaba convencido de que todo marcharía conforme Dios quisiera, y Dios quería que Anselmo se salvara. En estas circunstancias llegamos a la segunda fase. Acepto que mi estado

anímico era superior al de la primera, por lo que repetí el mismo equipo: Izunza, Duarte, Arreguín y Viramontes. Volví a entrar por vía anterior, pero ahora del lado contrario; después de seguir los mismos pasos, llegué a la zona de los cuerpos vertebrales extirpados, noté que estaban maravillosamente bien, por lo que procedimos a formar un canal en la parte superior, a expensas de los cuerpos sanos, y otro inferior; luego, cuando los canales estaban listos, colocamos porciones de costilla —la que previamente habíamos guardado en el refrigerador—, a manera de varillas, y las fijamos. Este paso quirúrgico me satisfizo enormemente, ya que la juventud y fortaleza del muchacho serían la base de mi triunfo. Dos meses después hicimos la tercera parte de la operación, pero ahora por vía posterior, que consistió en hacer una incisión en la parte media, a nivel de las apófisis espinosas de las vértebras, para descubrir los arcos posteriores y hacer artrodesis con fijación de barras de alambre. A los ocho días, después de retirar el halo cefalopélvico, se aplicó corsé de yeso para mantenerlo así durante seis meses. El día en que Anselmo llegó para que le retirara el corsé y los implementos de la operación fue inolvidable. Mis compadres, al igual que el equipo médico que me ayudó en las tres operaciones, estaban pendientes del desenlace. Acepto que las radiografías decían que todo estaba bien y que no habría complicaciones, pero quien ha sido cirujano y sabe que un pequeño error puede ser causa de serios problemas podrá comprender el estado síquico en que me encontraba ese día, a pesar de mi aparente tranquilidad. Con la sierra eléctrica quité el corsé y revisé las heridas anterior y posterior del enfermo; pasé mi mano sobre las cicatrices y comprobé que no existían problemas. Anselmo había crecido, su esbeltez era notoria; sus ojos no dejaban de mirarme, parecía que estaba estudiando cada movimiento mío, tal vez en su subconsciente albergaba dudas que trataba de explicarse, pero yo no titubeé en ese momento decisivo en la vida de mi ahijado. Anselmo sólo mostraba huellas de esa cifosis horrorosa que tanto nos atormentó; ahora se planeaba su rehabilitación, que

era tan importante como la misma operación. Anselmo, después de un año de tratamiento, logró superar las barreras que se le interpusieron en su camino y volvió a caminar como un niño normal; sólo quedaron, insisto, esas cicatrices como recuerdo de que un día fue ¡jorobado! Esa ha sido la intervención más dramática de mi vida profesional. La llevo clavada en mi mente y siempre aflora en mis momentos nostálgicos, o cuando necesito un bálsamo estimulador.

* * *

Los Apóstoles aplaudieron; el recinto ardiente se cimbró. Quizá una sonrisa de satisfacción se ocultó tras el rostro inmóvil de Luis Dondé, mientras su espíritu aplaudía de alegría. Erasmo, que estaba a la izquierda del orador, tomó la palabra:

—No cabe duda de que vuestras manos encierran novelas que superan la imaginación; jamás hubiera pensado que un jorobado pudiera ser operado y... ¡salvado! En mi humilde manera de pensar, esas intervenciones son hermosas y útiles; Anselmo no solamente se salvó de ser un deforme, sino sirvió de ejemplo a muchos otros para que se sometieran a esos tratamientos. Te felicito, Roberto, pues nos has deleitado con un triunfo que habla con elocuencia de tu preparación y agallas. Mas la noche es larga, faltamos diez Apóstoles, por lo que cedo la palabra a nuestro ginecólogo, Gerardo Aldape.

El ginecólogo

Gerardo, fumador incorregible, prendió su cigarrillo, aspiró fuertemente el humo, lo despidió con brusquedad y, sin dejar de mirar a Erasmo, dijo:

—Los años pasan inexorables, cada uno de nosotros va ocupando el sitio que se ha forjado al través del tiempo; no me extraña que ahora estemos en torno de un ataúd efectuando una Jornada Médica; esa siempre ha sido nuestra vida... y lo será hasta el mismo instante en que, como ahora Luis, ocupemos nuestro lecho final. Sabemos que más allá de la muerte hay un mundo que por más que nos esforcemos en conocer o adivinar lo ignoramos por completo, pero nos gusta imaginar y soñar que es hermoso y eterno. Hace años me tocó inaugurar aquella famosa y única Jornada de Errores Médicos; todavía recuerdo que subí al pequeño estrado nervioso y preocupado, pues iniciar una sesión médica es impresionante; ahora me toca continuar una serie de anécdotas y momentos dramáticos. Es imposible que la mente llegue a diluir rasgos tan peculiares que nos hicieron reír, llorar o ilusionar.

Yo tengo presentes momentos gratos que el tiempo no ha podido sepultar. Ahora mismo, en este preciso momento, me parece ver paseándose por la biblioteca a Luis Dondé, con esa mirada pícaro con la que miraba a los españoles, y más hiriente se transformaba cuando sabía que era estudiante de medicina y se apellidaba Martínez... ¡con toda seguridad ustedes habrán adivinado a quién me refiero!... al inconfundible Pillo, a Porfirio Martínez, cuyo padre, español hasta las cachas, era dueño de la “Madrileña”, tienda de abarrotes ubicada en la colonia de los Doctores; creo que ninguno habrá olvidado esa animadversión tan aguda que Luis tenía por Pillo; pienso, ahora que ya ha caído mucha escarcha, que la exageraba, ya que varias veces lo vi ayudarlo en neuroanatomía, materia que le costaba trabajo al ibero. Cierta ocasión, y jugando dominó, Luis empezó a mortificarlo con expresiones tales como: “maldito refugiado”, “condenado indecente”, “pillo rastrero”, en fin, esa tarde traía ganas de armar camorra. Pillo no era de pleito, sabía aguantarse las bromas y no chistar, pues de hacerlo le iría peor, por eso lo sobrellevaba y —contra su voluntad— festejaba sus diatribas. Escarbando el pasado, y por pláticas que tuve con el ausente, me enteré de que en una época estuvo enamorado de una hermosa madrileña; su nombre no lo recuerdo, pero sí les aseguro que la chica era guapa, salerosa y simpática; también recuerdo que el padre se oponía terminantemente a que tuviera relaciones con nuestro amigo, y la prohibición fue tan drástica que un día, cansado de que... ¡Avelina!... ese era su nombre, no le hiciera caso, optó por enviarla a la Madre Patria: ¡a Barcelona! Cuando Luis supo la noticia, se enfureció tanto que fue a la taberna de don Hipólito y se tomó una buena dosis de cerveza, la suficiente para ponerse a llorar de rabia. Al otro día, que era un Miércoles de Ceniza, Arnulfo lo empezó a motivar diciéndole que no fuera tonto y que “tomara un tren para Barcelona”. Al principio le causó risa a nuestro amigo, pero conforme fue subiendo de tono la broma su rostro cambió hasta tornarse furioso, a tal grado que en menos de que lo cuento mandó al diablo a Arnulfo, incluso

lo retó a golpes. Claro que Lagos no le hizo caso y mejor se fue, pero cuando llegué y me empezó a relatar su odisea, incluyendo la partida de su amada, me di cuenta de algo terrible: “Luis empezó a maldecir y amenazar a todos los españoles”. Por supuesto que todavía estaba bajo el efecto de la borrachera y del coraje. Tiempo después se fue recrudesciendo su idea antiespañola, hasta que llegó el instante en que desesperado me dijo: “Juro no volver a mencionar a Avelina, pero también juro que todos los españoles que crucen por mi camino serán blanco de mi ingenio, pues en mí ha nacido el ¡antimalinchismo!” Y tomando un tarro de cerveza, que se acabó de un sorbo, agregó: “Y yo seré el defensor de los mexicanos que en una u otra forma sean menospreciados por los extranjeros... ¡he dicho!” Y Luis se sentó muy serio enfrente de mí, y me dijo: “¿Escuchaste mi sentencia?”, a lo que yo, conociéndolo a la perfección, le dije:

—Me gusta tu forma de pensar; creo que aquellas nubes negras que se han cernido en tu cabeza... al fin se están despejando; aunque necesitas escuchar a la voz de tu conciencia; o, por lo menos, a mí.

—¡Habla! —me urgió.

—Estás juzgando a una mujer que te demostró cariño, afecto y amor. Debes comprender que ella no se manda ni gobierna; todavía es hija de familia y tiene la obligación de obedecerlos; además, analiza la situación y coincidirás en que eres un pobre diablo que con trabajos cursa el primer año de medicina: ¡primer escalón para llegar a ser alguien en la vida! Creo que tus diecinueve años hacen que disciernes como un orate a punto de ingresar al manicomio. El padre de Avelina envió a su hija a que te olvidara, según tengo entendido, porque no vio en ti a la persona ideal para sus planes; ahora, Luis, si la quieres mucho, estudia y prepárate, al fin y al cabo “nada más te faltan cinco años y el servicio social para que te recibas”; bien sabes que los años pasan rápido y que pronto serás un médico famoso y rico; entonces, cuando eso suceda, toma un avión y viaja a la Madre Patria, bájate en Barcelona

y busca a Avelina, quien, con toda seguridad, te ha de estar esperando, pues la chica está tan tirada a la calle que en ese tiempo no va a encontrar un enamorado; pero si acaso ya no estuviera esperándote... ¡el tiempo hace que los grandes amores se transformen en cenizas o recuerdos!

Según yo, mis adorados Apóstoles, ya tenía convencido a Luis, pero no olviden que era necio, testarudo y no se persuadía tan fácilmente, por lo que, viéndome muy extrañado, como si le estuviera hablando en chino, me contestó:

—No sé de qué me hablas, no conozco a ninguna persona que se llame Avelina; creo que has enloquecido, mi querido Gerardo, porque yo, te lo repito y vuelvo a repetir, he despertado de una larga enfermedad que me tuvo postrado. Hace rato te hice un juramento que no pienso romper, por lo que te suplico que cambies el rumbo de la conversación.

Hasta ese momento comprendí que Luis no volvería a hablar de su gran amor, pues tácitamente la había borrado de su mente. Y desde ese día fue cruel con los extranjeros, y Pillo era español, luego tendría que pagar los platos rotos. Decía que en aquel partido de dominó constantemente atacaba a Pillo, pero cuando el juego estaba en lo más emocionante, y una jugada decidía todo, el bárbaro de Pillo, que era su pareja, cometió el garrafal error de ahorcarle la “mula de seises”, cosa que hizo explotar a Luis al grado de arrojarle las fichas al suelo; todo mundo reía, pues en verdad era gracioso ver la cara y muecas de Dondé:

—¡Maldito asturiano! —le decía encrespado—, eres tan bruto que jamás llegarás a entender el dominó; a veces me pongo a calcular tu imbecilidad y llego al infinito, pero cuando vuelvo a ver tu idiotez, creo que va más allá del infinito; pero te juro, por los que están presentes, que cuando llegue a la presidencia de la República voy a meter a todos los gachupines en una lancha para regresarlos a su patria.

Claro que las risas se multiplicaron, pero Pillo, queriéndose pasar de listo, contestó en son de burla:

—¡No van a caber!

A lo que Luis, exhibiendo toda la grandeza de su ingenio, lo apabulló contestándole:

—Mejor, así se ahogarán los que no quepan.

Podría seguir relatando anécdotas, pero la madrugada va avanzando a pasos agigantados y debo concretarme a lo pactado, por lo que platicaré cuál ha sido mi intervención en el campo de la medicina que más me ha impresionado.

Es triste para el ginecoobstetra tener que tratar enfermas que jamás han tenido un hijo, vaya, ni siquiera se han embarazado; y es más dramático cuando esa persona es de nuestra estima. Yo recuerdo el día en que llegó una enferma que de buenas a primeras me dijo:

—Doctor, estoy embarazada y no quiero a mi hijo.

Al escucharla sentí una profunda e imperativa fuerza que me impulsaba a correrla, pero algo que aún no comprendo me detuvo.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté sin alterarme, pero el hecho de tutearla hablaba firmemente de mi determinación.

—¡No quiero al hijo que tengo en mi vientre! —repitió sin ninguna demostración de pena ni arrepentimiento.

—¿Y qué quieres que haga? —inquirí cada vez con más violencia y coraje.

—Que me ayude.

No sé por qué motivos no exploté en ese instante; tal vez reservaba mis fuerzas para más tarde.

—¿Y cómo quieres que te ayude? —pregunté con el objeto de forzarla a que se explicara mejor.

—¡Deshaciéndose de él! —respondió tranquila.

—¿Acaso me estás pidiendo —exploté furioso— que te haga una operación y que asesine a tu hijo?

Ella, sin pestañear siquiera, repuso:

—Me ha malinterpretado, doctor. Yo no quiero abortar ni nada parecido; soy humilde, pero creo en Dios.

—¿Entonces qué diablos me estás proponiendo?

—Que me ayude a tenerlo, pero también a buscar un matrimonio que no tenga hijos y quiera adoptarlo... ¡yo se lo regalo!

—¿Pero qué clase de hiena eres que regalas a tu hijo? —ataqué iracundo.

—No, doctor —respondió ella con más serenidad—, no soy ninguna hiena. Sé que mi hijo no es animal ni objeto. Trate de comprenderme. No soy asesina, pues de serlo hubiera pedido que me operara; tampoco soy enajenada, pues de ser así, entonces yo misma me hubiera provocado un aborto. No, doctor, soy ser humano que piensa y razona igual que usted, sólo que he llegado a la conclusión de que mi niño debe venir al mundo a un hogar donde pueda ser alimentado con holgura y buena ropa; soy pobre, tengo tres hijos que cada día están más delgados y desnutridos, porque no puedo darles de comer; no me pesa mantenerlos, pero lo poco que gano no me alcanza; mi marido me abandonó... ¡y yo no sé trabajar más que de sirvienta! No quiero que mi hijo sufra, doctor, entiéndame; es más difícil para una madre como yo deshacerse del hijo para darle hogar digno y humano... ¡No quiero asesinarlo de hambre ni segarle la vida antes de que nazca! La gente me llamará mala mujer y me maldecirá, pero cuando mi hijo crezca y llegue a ser alguien, entonces veré coronado mi sacrificio; aunque jamás sepa que yo fui su madre. Doctor... ¿quién es más criminal?... ¿La que mata a su hijo para no tenerlo, o quien lo tiene y lo regala por no poder mantenerlo?

Esa pregunta, mis queridos Apóstoles, brotada de los labios de una mujer cuya cultura distaba mucho de sobrepasar la primaria, me dejó asombrado, anonadado e hipnotizado: sencillamente dibujaba una terrible verdad. Cuando volteé a mirarla, tras su rostro moreno e indígena adiviné un halo misterioso que la hacía más hermosa y divina, pues me estaba dando una auténtica cátedra de dignidad y abnegación; fue hasta entonces cuando comprendí el sentido de sus palabras y la tremenda desesperación que la envolvía; fue ahí donde me di cuenta de que estaba frente a una mujer

dispuesta a sacrificar la maternidad en aras de la felicidad de su hijo. Y fue ahí dónde realmente se inició la conversación.

—Perdóname —me excusé—, no te había entendido. Ahora, después de la explicación que acabas de dar, creo que sé lo que quieres: un matrimonio para que adopte a tu hijo y se haga cargo de su educación. A cambio de eso, tú renuncias a él... ¿No es así?

—Es lo único que deseo, un hogar para él; respecto a mí, comprendo mi pena, pero prefiero sufrirla sola... ¡sabiendo que es feliz y tiene todo!

Y la señora, después de que la exploré y le di vitaminas, se fue satisfecha, pues yo le prometí buscar padres adoptivos a su hijo. No cabe duda de que Dios estaba ahí, pues desde su hermosa mansión escuchó los dramáticos ruegos de la joven al mandarme inmediatamente a un viejo amigo que entró al consultorio acompañado de su esposa. Alejandro, que así se llama, me pidió de favor que le hiciera un reconocimiento, tanto a él como a su esposa, para presentarlo a ¡la casa de cuna!

—¡Bendito sea Dios! —exclamé en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañado Alejandro.

En pocas palabras expliqué a mis amigos el caso de la joven que todavía tuve tiempo de llamar para presentársela y lograr que se hicieran cargo de todos los gastos, consultas, exámenes y medicinas de “su futuro” hijo. Nada extraordinario iba a suceder si las cosas hubieran salido como se planearon; pero nuevamente la mano misteriosa del destino descorrería un velo digno de Ripley. El embarazo de la chica siguió su curso, las vitaminas la fortalecieron, amén de que mis amigos le dieron dinero para su alimentación. Como dato curioso diré que la mujer de Alejandro, quizá por problemas que tenía con su familia política, empezó a colocarse pequeñas almohadas en el vientre para dar la impresión de que estaba embarazada. Y así llegó el día del parto y cambio de “padres”. La ceremonia fue sencilla y emotiva, al principio pensé que la chica se iba a arrepentir al ver a su hijo tan lindo y lleno de salud, pero esa mujer tenía todo calculado y lejos de arre-

pentirse lo bendijo y le dio un beso en la frente; luego, lloró en silencio cuando vio perderse el coche donde iba su hijo en la selva de la ciudad. Jamás volví a verla, parece que la tierra se la tragó; pero he de advertir que mis amigos le han dado una magnífica educación a Omar, con ese nombre lo bautizaron, y que nunca le ha faltado nada. Esta historia no acaba aquí, como tal vez ustedes podrían creer, sino empieza. Una tarde la esposa de Alejandro fue a consulta con una montaña de radiografías y análisis que le habían practicado tratando de diagnosticar la causa de su esterilidad.

—Todavía me resisto a no tener un hijo propio —dijo con tono de tristeza que sinceramente me desgarró el alma.

—¿Cuánto tiempo tienen estos estudios? —inquirí buscando en ellos la fecha.

—¡Cuatro años! —respondió rápidamente.

—¿Y cuántas veces te han repetido el estudio radiográfico?

—¡Nunca!

—Vamos a intentar llegar al fondo del problema: lo primero que harás es repetir la histerosalpingografía y los análisis de laboratorio. Esto será, advertido, el último ensayo que haremos. De fracasar, olvídate de todo... ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —me dijo y se fue.

Marisela regresó a los ocho días con un bonche de radiografías. Creo que nunca había conocido a una persona tan obsesionada por tener un hijo propio como ella. Cuando pregunté por Omar, me respondió con sencillez.

—Es algo tan hermoso y divino que aún me resisto a creer que Dios me premió otorgándomelo. Omar es una partícula tan importante en mi vida que el solo hecho de enfermarse me hace sentir la mujer más desgraciada y desdichada. No sabes lo agradecida que estoy contigo por haber sido el intermediario de la más grande felicidad que he experimentado; pero aún deseo tener un hijo nacido de mis entrañas; pienso que no se me ha estudiado con detenimiento, por eso he acudido a ti como última esperanza... ¡tengo fe en que harás el milagro!

Sonreí ante tal elogio, pero me di cuenta de la responsabilidad que acarreaban esas palabras. Nuevamente revisé las placas y quedé sorprendido al ver que la histerosalpingografía daba un dato determinante: ¡las trompas estaban ocluidas! No dije nada a Marisela, pues me urgía compararlas con las radiografías anteriores. Toda esa noche me la pasé estudiando el caso y llegué a una conclusión: ¡había que operarla! No hubo mucho que platicar con Alejandro y su esposa, ellos estuvieron de acuerdo con la intervención, es más, me hicieron saber que estaban extrañados de que no se la hubieran hecho antes. He de aceptar que había algo que no me gustaba: el hecho de que hacía cuatro años que ese estudio había salido normal. El día de la operación me convencí de que efectivamente las trompas estaban ocluidas cuando introduje por las trompas mi tubo de polietileno. Expliqué a mis clientes y amigos que la operación había sido un rotundo éxito y que teníamos que esperar un tiempo razonable para obtener los resultados que tanto deseábamos. No hubo complicaciones, pero sí controlé con hormonas a la paciente durante seis meses; después todo dependería de ella.

—¡Estoy segura de que pronto vendré a darte la noticia de que estoy embarazada! —me dijo optimista y llena de alegría.

Dos meses después regresó para decirme que su menstruación no había llegado y que iba para que me hiciera cargo de su “embarazo”. Festejé su puntada y le advertí que su primer hijo sería: ¡niña!

—¡Por supuesto! —respondió con una carcajada— ¡Ya la había programado!

Y todo salió profético, a los dos días regresó con un sobre en la mano y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡El milagro se ha consumado! —me dijo extendiéndome el resultado de su análisis.

—¿Estás embarazada? —pregunté mientras abría el sobre.

—¡Entérate!

—¡Se ha hecho el milagro! —repetí satisfecho.

Durante el periodo que duró el embarazo Marisela asistió con ejemplar puntualidad al consultorio. Obedeció las instrucciones que se le giraron y tomó las medicinas tal como se le indicaban. Le advertí los peligros que corría si no hacía caso, pero sabía que mi enferma era dócil y que por ese lado podía estar seguro de que no fallaría. No tuve problemas en ningún instante, incluso Omar, el hijo adoptivo, se puso, según ella, “chipil”, término que dan las embarazadas por segunda vez al primogénito por ponerse llorón y “pesadito”. El parto fue normal, no hubo complicaciones ni nada parecido. El producto fue, tal como se había “programado”, una preciosa nenita. La enorme satisfacción que me produjo este triunfo de la cirugía fue maravillosa, ya que acababa de hacer feliz a una mujer que durante años estuvo pugnando por tener un hijo. El día que abandonó el hospital me dijo:

—Nunca podré olvidar el bien que me has hecho. El haber llegado a tu consultorio, aquel bendito día, inició la etapa más hermosa de mi existencia. Tú has hecho el milagro de hacerme feliz dos veces. Recuerdo que llegué a tu consultorio destrozada, pesimista y herida en mi amor propio, como herida puede estar una persona frustrada por no poder tener hijos; acepto que cuando Alejandro me dijo que te fuéramos a ver, ganas me dieron de decirle que no, pues me resistía a que “nuestro secreto” se propalara; pero algo muy íntimo, que todavía no me explico, me dijo que tal vez tú podrías ser la solución, ya que tu carácter especial y la forma tan clara de ver y decir las cosas inspiraban confianza. Ese día todo cambió en mi matrimonio. Nosotros íbamos con la intención de que nos hicieras un reconocimiento para que en la casa de cuna nos tomaran en cuenta y dieran un niño. Y lo que son las cosas, ni me hiciste el reconocimiento, ni tampoco volvimos a la casa de cuna. Creo que la mano generosa de Dios, conecedor de mis sufrimientos, se interpuso en mi camino. Ese día conocí a una persona que iba a donar a su hijo por no poder mantenerlo. Ese detalle me ha impresionado mucho, pues denota una generosidad y moralidad muy alta, a pesar de su ignorancia y pobreza; yo le

he rogado a Dios que herede esa generosidad mi Omar, porque el hecho de que una madre se desprenda de su hijo para que no pase hambres ni sufra... ¡habla de lo grande que es Dios! Ahí, Gerardo, en tu consultorio, conocí por primera vez un aspecto de madre que ni siquiera había imaginado; yo, que llegué esquiada, salí ilusionada y llena de optimismo; volví a creer en aquello que se me había olvidado por mi esterilidad; volví a ver los ojos de Dios con ternura; regresé al camino que un día dejé por mi propia enfermedad. Y enmudeció todo al contemplar la omnipotencia de Dios. Y en medio de todo, refulgente como un astro, estabas tú, Gerardo, con esa bondad que siempre te ha caracterizado. Y no sólo me diste un hijo enviado por el Creador, sino también me otorgaste fe y confianza, porque cuando esas manecitas lindas me empezaron a acariciar, cuando esa boquita llorona me pedía de comer, cuando esos ojos me miraban, comprendí que ¡yo podía tener un hijo de mis entrañas!...

Y de ahí nació mi segunda felicidad, la de tener un hijo mío. Y nuevamente acudí a ti, y otra vez saliste avante del grande compromiso, porque con tu ciencia llegaste a descifrar el enigma de mi esterilidad; no sé cómo, pero al poco tiempo el sueño eterno de mi existencia se vio coronado al sentir en mi propio vientre el latir de un cuerpecito que era ¡mi hijo!

—¡La mano de Dios está en todo, Marisela! —le dije con el objeto de que terminara todas esas alabanzas que se las paso al pie de la letra, mis queridos Apóstoles, no como un homenaje a mi “ego”, sino como una prueba del afecto y cariño que una mujer agradecida puede verter a su aparente salvador. Y las recalco por la sencilla razón de que es justo reproducir todas esas frases de admiración que repetidas veces nos dicen; porque hay también quienes nos ofenden sin razón. Creo que esta experiencia es la que más satisfacción me ha dado en mi largo peregrinar por la ciencia. He terminado.

Los Apóstoles aplaudieron con cariño la narración de Gerardo; el mismo Erasmo Vidal se levantó de su asiento y lo abrazó cariñosamente.

—¡Luis Dondé!... Nuestro hermano que duerme eternamente —dijo emocionado—, donde quiera que se encuentre, deberá esbozar una sonrisa de aprobación por el rotundo triunfo quirúrgico de este hombre —y volvió a estrechar a Gerardo— que con su relato ha cooperado en su homenaje. ¡Estamos contigo, Luis! —y se quedó viendo fijamente el catafalco.

—¿Quién sigue? —inquirió Gerardo mientras se sentaba.

—El doctor Federico Gambín, discípulo preferido de otro inmortal de la cofradía: Arnulfo Lagos, el maestro de la cirugía plástica, será el encargado de revolver la polilla del ayer para extraer la anécdota y la intervención dramática de los archivos de su maestro.

El cirujano plástico

A cada minuto el aire que se filtraba por las rendijas de la puerta en la capilla ardiente se sentía más frío, a pesar de que el grupo estaba perfectamente arropado. El doctor Federico Gambín, sentado a la diestra de Gerardo, se quedó observando el catafalco, luego, tal vez cuando ordenó sus ideas, dijo:

—He de advertir que jamás conocí en vida al doctor Luis Dondé, por lo que tristemente confieso que estoy asistiendo al velorio de un hombre que nunca tuve la oportunidad de tratar; sin embargo, siento profunda emoción de compartir una promesa que adquiriré el mismo día que suplí a mi maestro, Arnulfo Lagos, que desgraciadamente partió al más allá antes de lo previsto, en aquella Jornada de Errores. No me siento extraño, pero sí desconcertado, pues se me ha pedido una anécdota y debo cumplir con ese requisito; claro que no lo haré del doctor Dondé, porque, insisto, no lo conocí, pero sí de mi maestro Arnulfo, con el que conviví bastantes años. Y esto se refiere a una tarde cualquiera en que mi maestro se encontraba dando consulta en un sitio populoso de la

ciudad de México; era la época primaria de su carrera, cuando todavía no se decidía su especialidad y daba consulta general. Esa tarde llegó un señor de cincuenta y cinco años acompañado de su esposa.

—Doctor —dijo con tono quejumbroso—, me duelen la pierna y el vientre; tengo diez días con estas molestias y no me he podido aliviar; déme algo para que se me quiten... ¡ya no las soporto!

—¿Cómo es el dolor de la pierna? —pregunté con curiosidad.

—Como si me hubieran golpeado con un martillo.

—¿Caminas muchos kilómetros al día?

—¡Dile la verdad al doctor! —interrumpió la esposa—, dile que eres muy borracho y que tienes más de quince días tomando, puede que ese dato le sirva.

—¿Quince días tomando? —preguntó el maestro asombrado.

—Sí, doctor, pero no creo que ésa sea la causa.

—¿En qué trabajas?

—Vendiendo periódicos.

—¿Y desde que hora empiezas a tomar?

—Él no tiene hora fija, doctor —volvió a interrumpir la mujer con más confianza—, él bebe desde que suena el reloj para levantarse; y deja de tomar en la noche cuando ya se va a dormir.

—¿Y qué tomas?

—Lo que se pueda, médico; a veces tequila, otras pulque, ron, en fin, lo que haya.

—¿Y quieres que te cure?

—¡Claro!... A eso he venido.

—¿Y harás lo que te digo?

—¡Por supuesto!... Si usted me pide que me inyecte, me inyecto; si dice que tome pastillas, las tomo; si quiere que sean cápsulas, pues cápsulas me tomo... ¡lo que quiero es curarme!

—Pero tu enfermedad no solamente consiste en dolores de estómago y de piernas; también existen dolores causados por algo que irremediablemente tienes que dejar.

—¿De trabajar? —preguntó con incredulidad.

—No, señor, con trabajar nadie se enferma; lo que tú tienes que dejar es la bebida.

—¿La bebida?

—Así es.

—Pero si con tomar no daño a nadie; mucho menos a mi estómago y a mi pierna.

—Don Perfecto —le dijo su mujer—, si el doctor dice que te hace daño... ¿es porque te hace daño!

—Doctorcito —aquí me dio título cariñoso, tal vez para influir a que no le quitara el alcohol—, yo hago lo que usted quiera, pero por favor no me quite lo único que me hace vivir y sentirme bien.

—El alcohol te daña, hijo, no te hace bien... ¿quién dice que te beneficia?

—Mi amigo Pantaleón, él dice que con hojitas de yerbabuena revueltas con “caña” se me quitan las molestias; es más, dice que son reumas que “piden” pulque.

Mi maestro sonrió.

—Eso te dice ese sinvergüenza para que no lo dejes tomando solo; por eso te pica; y como tú eres igual de sinvergüenza que él... ¡le haces caso!

—De veras, doctor, déme cualquier medicina, pero no me quite la “vida”.

—Mira, Perfecto, vamos a hacer un trato. Sólo te voy a quitar el alcohol por una temporada; ya que estés bien, entonces vuelves a tomar... ¿qué dices?

—Así sí baila mi hija con el señor —contestó don Perfecto.

Y el maestro le dio medicina y le prohibió tomar una sola copa de licor. Yo, que he tratado muchos borrachos, sinceramente no creí que don Perfecto siguiera al pie de la letra el consejo, pero quedé admirado cuando a los diez días regresó el hombre vestido como un auténtico figurín.

—¿A dónde vas tan elegante? —le preguntó mi maestro.

—Vengo a darle las gracias por aliviarme. Desde que dejé de tomar mi vida ha cambiado notablemente; ya no me duele el estó-

mago, mis piernas marchan bien y me siento de maravilla; es más, hasta en mi negocio de periódicos me ha ido bien... ¡corrí a un tipo que me estaba robando mientras yo me emborrachaba!

—¿Y qué piensas hacer?... ¿Seguir tomando?... ¿O dedicarte a trabajar?

—Doctor, vengo a que me cure del alcoholismo. Ya hablé con mi vieja y estoy convencido de que me hace daño. Quiero trabajar y ahorrar mis centavos, solamente así podré educar a mis chilpates. ¿Qué debo hacer?

—Lo que estás haciendo, Perfecto, dedicarte a tu hogar y trabajo. Además, quiero que de vez en cuando vayas a cualquier sitio donde se reúnen Alcohólicos Anónimos, te hará bien; pero, por lo pronto, te daré unas medicinas y vendrás a checarte cada cinco días; luego nos dejaremos de ver por más tiempo, hasta que estés seguro de que no volverás a tomar.

—¡Gracias, doctor, no sabe lo mucho que agradezco las atenciones que ha tenido conmigo! Por cierto que estoy apenado porque la vez pasada me fui sin pagar. Dígame, doctor, ¿cuánto le debo?

Mi maestro soltó una carcajada, le dio una palmada en la espalda a don Perfecto, y le dijo:

—¿Tú crees que voy a cobrarle a un hombre que se gana la vida vendiendo periódicos y que ha jurado no volver a tomar?... ¡Estás loco, don Perfecto, y ahora sí te digo don, pues te lo mereces!... Pero olvídate de pagarme; es más, mientras tú no tomes, yo seré médico de tus hijos y esposa; pero el día que te vea borracho... ¡ese día te cobraré hasta el último centavo!... ¿de acuerdo?

—¡Cóbreme, doctor!

—¿Tienes miedo de volver al vicio?

—No, doctor, pero no es justo que pierda su tiempo escuchándome y que no cobre.

—Ya me pagaste con ese acto de fuerza y fibra para dejar el alcohol maldito; creeme que no hay dinero que cubra mis honorarios por haberte alejado de esa debilidad.

Don Perfecto se quedó viendo al doctor y no dijo nada; simplemente se despidió y salió a la calle. Ocho días después mi maestro, algo molesto, me dijo:

—Ya encontró la forma de pagarme este condenado de don Perfecto.

—¿Cómo? —pregunté asombrado.

—Muy sencillo, todos los días me lleva a mi casa los diarios más importantes. Hoy lo sorprendí y regañé, el pobre me dijo que no fuera malo y que le dejara llevar aunque sea las revistas de modas para mi esposa.

—¿Y qué le contestó?

—Lo acepté, Federico. Cuando un hombre está agradecido y quiere demostrar ese valor, no hay que cortarle las alas. Yo sé que le cuesta dinero, pero también sé que una copa de alcohol cuesta; y a él le agrada que yo me dé cuenta de que no es ¡mal agradecido!

—Es más fácil encontrar en la pobreza esas virtudes tan escasas en la gente con dinero —le contesté.

—¡Es cierto! —respondió convencido.

Y lo más curioso de todo fue que don Perfecto jamás volvió a tomar. El día que mi maestro falleció, una enorme ofrenda floral fue depositada en su tumba; en el listón decía: “Con todo respeto al hombre que me curó. Don Perfecto”.

—Bueno —prosiguió el doctor Gambín—, esa anécdota cumple con el primer requisito; ahora relataré el caso que considero como el más interesante en su vida profesional.

Sin entrar a discusiones, la cirugía plástica tiene facetas interesantes y dramáticas. Pienso que quien acude a esta especialidad lo hace con el fin de obtener beneficio en su aspecto físico. He visto mujeres de cincuenta años que quieren aparentar menos edad por cuestiones de trabajo, pues una maestra joven siempre es mejor aceptada y respetada por los alumnos; lo mismo podemos decir de secretarías, enfermeras, empleadas y gente que tiene contacto directo con el público. Las personas saben de estas inclinaciones patronales, por lo que cuidan su aspecto físico para

encontrar buenos empleos; pero existen otras situaciones que dejan perplejo al mismo especialista: la historia que voy a relatar tiene todos los ingredientes necesarios para clasificarla dentro de las increíbles, pues sus actores llevan en el alma una enfermedad psicológica que cada vez es más alimentada por su repulsión en la sociedad. Todo empezó una tarde en el consultorio del maestro, cuando entró una dama hermosa, de ojos verdes, mirada triste, cabellera abundante y que iba vestida con una blusa vaporosa y una falda que con trabajos le daba a la rodilla; la chica caminaba contoneándose provocativamente.

—Buenas tardes, doctor —dijo tomando asiento—, necesito que me ayude.

El maestro se quedó callado, realmente la belleza de la dama y su voz, mitad súplica y autoridad, lo habían dejado asombrado.

—Estoy a sus órdenes —respondió brevemente.

—He recorrido varios consultorios, todos de cirujanos plásticos, pero no me he decidido a confesarles mi secreto; no sé, algunos los encontré muy sofisticados; otros, no me inspiraron confianza. Por eso me he presentado con usted, que después de varios análisis lo he hallado afín a mi confianza.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó mi maestro sorprendido.

—Doctor, creo que soy una enferma que necesita mucha ayuda. Sufro y no tengo descanso en mi pesar, porque Dios no logró definirme; por eso espero de usted comprensión, ayuda y discreción.

—Aún no me dice en qué puedo servirle —insistió él.

—Porque para entenderme, necesita escuchar primero.

—¡De acuerdo!

—Tengo veintidós años de edad, y todos han sido de sufrimiento; en ningún sitio soy bien recibida, y mire que he recorrido ciudades y países; pero no he encontrado la paz que anhelo.

—¿No es feliz? —interrumpió el doctor tal vez para animarla a continuar su relato.

—No, y creo que jamás podré serlo.

—¿Es usted casada?

—Esa palabra está prohibida para mí.

—¿Tiene familia?

—Tal vez: a mi padre jamás lo conocí; mi madre me abandonó cuando yo ni hablar sabía.

—¿Hermanos?

—Todos me repudian.

—¿Amistades?

—No, doctor, no las tengo. Pero no quiero quitarle su tiempo, ya que mi intención no es formar un acertijo con mis problemas.

—Me resisto a creer que siendo tan bella tenga asuntos difíciles de resolver.

—Así es la vida, doctor; yo siempre estuve escondiéndome del mundo. Mi soledad era refugio del que me negaba a salir; pero la vida es la vida y no podía recluirme en ningún sitio. Sufro mucho, doctor, y he venido a confesarle el secreto que me tiene postrada en vida y que me impide ser lo que quiero ser.

El maestro la seguía observando cada vez con más curiosidad.

—¿Y qué quiere ser? —interrogó.

—¡Mujer!... Verme realizada, poder disponer de mi cuerpo con la misma normalidad que lo hace cualquier mujer... ¡ése es mi problema!

La joven se levantó de su asiento, se acercó al doctor que seguía viéndole asombrado, y dijo:

—¿Puede usted decirme si soy fea?... ¿Podría negar que tengo un físico bien formado y que muchas chicas lo envidian?... ¡Claro que no!, pero... ¿nota alguna rareza?... ¿Algún defecto?... ¡míreme bien, no pierda detalle!... ¡no quiero que se engañe!

Jamás en la vida el doctor Lagos se vio en una situación tan comprometida como ésa; él seguía viendo a la dama, no perdía un solo movimiento; pero estaba mudo... ¡no articulaba palabra!

—¿Verdad que soy guapa? —insistía la chica.

—No puedo negarlo —alcanzó a decir el maestro.

—¡Claro que soy hermosa! —repitió ella con voz fuerte y hasta cierta punto siniestra; luego, en un giro artístico, pues ella había tenido estudios de arte dramático, se desprendió de su blusa y de su brassier para enseñar un busto perfectamente delineado.

—¿Qué pretende? —preguntó mi maestro turbado.

—No se preocupe, doctor, vengo como enferma y como tal sabré respetar su consultorio y su moral; simplemente, como dije al principio, vengo a confesarle el secreto más terrible de mi vida, así que le suplico me siga escuchando y observando, pues lo que sigue es definitivo.

—Prosiga.

La chica siguió quitándose la ropa, como si fuera una bailarina de teatro frívolo, hasta quedar solamente cubierta por su pantaleta.

—¿Le gusta mi cuerpo, doctor? —inquirió suplicante.

—Es bonito y está bien formado, pero...

El doctor no terminó de hablar, la joven se desprendió de la pantaleta para dejar ver ¡un miembro varonil con sus dos testículos!

—¡Este es mi secreto! —dijo “ella” al tiempo que se volvía a cubrir con su pantaleta.

El maestro, asombrado todavía, exclamó.

—¡Extraordinario!

La chica, sin prisas y sollozando, terminó de vestirse y nuevamente tomó asiento frente al médico.

—¿Ahora me comprende?

—Sí, pero necesito más información para terminar de integrar mi diagnóstico.

—Hágame las preguntas que quiera.

—¿Qué pretende al venir a consultarme?

—Que me transforme definitivamente en mujer.

—¿Se ha puesto a pensar que eso sería un fraude?

—¿Fraude?... ¿Y por qué iba a ser un fraude?... ¿Acaso un ser como yo no tiene derecho a escoger sexo?

—Vamos por partes, hija, para no confundirnos.

—Me parece buena la idea.

—¿Sus padres la educaron como niña, o como niño?

—Mis padres ni siquiera se tomaron la molestia de educarme; tan pronto nací, una tía se hizo cargo de mí.

—¿Y cómo la trató?

—La pobre, dada su ignorancia, no sabía a ciencia cierta qué era yo, pues los doctores le habían dicho que no tenía sexo definido y que era una ¡hermafrodita!; pero ninguno de ellos propuso tratamiento ni orientación.

—¿Entonces tiene usted vagina?

—Debajo de mis testículos hay una ranura que los médicos han dicho que son vestigios del sexo femenino; amén de que mis senos no son producto de la cirugía plástica... ¡son naturales!

—Bien, sígame contando de su niñez.

—A mi tía se le hizo fácil vestirme como mujer; y a mí, a los diez años, me gustó la idea.

—¿Te gustaban los niños?

—Mucho.

—¿Y tu tía no te explicó nada?

—Doctor, ella es una mujer tan ignorante que ni siquiera sabe escribir. Yo creo que llegó el momento en que olvidó mis dos sexos; pues cuando entré a la escuela le exigieron acta de nacimiento y... ¡asómbrese!... No la tenía. Entonces me llevaron al registro civil donde me dieron una acta de nacimiento, pero con el nombre de Amalia... ¡y ésa fue la felicidad más grande que tuve!

—¿Cómo te llamaban antes?

—De chiquilla me decían María, pero tan pronto obtuve mi certificado de nacimiento me llamaron Amalia, nombre con el que me conocen todos.

—¿Hasta qué año estudiaste?

—Al cumplir catorce años me fui a vivir con una señora que necesitaba compañía; esa mujer me costeó mis estudios superiores y logró que me recibiera de psicóloga; pero en la preparatoria pude saber perfectamente el por qué de mí ¡doble sexo!

—Muy interesante.

—He de advertir que llevo una vida normal en el aspecto sentimental; he tenido novios, pero a ninguno le he permitido sobrepasarse, ni siquiera de intención... ¡como que va mi vida en cada movimiento de ellos!

—Lógico.

—Pero esta situación, doctor, ya no es posible continuarla; creo que usted puede ayudarme y transformarme en el sexo al que realmente pertenezco... ¡al femenino!

—Es posible, señorita, que una operación defina su sexo. Claro que debemos estudiar a fondo su organismo: haremos radiografías, análisis, exploraciones, etcétera.

—¿Tengo alguna esperanza?

—¡Por supuesto!

—Se lo agradeceré toda la vida, doctor —exclamó la “chica” con espontánea alegría.

—Preséntese mañana en ayunas, para que iniciemos los estudios; yo le prometo investigar su caso hasta las últimas consecuencias... ¡clínica y quirúrgicamente es interesante!

—Sé que en el extranjero han hecho intervenciones con bastante éxito.

—Y la de usted, si Dios nos ayuda, lo será también.

La joven se levantó de su asiento y se despidió del maestro, quien al verse solo me llamó:

—¿Ha escuchado mi conversación? —me preguntó entusiasmado.

—¡Hasta la última palabra! —contesté con sinceridad.

—¿Y qué opinas?

—¡Que es hermafrodita!

—Tal vez, “ella” lo dice, pero no me consta.

—Pues si dice la verdad... ¡hay que operarla! Creo que se trata de una corrección y no de una transexual.

—Estoy anonadado —decía mi maestro con una inquietud propia de quien tiene a las manos una extraordinaria operación.

—Cualquiera lo estaría —le respondí—; pero hay preguntas que hubiera querido que “ella” me contestara.

—No te aflijas, mañana está citada y quiero que me acompañes en la exploración y estudios: dos cerebros tienen más preguntas que hacer.

Tal como mi maestro, yo también estaba impresionado. La mente es creativa por excelencia; y cuando uno la deja rodar, forma increíbles escenarios con los más inverosímiles personajes; yo veía hombres disfrazados de mujeres en todos lados, y como en esa época era soltero y gustaba trasnochar, supuse que nada difícil sería que en esos antros me hubiera topado con un hombre disfrazado!... y tal vez hasta besos le había dado... ¡eso me llenó de tristeza!

Al día siguiente, el doctor Lagos y yo empezamos a estudiar a la paciente.

—Quiero que se descubra perfectamente la región genital —dijo mientras nos calzábamos los guantes.

—Con mucho gusto —contestó ella, quitándose la pantaleta y recostándose en la mesa de exploraciones.

El maestro inició su reconocimiento por el bajo vientre; pienso que trataba de encontrar algún dato que lo guiara a un diagnóstico de hermafroditismo; después de una larga y minuciosa investigación, procedió a explorar el aparato genital y quedó sorprendido al encontrar una pequeña hendidura en la parte inferior del rafé que separa los testículos.

—¡Asombroso! —exclamó mientras trataba de introducir su dedo en esa hendidura.

—¿Corresponde a una forma primitiva de vagina? —pregunté con inusitada curiosidad.

—¡Definitivamente!... Esta paciente tiene los dos sexos, solamente que ambos están atrofiados. Creo que el pene y los testículos no tienen actividad hormonal, es más, tal vez en su interior encontremos una forma rudimentaria del aparato urinario.

—¿Qué sexo predomina a su juicio, maestro? —pregunté.

El doctor Lagos, sin dejar de explorar, volteó hacia donde estaba y me respondió:

—¡Femenino! Es necesario hacer una laparotomía con el objeto de buscar ovarios.

—¿Alguna radiografía?

—Se harán todos los estudios. Por lo pronto, creo que existe un ochenta por ciento de probabilidades para definir su sexo; pues ella, definitivamente, es mujer.

Los días que siguieron fueron de profundos estudios. Se hicieron análisis de orina, de sangre, radiografías y juntas médicas; legalmente no habría problemas, ya que estaba registrada como mujer; pero lo grave, a mi juicio, era la intervención quirúrgica. Una tarde, la señalada para hablar con la paciente y decirle su tratamiento, el maestro me habló:

—¿Qué piensas de todo esto?

—Hay que operarla. Creo que la base decisiva nos la dará la laparotomía; pues si encontramos ovarios... prácticamente estará justificada la emasculación.

—Estoy seguro de que los hallaremos. Los análisis que se han practicado hasta el momento delatan actividad hormonal femenina. Se hicieron estudios tendientes a comprobar si Amalia se inyectó hormonas o silicones, y fueron negativos. Sus formas son naturales, la única anomalía es el pene y los testículos, por lo que no existe falta de ética profesional si se opera.

—Así pienso —respondí.

Y el día de la verdad, implacable, llegó. Amalia fue conducida a la sala de operaciones. Un equipo especial de cirugía de vientre, integrado por el doctor Zaregui y su team, se encargaría de buscar los caracteres sexuales que darían la pauta definitiva para la emasculación y plastia de vagina.

Grande fue la sorpresa de todos cuando los cirujanos nos enseñaron los ¡ovarios! de la paciente.

—Pobre mujer —exclamó el doctor Zaregui—, ésta ha sido la trampa más tenebrosa que la vida ha jugado a un ser humano.

Creo que tenía razón en hacer este comentario, pues la pobre había sufrido lo indecible con su problema. El maestro, mientras tanto, se aprestaba a preparar todo lo relativo con el proceso medular de la operación: ¡la resección del pene! Todavía los cirujanos encontraron una pequeña matriz, con sus trompas atrofiadas y sus inconfundibles características; ellos querían buscar rasgos de hermafroditismo puro, pero no localizaron órganos masculinos fuera de los descritos. El vientre pertenecía a ¡una mujer! en toda la extensión de la palabra.

—Este útero, con sus anexos —dijo el doctor Zaregui— pertenecen definitivamente a una mujer... ¡la emasculación está justificada en un cien por ciento! No se trata de alimentar un fraude al transformar a un hombre en una mujer, sino de privar a una mujer, a la que el destino le jugó una pesada broma, de extrañas características para convertirla en ¡una mujer!... aunque parezca contradictorio.

El maestro, con esa mirada perspicaz que le caracterizaba, dijo:

—Esta operación va a traerme mucha clientela... Nada difícil sería que el cantante Albertico, al que le atribuyen ciertas desviaciones, viniera a suplicarme que lo transforme en mujer.

—Tu consultorio va a estar atestado de “maricones” y de “marimachos” —respondió el doctor Zaregui—, por lo que te recomiendo mucho cuidado, Arnulfo.

Cuando terminaron de operar el vientre, el doctor Lagos ordenó que pusieran en posición ginecológica a la enferma. Al poco rato, y ya sentados en nuestros respectivos sitios, el maestro se dio cuenta de que el pene no era más que un clítoris sumamente desarrollado y que las bolsas correspondientes a los supuestos testículos se habían formado a expensas de los labios mayores; esto, por tanto, simplificó la operación plástica, ya que se reseca-ron las bolsas y se hizo la emasculación y formación del equivalente al clítoris; realmente no hubo complicaciones y el tiempo operatorio transcurrió sin ninguna alteración. La mujer recuperó

en un noventa por ciento su aspecto sexual normal. Amalia salió de la sala convertida en una hermosa dama a la que se le había regresado su auténtico sexo. He de subrayar que a los tres meses de esta intervención Amalia regresó para someterse a minucioso examen en el que se apreció una completa cicatrización; creo que el beneficio aumentó hasta en un noventa y cinco por ciento.

—¿Qué molestias ha sentido? —preguntó mi maestro.

—¡Ninguna! Me siento la mujer más feliz del mundo, sólo que hay algunas dudas que desearía aclarar.

—¿Cuáles?

—¿Puedo tener hijos?

—¿Hijos? —repitió mi maestro para tener tiempo a contestar en forma adecuada.

—Sí, ésa es mi duda.

—Lo creo difícil, Amalia, no me gustaría que alimentara una ilusión que tal vez nunca se cumpla. Quiero que sepa que sí tiene matriz y ovarios; aunque ambos están atrofiados, por eso no hay actividad que pudiera esperanzarnos; sin embargo, debe consultar a un ginecólogo y ponerse en sus manos. Él la orientará mejor.

El doctor Federico Gambín, después de un momento de duda, calló y se quedó pensativo, después dijo:

—Ése ha sido el instante más dramático en la vida profesional del doctor Arnulfo Lagos; pero no hay que olvidar otros triunfos profesionales que logró cristalizar con esas manos prodigiosas que Dios le dio. Eso es todo, mis estimados colegas.

* * *

Los Apóstoles, emocionados con el relato del discípulo de Arnulfo Lagos, aplaudieron al doctor Federico Gambín. Erasmo Vidal, como siempre, se levantó y estrechó cariñosamente al conferencista.

—Hemos escuchado con verdadera satisfacción este hermoso relato del compañero Gambín; creo que nuestro ilustre homenajeado se ha de encontrar feliz de tener como hermano a tan famo-

so cirujano. Es posible que en esa dimensión de la muerte Arnulfo y Luis se estén felicitando mutuamente. Quiero que sepan, ustedes que ya nos abandonaron, que seguiremos luchando porque nuestra cofradía sea tan eterna como la misma muerte. Es nuestro deseo que siempre existan doce Apóstoles; y así será.

El doctor regresó a su sitio, observó nuevamente el imponente catafalco, y dijo:

—Que nos hable el doctor Felipe Orzuela, nuestro pediatra, de su experiencia dramática en el ejercicio de su profesión.

El pediatra

El Apóstol aludido saludó con ligero movimiento de cabeza a sus colegas; luego, con esa parsimonia propia en él, sacó de su pitillera un cigarrillo, lo golpeó suavemente en la misma y, por fin, con voz llena de emoción dijo:

—En la vida, como señalé en aquella Jornada de Errores Médicos que tuvimos en Acapulco, nuestro ilustre colega, Doctor Vidal y Rojas, se ha especializado en montar en su teatro real obras exageradamente dramáticas y, lo que es peor, ¡arrancadas de las páginas misteriosas y secretas de nuestra vida profesional! No me disgusta, porque al fin y al cabo las comentamos quienes nos iniciamos al mismo tiempo por la senda de la medicina. Y ahora, circundando el ataúd en el que descansa para toda la eternidad Luis Dondé, estamos “platicándole” puntadas y éxitos. Estoy seguro de que jamás, en cualquier parte del mundo, nadie tuvo la genial idea de hacerlo. Es más, quienes sepan que lo hicimos, su comentario será unánime: ¡están locos! Y sin herir susceptibilidades, podría apostar que sí lo estamos, pues solamente a una

cuadrilla de orates se le puede prender la luz con idea semejante; sin embargo, y esto es lo que me atormenta, me gusta la idea del senador, me agradan sus puntadas y por eso las sigo. Todavía recuerdo aquella pasada Jornada en que me pescó como un inocente en manos de Herodes con su bárbara idea de “platicar nuestras metidas de pata”; y nunca me he arrepentido de haberlas confesado; es más, creo que, después de hacer mi exposición, mi espíritu descansó, se sintió tranquilo. Algo parecido a lo que le pasa a un pecador cuando en el confesionario le platica al sacerdote sus culpas. Quiero decirles, antes de empezar con el aspecto anecdótico, que Luis Dondé fue un extraordinario amigo, magnífico médico y ejemplar Apóstol; desgraciadamente la vida le jugó trampas de las que finalmente no pudo escapar. ¡Pero seamos sinceros y realistas!...: es la misma ruta que algún día tendremos que seguir. Pues bien, mi anécdota, que todavía permanece fresca en mi memoria, se llevó al cabo en mi natal Guanajuato durante la primera fase de mi vida profesional, es decir, en mis primeros meses que ejercí como pediatra. Era una mañana llena de sol y de optimismo; mi consultorio estaba vacío, al igual que todos los consultorios recién instalados, cuando mi esposa, que trabajaba como mi enfermera, ya que el dinero andaba escaso, me tocó desesperadamente en mi despacho, ya que un niño de escasos dos días de nacido venía llorando y se veía muy grave:

—¡Felipe!... ¡Felipe! —me dijo con desesperación.

—¿Qué pasa? —pregunté dirigiéndome a la puerta.

—¡Abre pronto, un niño se está muriendo!

De dos brincos abrí la puerta y dejé entrar a mi mujer que traía en sus brazos al pequeño.

—¿Qué le pasa? —pregunté a la madre que venía atrás.

—¡Mi niño no puede obrar! —respondió llorosa.

—¿Cuántos días tiene de nacido?

—¡Dos!

—¿Y cuándo obró por última vez?

—¡Desde que nació no ha obrado!

—¿Cómo?

—¡No ha obrado —repitió la madre.

Rápidamente me puse el estetoscopio en los oídos y empecé a auscultar al bebé. Solamente una ligera taquicardia encontré; luego, con más calma, empecé a explorar el vientre y quedé sorprendido al notarlo voluminoso y tenso... “¡Con toda seguridad —me dije— tiene una oclusión intestinal!”

—¿Ha vomitado? —pregunté a la madre.

—Sí... desde ayer.

Este dato corroboraba mi primera impresión; sin embargo, y con la intención de no precipitarme, seguí interrogando sin abandonar la exploración.

—¿Qué alimento le da?

—¡Pecho!

—¿No le da biberón?

—Bueno —respondió ella—, en realidad sí, pues todavía no tengo suficiente leche.

—¿Y qué alimento le das?

—Leche preparada.

—¿La acepta bien?

—¡Perfectamente, come con mucho apetito!

—¿Y qué tiempo después vomita?

—¡A la media hora!

—Lo más conveniente —dije— es sacarle una radiografía; ella nos dará la pauta a seguir.

—¡Haga lo que crea conveniente, doctor! —me respondió—; yo lo que quiero es salvar a mi hijo... ¡es el único! Ya he perdido a tres.

Este comentario me hizo temblar de pies a cabeza.

—¿No lo ha sentido afiebrado? —pregunté.

—No, doctor, está fresco como ahorita, al menos que la “fiebre la tenga por dentro”.

—¿Está delicado? —interrumpió mi esposa.

—¡Sí, cariño! —le respondí— ¡Tiene una oclusión intestinal!... Hay que buscar por medio de las placas radiográficas a qué

nivel se encuentra; puede que sea una torcedura de algún asa intestinal... ¡y eso requiere una intervención quirúrgica!

—¡Está muy chiquito para soportarla! —protestó la afligida madre.

—Es la única salida, señora, porque de otra forma su hijo empezará a deshidratarse y el cuadro se complicará. Creo que no hay alternativa.

—¿Y con cucharadas o algún purgante? —insistió la pobre mujer con los ojos inundados de lágrimas.

—No lograríamos nada, señora, pues al rato vomitaría la purga y, repito, haría el cuadro más grave.

—Lo siento con fiebre —terció mi esposa.

—Ponle el termómetro —ordené.

—Mi hijo está bien —dijo la señora—, no creo que tenga fiebre.

Mi esposa, apesadumbrada por el problema, máxime que ella se encontraba esperando a la cigüeña por primera vez, tomó el termómetro y me preguntó:

—¿Dónde se lo pongo?

—En el recto —respondí al instante de introducirme en el cuarto oscuro de rayos X.

En esos momentos mi mente trabajaba intensamente, ya que mi intención era llevarlo al hospital para que lo operaran.

—¡Felipe!... ¡Felipe! —gritó mi mujer— ¡ven pronto!

Salí del cuarto y quedé asombrado al ver a mi pobre mujer sujetando al bebé y ¡bañada en materia fecal!

—¿Qué sucedió? —inquirí asustado.

—¡Lo que ves! —me respondió limpiándose con la manga de su bata el rostro— ¡Al momento de ponerle el termómetro, el bebé se hizo popó y ¡mira cómo me ha dejado!; pero lo que más me preocupa es que su ano lo tiene ¡sangrando!

Rápidamente tomé al bebé y lo examiné; efectivamente, el perímetro del ano estaba hemorrágico. Después de una observación minuciosa llegué a la conclusión de que el pequeño había tenido

un ano no perforado, y que mi esposa, al introducirle por vía rectal el termómetro, ¡lo perforó!, resolviendo el “terrible problema” de la oclusión intestinal. Creo que tan pronto obró el bebé, se acabó el padecimiento. Este detalle, a más de veinte años de distancia, todavía nos da risa, pues quiero aclarar que el baño de materia fecal no perdonó un centímetro cuadrado del rostro de mi mujer. También añado que el tratamiento fue definitivo, el niño jamás volvió a tener “oclusión intestinal”; ésa ha sido la anécdota que considero más hermosa de mi vida, quizá por la rapidez con que lo curó mi mujer. Pero en el libro de mis recuerdos existe una historia dramática que voy a referirles. No olviden que soy pediatra, pero no cirujano; y esto, tal vez, me ponga en desventaja en cuanto a espectacularidad para curar se refiere, ya que quienes tienen el “cuchillo” en la mano suelen escenificar proezas. A la gente le llama más la atención saber que un enfermo fue “operado” de emergencia y salió bien gracias a la pericia del cirujano que a la curación de una tifoidea o pulmonía; por eso los médicos internistas, en honor a la verdad, sufrimos menos; pero eso no quiere decir que a veces no tengamos que compartir penas con nuestros pacientes. Esto viene a cuento porque mi historia se inicia un día cualquiera del mes de marzo cuando a mi consultorio llegó una pobre mujer con su pequeña, de nombre Leticia, a la que traía cubierta con un humilde rebozo.

—Doctor —me dijo—, examine a mi hijita, por favor, la noto muy delgada y sin apetito.

—¿Qué edad tiene? —pregunté mientras sacaba la tarjeta para anotar los datos.

—¡Cinco años!

—¿Y qué otras molestias tiene?

—Yo solamente he notado que está bajando de peso y que está muy pálida.

—Descúbrala! —ordené.

La mujer quitó el rebozo que la cubría y de inmediato observé a una linda nena de ojos verdes, tez morena y cabellera negra.

Este tipo de niñas es frecuente en ciertas partes de Veracruz, sobre todo en un sitio llamado San Rafael, en que se ve el predominio de un grupo de franceses que vino a radicarse a México hace varios lustros. La nena, que de inmediato me sonrió y enseñó una muñeca de trapo que traía en sus brazos, era producto de combinación de razas.

—¿Y qué le pasa? —insistí haciéndole un cariño.

—¡Ay, doctor!... Antes comía y daba mucha guerra; ahora no quiere nada y sólo se le va en dormir y llorar. Dice que le duelen sus piernitas, la cabeza y los brazos; también se queja de dolores de estómago; pero lo que más me duele es que ha sangrado varias noches de su nariz y tarda mucho en parar la hemorragia... tal vez por eso esté tan pálida.

—¿Ha vomitado?

—No, doctor... ¡cómo va a vomitar si no come nada!... mi hijita sólo quiere dormir.

—¿Algún tratamiento?

—La llevé con el doctor de mi pueblo, pero me dijo que la trajera a la capital, ya que ahí no le podían hacer los estudios que requiere. Solamente le dio cucharadas e inyecciones; pero no veo ningún beneficio.

Estuve examinando a la pequeña; en realidad los síntomas que reportaba eran muy vagos, ya que muchas enfermedades los tienen; sin embargo, algo me llamó la atención: ¡las hemorragias por la nariz y el cansancio y sueño que tenía! Noté palidez de sus tegumentos y fiebre rectal de 37.9. A la exploración observé pequeñas manchitas en las extremidades inferiores; también úlceras en la mucosa bucal y las amígdalas hipertrofiadas. Los ganglios ligeramente aumentados de tamaño, particularmente en la cadena cervical. Algo que me inquietó y preocupó fue el sangrado de las encías, así como inflamación de las mismas. Cierto que no llegué a un diagnóstico, ya que me hacían falta dos datos importantes: biometría y mielograma. No quise preocupar a la madre y la cité para el día siguiente, cuando tuviera el resultado de

sus minuciosos estudios. He de hacer hincapié en que la mente joven de los médicos, tratando de hacer un diagnóstico, gira a velocidades increíbles; pensé en muchos padecimientos, algunos benignos, otros malignos; creí atisbar una anemia con avitaminosis; también problemas de salmonelosis o respiratorios, sobre todo por la febrícula e inflamación de las amígdalas; no descarté alteraciones hematopoyéticas. Al día siguiente llegó la madre de la pequeña más preocupada y desesperada.

—¡No pude traer a mi hija —dijo llorando—, está “hirviendo en fiebre”!

—¿Le hiciste los análisis?

—No tengo dinero, doctor, ni gente que me preste.

No sé si les ha pasado, pero independientemente de que un paciente tenga o no dinero, llega a granjearse el cariño de uno: tal fue el caso de la pequeña Leticia que la tenía grabada en mi mente, sonriéndome y enseñándome su muñequita de trapo.

—¡Tráigala de inmediato! —ordené angustiado— Vamos a internarla y en esa forma haremos los estudios necesarios.

La señora insistió en que no tenía dinero, pero le dije que no se preocupara, pues los gastos correrían por cuenta del sanatorio, que lo importante era la niña. Al poco rato la señora llegó con Leticia, que a pesar de su fiebre no soltaba a su muñeca de trapo; algo raro, cuando me vio... ¡volvió a sonreír con esa mueca encantadora que tienen las niñas cuando ríen espontáneamente, a pesar de que sus ojos estén llenos de lágrimas! Yo la vi en las condiciones, su palidez era más intensa y su frente estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor, indicativas de la fiebre.

—¡Intérneme a la pequeña! —ordené a la señorita enfermera— y aplíquele venoclisis con suero glucosado. Háganle una biometría hemática y mielograma; todo es urgente, señorita.

Cuando la nena era trasladada a su cuarto, yo, sinceramente, me imaginé el más sombrío de los diagnósticos. Mi ayudante se encargó de colocarla en un crupette con oxígeno húmedo y vaporizaciones con antibióticos y antisépticos respiratorios. Pienso

que la madre de Leticia, a pesar de su ignorancia, sabía que su hijita estaba delicada, pues no se le separó ni un instante. Ese día, por coincidencia, estaba tratando de una tifoidea al hijo de mi amigo René, periodista de afamado diario capitalino, que al verme tan preocupado me dijo:

—¿Qué te pasa?... Te noto triste y apesadumbrado... ¿Algún problema con tu esposa?

—¡Estás loco! —le respondí sonriendo— ¡Yo no tengo problemas con mi mujer!

—¿Entonces qué sucede?; pues esa cara de pocos amigos no expresa felicidad.

—Una pequeña está muy grave y temo que su enfermedad sea...

“Doctor Orzuela —se escuchó por los altoparlantes—, favor de comunicarse al laboratorio”.

—Espérame un instante, René, no te vayas —le dije a mi amigo y tomé el teléfono más cercano—. Con el laboratorio —ordené.

—Baja inmediatamente —me dijo por el auricular el doctor Sepúlveda— quiero que veas al microscopio el extendido sanguíneo de tu paciente.

De unas cuantas zancadas, creo yo, llegué a donde estaba el laboratorista. Ahí lo encontré pegado al microscopio.

—¿Qué descubriste? —pregunté angustiado.

—¡Tu niña tiene leucemia! —me contestó con voz sombría.

—¿Leucemia? —alcancé a preguntar.

—¡Este estudio sanguíneo está lleno de leucocitos y leucoblastos; además, ya comprobé la disminución de plaquetas... ¡Es una leucemia aguda de pronóstico fatal... la niña, sin discusiones, morirá pronto!

Quedé callado. Con la mirada clavada en los lentes del microscopio, viendo los leucoblastos asesinos y un campo lleno de leucocitos que diagnosticaban la terrible enfermedad. Yo deseaba que fuera mentira esa realidad, tal vez mi única esperanza era que se hubieran equivocado de enfermo; pero era inútil, la laminilla pertenecía a la pequeña Leticia.

—¿Qué vas hacer? —me preguntó el doctor Sepúlveda.

—¡Nada!... ¿Qué puedo hacer?... ¿Qué medicina conoces que cure la leucemia?... ¡ninguna! El tratamiento es paliativo; es como si le dieras aspirinas a un condenado a morir en el patíbulo o en la cámara de gases para que se salvara... ¡no hay remedio! Leticia está condenada a morir; y lo que es peor... ¡a corto plazo!

—¿Lo sospechabas?

—Siempre pensé en un trastorno hematopoyético; pero nunca deseé confirmarlo; sabía que algo andaba mal... ¡Qué tragedia!

—¿Qué le vas a decir a la mamá?

—¡La verdad!... Aunque temo no me comprenda.

—No quisiera estar en tu pellejo —me respondió dándome una palmada en la espalda.

Salí del laboratorio y encaminé mis pasos al cuarto de Leticia. Ahí estaba la pequeña dentro del crupette, sin soltar su muñeca de trapo, dormida. La madre, al verme, se levantó de la silla y me preguntó con leve sonrisa de esperanza:

—¿Cómo la ve, doctor?... ¡Yo la veo mejor; mire qué dormidita está. Usted dijo que necesitaba descansar, y ya está descansando!

La nena se veía primorosa. Algo así como una muñeca de porcelana metida en una caja de plástico transparente. Sus enormes pestañas se veían alineadas en su rostro. La pobre inocente no sabía la tremenda sentencia que desde el cielo pesaba sobre ella.

—Quiero hablar contigo —le dije a la madre—, pero procura entenderme lo que voy a decirte.

—¿Qué pasa, doctor?... Lo veo preocupado.

—Tu hija tiene una enfermedad muy grave. Es un padecimiento del que temo no se salve.

—¿Qué dice? —me preguntó con una mirada tan angustiada que aún la tengo dibujada en mi mente.

—¡Lo que oyes! Tu Leticia... no tiene remedio... ¡va a morir!

La madre no contestó; se me quedó viendo fijamente, como tratando de hablar, de decirme algo, pero sus labios se negaban a pronunciar palabras. Me acerqué y la abracé tiernamente.

—Dios es quien rige nuestra existencia —le dije—. A Él estamos sujetos todos los mortales. Es precisamente Él quien desea llevarse a Leticia al paraíso; no quiere verla sufrir en este mundo, por eso la ha mandado llamar. Quiero que sepas que estaremos contigo hasta el gran final, hasta el momento en que tu nena cierre sus ojos para no volverlos a abrir nunca; creeme que en el sanatorio estamos tristes; pero haremos lo imposible para que en sus últimos momentos no le falte nada y esté feliz; aunque por dentro lloremos. Tu hija tiene leucemia.

—¿Y no tiene salvación? —preguntó como si mis palabras no las hubiera entendido.

¡Qué difícil es ser portador de noticias fatales; y qué difícil suele ser explicarse! Esa pobre mujer, ignorante e inculta, no comprendía la tragedia que estaba viviendo. Yo, sin fuerzas ni deseos de seguir hablando, solamente le dije:

—Tu hija va a morir. Tienes que ser fuerte y comprensiva. No tiene salvación.

Y me fui. Dejé ese cuarto lleno de angustias, y bajé a la cafetería; allí estaba esperándome René.

—¿Qué tienes? —preguntó al verme— ¡Estás pálido!

—Tengo un problemón que tiene una sola solución —respondí sentándome a su lado.

—¿Cuál es tu preocupación?

—Una pequeña paciente que tiene leucemia.

—¿Leucemia? —repitió espantado.

—¡Esa maldita enfermedad, cuyo solo nombre me está torturando; pero déjame que te platique: Leticia es una chiquilla de escasos seis años, linda, con unos ojos verdes que hacen maravilloso contraste con su cabello negro; es una nena que desde el primer momento que la ves... ¡ya te cayó bien y la sientes querer! Su ángel la persigue por todos lados; ¡pero ella está condenada a morir!... su mal es incurable; y lo peor es que tiene una madre ignorante y que tal vez no comprenda que su hija morirá pronto; la pobre mujer no tiene dinero... y creo que es su máxima preocupación.

René me miró con firmeza.

—¡Llévame con ella! —me dijo levantándose y dejando la propina sobre la mesa.

Quiero señalar un hecho interesante: René era periodista que sabía llegar a la gente; no tenía la petulancia ni la presunción de muchos de ellos; era atento, noble y capaz. Sinceramente no imaginaba cuáles eran los planes que llevaba, pues en cuestiones de periodismo soy neófito. Cuando llegamos al cuarto, ¡la madre estaba jugando con Leticia, quien reía de muy buen humor!

—Aquí estamos otra vez, señora —dije—. Mi amigo es adorador de los niños y no resistió la tentación de ver a tan linda enfermita.

—Muchas gracias —contestó la madre.

René saludó a la nena por la pequeña ventanilla de la cámara de oxígeno, no sin antes preguntar si existía algún inconveniente. Pienso que estuvimos más de diez minutos, mismos que ocupó René en jugar y hacerle preguntas a Leticia.

—¿Cómo te llamas? —dijo él.

—¡Leti! —respondió la nena.

—¿Y tu muñeca?

—Marí.

—¿Te gustan las muñecas?

—Son su delirio —terció la madre.

René se despidió de ambas, prometiéndoles regresar al día siguiente. Ya en el camino hacia mi consultorio, me dijo:

—¿Cuánto tiempo le das de vida?

Quedé callado, luego, con cierta reserva le respondí:

—Tal vez un par de semanas.

—¿Va a permanecer en el sanatorio?

—Definitivamente. Sé que no tienen dinero, pero el director de los servicios médicos, doctor Ferrati, es muy buena gente y con toda seguridad los considerará.

—Yo voy a ayudarlos —respondió René.

—¿Tú? —pregunté asombrado.

—¡Claro! Desde luego no será con dinero, pero sí con algo más que eso. Leticia me ha conquistado, y voy a responderle como solamente yo sé hacerlo. Ese cariño que le demostró a su muñeca, lleno de ternura, me ha conmovido.

—La madre me indicó que adora a las muñecas.

— ¡Cuenta con mi ayuda! —repitió ufano.

Al poco tiempo quedé sorprendido del ingenio y ayuda que René me prestó, pues no tuve necesidad de hablar con el doctor Ferrati, ya que ¡él me mandó hablar! Y la fórmula fue sencilla, René, como periodista, hizo un reportaje en su diario que dio frutos insospechados. Me tocó leer el artículo y quedé impresionado por la crudeza con que describió la horrenda realidad. El párrafo lo encabezaba con estas líneas: “Hermosa chiquilla de seis años condenada a morir: ¡leucemia!” Y en la médula relataba la pobreza y su amor a las muñecas; todavía recuerdo que en una de las líneas decía: “la nena, asida a una muñeca de trapo que muy pronto quedará huérfana, tiene la sonrisa más bella que yo he visto en mucho tiempo; pero esa sonrisa pronto se transformará en mueca de dolor cuando la muerte se apodere de ella; si tú, lector, puedes obsequiarle algo, ¡hazlo... Leticia te lo agradecerá!” El artículo era patético, pero llevaba los ingredientes necesarios para tocar el corazón de quienes lo leyeran. Y dio resultado: esa misma tarde una caravana de niños, ¡todos ellos humildes y pobres!, desfiló ante el cuarto 107 para llevarle dulces, dinero y juguetes a la pequeña Leticia, que desde su cámara de oxígeno se los agradecía. Quedé sorprendido de cómo la gente respondió al llamado de su conciencia; y más admirado quedé al comprobar que sólo la gente humilde acudió al dramático grito de René; ningún rico llevó consuelo a la pequeña, tal vez no leyeron el artículo. No dejo de reconocer la nobleza de muchas madres que, privando a sus pequeñines de algún juguete, acudieron a la cita con la pequeña que tenía sus días contados. Pero mi sorpresa aumentó conforme llegaban cartas de diferentes partes del mundo. Una de ellas, con sello de Milán, Italia, traía un puñado de liras enviadas por una niña

que padecía ¡parálisis infantil!; en la misiva le enviaba un beso y fuerte abrazo; otra epístola venía de Buenos Aires. también de una nena que le enviaba dinero; en fin, el mundo también respondía. Una tarde, cuando ya la enfermedad de Leticia estaba muy avanzada, pude apreciar que, a pesar de la debilidad y fiebre, todavía tenía ánimo para jugar con sus múltiples muñecas, pues esos juguetes eran los que más abundaban en su cuarto; pero más sorprendido quedé al ver aquella muñeca de trapo, sucia y raída, asida al brazo de la pequeña. Hago notar que su madre ya había comprendido la amarga verdad y esperaba la sentencia de Dios con una admirable resignación. Pienso que el ir y venir de las enfermeras, médicos y visitas, junto con las palabras de alivio que vertían las personas que venían a obsequiar juguetes o dinero, jugaron un papel importante en la psicología de la pobre mujer. Y el terrible día llegó, una madrugada del mes de abril, como a las cinco de la mañana, me llamaron de urgencia; yo esperaba esa llamada, sabía que en un momento dado me requerirían en el cuarto 107, por lo que no me sorprendió. Me levanté y asistí a la cita con entereza y resignación. Los médicos, y a ustedes les consta, nos acostumbramos a la muerte, aunque a veces nos resistimos a obedecer sus mandatos. La escena de esa madrugada en el cuarto de Leticia era desgarradora: la nena era presa de brutales convulsiones, producto de la elevada temperatura, que la habían obligado a desprenderse de algo muy preciado para ella: ¡su muñeca!; efectivamente, la muñeca de trapo yacía en el suelo, abandonada de su “madre” que luchaba inútilmente por sobrevivir de esa crisis.

Exactamente a las seis menos diez minutos de la mañana ¡todo concluyó!: la hermosa pequeña de los ojos verdes quedó dormida para siempre; dejó de sufrir, pero también grabó en mí el recuerdo más dramático de mi vida profesional. No hubo ningún triunfo médico, tampoco fracaso, simplemente una historia con toda la tragedia que puede infundir la muerte de una pequeña por culpa de esa enfermedad cuyo solo nombre impone respeto: ¡leucemia!

Ésta es, mis queridos compañeros, en síntesis, mi amarga experiencia.

* * *

Los Apóstoles guardaron respetuoso silencio; la historia había conmovido a todos. El relato no ameritaba el aplauso, corolario del triunfo, sino la meditación y el espeto. El doctor Erasmo Vidal, coordinador de esta velada médica ante el cadáver del doctor Luis Dondé, se levantó y estrechó fuertemente la mano de Felipe.

—Las experiencias médicas, mi querido hermano, jamás tendrán límite. Mientras exista en el mundo un doctor, siempre habrá cosas nuevas que decir e investigar. Sigo pensando que la ciencia que profesamos todavía está en pañales, o quizá ya esté dando sus primeros pasos; pero falta mucho tiempo para que llegue a niño. La forma como has manejado tu relato es digna de aplauso y felicitación; pero el argumento humano y desgarrador merece el solemne silencio como protesta a nuestra impotencia para curar la leucemia. Leticia era un ángel, amigo, un ángel que se atrevió a bajar a la tierra para buscar un bálsamo a su tedio celestial; y cuando Dios la necesitó, nuevamente se la llevó. Ella sólo encontró en la tierra una razón poderosa para vivir: ¡su muñeca de trapo!, por eso la soltó cuando regresó al paraíso. Bueno, ya hemos platicado mucho y todavía faltan varios colegas. No hay que olvidar que el tiempo sigue su marcha. El turno es de Víctor Aguar Huri, discípulo de nuestro inolvidable Apóstol Dionisio Gopez, el psiquiatra.

El psiquiatra

—Desde la ocasión pasada —empezó diciendo el joven médico— señalé que el maestro Goprez tenía la costumbre de reunirnos cada Navidad en su casa; quizá el hecho de que estuviéramos trabajando juntos todo el año, y me estoy refiriendo a sus demás discípulos, aumentaba el interés de tenernos a su lado esa inolvidable noche. Buscaba nuestra compañía las veces que él creía necesario. Respecto a su carácter, bien lo conocieron: le encantaba jugar bromas, hacer fiestas para poner de manifiesto su ingenio; en fin, sabía divertirse y distraerse a costa de los demás, pero siempre sin ofender, aunque a veces sus chanzas eran bastante fuertes. Quiero subrayar, mis estimados colegas, una cosa: yo soy un elemento advenedizo a ustedes, estoy aquí porque me gusta, como lo dije en Acapulco, conservar la tradición y las ideas extrañas como las del senador y doctor Erasmo Vidal y Rojas, a quien le debemos estas reuniones. Ahora me han cambiado la rutina, pues tengo que hablar de una anécdota, y después de un suceso dramático. Estoy convencido de que la narración que les

voy a referir les crispará los nervios y enseñará secretos íntimos de mi maestro Goprez que jamás se los imaginaron. Corría la década de los sesenta, México estaba preparándose para la Olimpiada y todo el mundo hablaba de ella, aunque muchos periódicos reportaban cadáveres que misteriosos asesinos iban a “tirar” por la vieja carretera a Cuernavaca; no existía semana sin que se hicieran esos hallazgos macabros. Bien, pues una mañana lluviosa del mes de junio me indicaron por los altoparlantes que el maestro me llamaba urgentemente a su consultorio; a mí me extrañó, pues normalmente lo hacía para regañarme o para encomendarme algún enfermo grave. Al llegar a su consultorio encontré al maestro recargado en su enorme sillón y fumando un cigarrillo con cierto aire de nerviosismo; ante él estaba un capitán de la Fuerza Aérea Mexicana leyendo con aparente tranquilidad un libro. El maestro me hizo la señal de que entrara y tomara asiento; luego, con esa voz mitad autoridad y mitad súplica, se me quedó viendo fijamente y dijo:

—Víctor, necesito tu ayuda.

Me quedé quieto y descontrolado, pues jamás me imaginé que un hombre como él tuviera que necesitar de mí; claro que me dije: “con toda seguridad quiere que le arregle un asunto personal”.

—¿En qué puedo servirle? —le respondí sin salir de mi asombro.

—Es algo delicado; pero te advierto una cosa, no necesariamente debes aceptar; si tú no quieres hacerme el favor... ¡no me lo hagas!... Estás en tu legítimo derecho de negarte.

Esas palabras me impresionaron, pues la voz de mi maestro tenía más de súplica que de autoridad; créanme que me dio miedo preguntar de qué se trataba, pero tenía que hacerlo, ya que el doctor se quedó callado y observándome.

—¿De qué se trata? —pregunté suavemente.

—Mira, Víctor —respondió titubeante—, hay hechos en la vida que no podemos evitar; y hay momentos en que una ofuscación provoca las peores tonterías. Pero antes de que pida el favor, quiero que me prometas una cosa.

—¡Prometido! —respondí a quemarropa.

—Quiero que jures que si no me haces el favor... ¡no lo vayas a comentar con nadie!... ¿Entendido?

Mis nervios estaban a punto de estallar. ¿Qué cosa podría pedirme el maestro?... ¡lo ignoraba!; pero la circunstancia de que si no hacía el favor se conformaba con que guardara el secreto, sinceramente me dejó helado, aunque con una curiosidad tremenda.

—¡Lo juro, maestro!... ¡No hablaré!

El doctor Gopez, con nerviosismo visible, tomó su cigarrillo y lo apagó en su hermoso cenicero; luego se dirigió al capitán de la Fuerza Aérea, y le dijo:

—Estoy seguro que mi discípulo nos ayudará; después de todo, él puede decir que ignoraba el contenido del bulto.

Este comentario me hizo temblar de pies a cabeza.

—¡No quise matarla! —habló por fin el capitán— ¡pero tuve que hacerlo!

—Ya no pienses más en ello; lo hecho, hecho está —respondió el maestro con tono sombrío y tratando de consolarlo.

—¿Qué debo hacer? —pregunté desesperado.

—Primero —indicó mi maestro—, toma asiento.

—¿No nos delatará? —interrumpió el capitán.

—Mi discípulo, insisto, es de mi absoluta confianza; además, él no puede ser juzgado por ningún delito.

Estas palabras me atravesaron el alma de pies a cabeza; indiscutiblemente el favor que me iban a pedir tenía algo turbio, pues sólo así me explicaba aquellos comentarios y misterios que encerraban sus miradas.

—Entonces —ordenó el capitán— hazle saber el asunto y... ¡manos a la obra!

Mi maestro me miró con esos ojos que encerraban un enigma, pero obligaban a obedecer ciegamente.

—Víctor, por última vez advierto que después de enterarte de la tragedia ocurrida en el hogar del capitán puedes negarte a prestarme ayuda; es más, aún es tiempo de declinar ese favor.

—¡He dicho —respondí con firmeza— que lo ayudaré, maestro, y nada me hará cambiar! Además, como usted dice, yo no he cometido ningún delito y creo que nadie podrá acusarme de algo que no he hecho... ¡cuente conmigo!

El doctor Goprez se levantó y acercó a mí, me dio una palmada cariñosa en la espalda, volvió a su sitio, se sentó, sacó otro cigarrillo, lo prendió, dio varias fumadas y me dijo:

—¡El capitán acaba de matar a su esposa!... Tuvo un fuerte altercado con ella y le vació la pistola. Él es uno de los más grandes amigos que he tenido en mi vida; le debo favores que sería largo enumerarlos; ahora necesita ayuda, por eso ha venido a solicitármela; pero antes de seguir adelante, me gustaría que supieras por boca de él cómo pasó esta espantosa tragedia.

—¡Fue terrible! —dijo el capitán casi de inmediato— ¡Elena se puso insoportable!... Primero amenazó con delatarme a la policía o ponerse a gritar con todas sus fuerzas si yo le ponía la mano en cualquier parte de su rostro. Jamás le levanté la mano, pero esa noche ella había ingerido varias copas de coñac y se encontraba bajo el efecto de un mareo que cada vez se intensificaba más. Traté de convencerla por las buenas y con palabras adecuadas, pero ella estaba aferrada a pelear. Primero me lanzó dos vasos de cristal cortado a la cara, que gracias a mis reflejos no hicieron blanco; luego, más imprudente y belicosa, tomó un cuchillo y me atacó; un movimiento de brazos y un golpe a su muñeca la sometieron...

—El capitán es karateca —interrumpió el maestro.

—...pues bien —continuó—, ella cayó al suelo y yo salí al patio a tomar aire fresco; eran más de las doce de la noche. Aparentemente ya nada iba a pasar, pero cuando más entretenido estaba viendo la luna y las estrellas, Elena apareció en la puerta blandiendo el hacha que usamos para destrozarnos pollos. A mí, en lo particular, me dio risa, pues ese instrumento es bastante pesado para ser movido por una mujer como la mía; sin embargo, ella la levantó con una facilidad asombrosa, lo que me descontroló gravemente, ya que empezó a avanzar hacia mí con una mirada llena

de odio; ahí comprendí que mi vida estaba en peligro. Le dije que no tratara de acercárseme porque le metería tres balazos en el corazón; fue en vano mi advertencia, ella siguió caminando con una sonrisa extraña y vociferando maldiciones. Instintivamente me llevé la mano a la pistola y la desenfundé; pero Elena parecía poseída por el demonio y no hizo ningún intento por detenerse. Todavía le grité que se detuviera porque no respondería de mí; y tampoco me hizo caso. Entonces, para amedrentarla, disparé al suelo, lo que hizo encolerizarla más; fue ahí donde no tuve más remedio que vaciarle el resto de la carga en el tórax; Elena me maldijo, pero ya no pudo avanzar más y cayó fulminada. Todavía pensé en llamar a la ambulancia, a un médico, en fin, a una persona que me ayudara. Por eso llamé a Dionisio y le confesé mi nefasto crimen. No tiene caso entregarme a las autoridades, pues mis hijos quedarían en el más absoluto abandono.

—¡Todo esto parece una pesadilla interminable! —comenté.

—Y así es —respondió mi maestro—. La situación se complica si el capitán se entrega a la policía. Por eso hemos resuelto deshacernos del cadáver.

En esos instantes sentí que mis piernas temblaban y mi boca se secaba.

—Pienso sacar el cadáver de la casa al atardecer y tirarlo en la vieja carretera a Cuernavaca. Conozco —aseguró el capitán— un paraje muy escondido, antes de llegar a Tres Marías, que pocas personas lo han visto: ¡ahí nadie lo hallará! Yo, por mi parte, acudiré a la delegación y diré que mi mujer salió determinado día y no ha regresado. No habrá reclamaciones, porque ella no tiene familiares y a nadie le interesa si vuelve a la casa, a no ser que ¡yo mismo me delatara!; es más, si no aviso a las autoridades nadie se dará cuenta de mi crimen.

Cuando terminó de hablar el capitán, yo deseaba que la tierra me tragara, pues adiviné el cinismo e hipocresía de ese hombre. Lo que no acerté a descifrar fue la ayuda desinteresada ofrecida por mi maestro. Es obvio decir que por mi mente pasaron escenas

terribles, como verme preso por encubrimiento, o por inhumación clandestina, o por otros delitos que no alcanzaba a saber, pero que indudablemente existían.

—Entonces —comenté con voz apagada por la resequedad de la boca— lo que ustedes pretenden es sacar el cadáver y ocultarlo en la carretera a Cuernavaca... ¿no es así?

Mi maestro y el capitán me vieron con cierta duda; tal vez creyeron que me iba a echar para atrás.

—¡Eso es precisamente! —respondió autoritario el doctor Dionisio Goprez.

—¡Y esperamos nos ayudes! —agregó el capitán con una sonrisa burlona que estuvo a punto de hacerme estallar.

Me contuve. Sabía perfectamente que todo este tinglado me traería, tarde o temprano, consecuencias; pero la alternativa de no aceptar podría salvarme.

—Quiero que sepas —recalcó mi maestro con voz paternal— que puedes declinar el favor y retirarte; estoy seguro de que jamás me delatarías, tu palabra está de testigo.

Les juro, queridos colegas, que no sabía qué contestar. Mis manos estaban a punto de mancharse; pero yo sentía especial afecto por el doctor Goprez. A él lo había visto siempre hacer el bien, y eso me obligaba a no dejarlo solo con el problema. Yo estaba consciente de que el capitán estaba abusando de su buena voluntad y que pasara lo que pasara el doctor lo ayudaría; también sabía que, si no lo ayudaba, nadie lo haría.

—¿Qué dices? —volvió a preguntarme el maestro.

—¡Lo ayudo! —contesté resuelto a jugarme el todo por el todo, aunque mis piernas temblaron más y mi voz casi se apagó.

El maestro se levantó de su asiento y me dio un abrazo tan fuerte que sentí mis costillas cruji.

—¡No te arrepentirás! —me dijo suavemente.

Esta frase me confundió, pues de sobra sabía que ¡sí iba a arrepentirme algún día, ya que ser cómplice de un delito mortifica a cualquiera, máxime si se trata de un crimen!

—Yo diría —dijo el capitán— que pusiéramos manos a la obra. Pensaba hacerlo al abrigo de las sombras, pero esta lluvia nos puede ayudar. Hay poca gente, nadie sale a la carretera, todos están en su casita, y esto facilita nuestro trabajo.

—¿Cómo piensas hacer el traslado? —preguntó mi maestro.

—¡Tengo dos costales! —respondió el capitán—. Con uno envolveremos la cabeza y con el otro el resto del cuerpo; después coseremos las orillas con un mecate. ¡Así sacaremos el cadáver del traspatio!

Una tremenda repulsión me causó ese hombre. La desfachatez con que ordenaba sus fechorías estuvo a punto de exasperarme; pero el rostro apacible y la voz humilde de mi maestro me contuvieron.

—Está bien la idea del costal —dijo el doctor Gopez—, ya que si alguien nos ve sacarlo de la casa, pensará que son frutas o alguna otra cosa; nadie sospechará que ahí va el cadáver de una mujer.

“¿Cómo era posible que mi maestro fuera tan ingenuo y se viera involucrado en este macabro asesinato?”, me decía en mis adentros sin encontrar una contestación satisfactoria que pudiera consolarme; pero yo ya estaba metido en el lío. ¡y solamente le pedía a Dios que tuviera clemencia de mí!

—¡Vamos a la casa! —ordenó el capitán.

—Es lo mejor que debemos hacer —respondió mi maestro—; así ganaremos tiempo; hay que concluir este penoso incidente lo más pronto posible; sólo así tendrás un poco de calma, capitán.

Nos levantamos de nuestros asientos, salimos del consultorio y abordamos el automóvil del capitán, que era un modelo grande y con una cajuela bastante amplia. En unos cuantos minutos estuvimos frente al portón de la mansión donde yacía un cadáver insepulto.

—Tenemos suerte —dijo el asesino—, hay poca gente en la calle. Si uno se queda afuera y los otros penetran a la casa y encostan el “bulto”, no tendremos problemas. Tú —señaló a mi maes-

tro que aún no salía del automóvil— conoces bien el comedor; los costales están en la alacena. En la sala, cerca del florero de cristal cortado que me regalaste, hay un paquete de cáñamo que uso en la pesca, tómalo junto con la aguja arriera que ahí se encuentra, y ¡a trabajar!

El maestro salió del carro y me invitó a seguirlo. En ese momento me dieron ganas de correr, no de miedo, sino de angustia. Atisbé por todos lados y me tranquilicé al no observar ningún transeúnte. “Este desgraciado, me dije, está de suerte”. El capitán permaneció en el volante mientras tanto; luego le dio las llaves de la casa al doctor y le dijo:

—Procuren hacer el trabajo sin ruido; no quiero despertar sospechas. Si toco el claxon, suspendan todo y regresen al coche; eso es todo.

Mi maestro tomó las llaves y abrió el portón.

—Pasa —me dijo.

—Ojalá este “trabajo” —le respondí en voz baja— no nos vaya a ocasionar problemas mayúsculos.

Sin responderme, el doctor Goprez cerró la puerta y penetró a la casa. Abrió la sala, se dirigió a la mesa donde estaba el florero de cristal cortado, tomó el cáñamo y se sentó en un amplio y cómodo sofá.

—Te voy a pedir otro favor —dijo con cierta tranquilidad—. Espero que me comprendas y ayudes.

—¿Cuál es? —inquirí sorprendido.

—Mira, Víctor, tú me has demostrado una extraordinaria lealtad, independientemente de la amistad que nos une, y estoy verdaderamente asombrado de tu valor y entrega. No sé como voy a pagar estas cosas que estás haciendo por mí; pero juro que sabré corresponder en todo lo que pueda; pues bien, el último favor es que tú solo hagas el “empaquetamiento”, ya que a mí me da horror; no quiero ver el rostro de Elena, porque quedaría grabado en mi mente para toda la vida; tú no la conociste, luego no tendrás remordimientos. Voy a abrir la puerta del traspatio y ahí encon-

trarás su cadáver; el capitán, en un gesto de ternura que habla de su nobleza, la cubrió con una sábana; quítala y mete el cuerpo en esos costales que voy a darte. Cuando hayas concluido, entonces te ayudaré a llevarlo a la cajuela del coche... ¿de acuerdo?

Este nuevo favor, definitivamente, me comprometía más que el encubrimiento del asesinato; pero, insisto, ya estaba metido en el asunto y no podía echarme para atrás; aunque sí tenía ganas de renunciar porque en el trato estaba así estipulado, pero el hecho de saber que ahí se había cometido un crimen... tácitamente me convertía, de todas maneras, ¡en un encubridor!; por tanto, no tuve más remedio que contestarle:

—¡Lo que usted ordene, maestro!

El doctor se metió a la alacena y me trajo los costales, el cáñamo y la aguja arriera.

—¡Aquí están tus instrumentos! —me dijo y se dirigió a la puerta del traspatio para abrirla y señalarme el sitio exacto donde se encontraba la sábana cubriendo el cadáver. Todo me parecía una película de horror— Empieza tu trabajo; cuando acabes, me hablas. Yo iré por la carretilla para que el traslado sea menos pesado. Calculo que en menos de una hora... ¡todo habrá concluido!

¡Qué fácil fue para mi maestro ordenarme el “empaquetamiento” del cuerpo!... Pero era tanta la admiración que le profesaba que no me di cuenta de la grave complicidad en la que ya estaba envuelto; sin embargo, me decidí a terminar lo más pronto posible. Ya quería estar en la carretera de regreso a casa; quería que esa pesadilla se resolviera. Así que tomé mis utensilios y salí de la sala rumbo al traspatio, que no era otra cosa más que un jardín pequeño; he de advertir que cada movimiento mío era protegido por una inspección ocular exhaustiva; pronto me convencí de que nadie podía verme, ya que solamente el cielo y la pertinaz lluvia me observaban. Me sentí criminal, pensé en mi madre y en mi padre, así como en mi novia; me imaginé preso y retratado en todos los diarios, con mi consabido número debajo del cuello, como cómplice de horrendo crimen. Volteé hacia todos lados y sola-

mente pude ver la figura del maestro tras los ventanales de la sala que me observaba tranquilamente. Decidido a todo, aceleré mis pasos y llegué a donde estaba el cadáver; todavía, a través de la sábana, pude ver la sangre roja y desteñida por el constante deslave de la lluvia, que se adhería con más facilidad al cuerpo. Dejé los costales en el suelo, puse mi cáñamo a un lado, y jalé bruscamente la sábana para destapar el cadáver. Un formidable grito de alegría y de felicidad escapó de mi boca, una hermosa tranquilidad y paz me invadió, al comprobar que el cadáver de la “señora” correspondía al de un enorme perro policía. Entonces comprendí que había sido víctima de una clásica broma de mi maestro. No me lo van a creer, colegas, pero de mis ojos brotaron lágrimas que se confundieron con la lluvia y que algunas llegué a saborear al deslizarse por la boca. Voltee hacia la sala y vi los aspavientos del capitán y del maestro que con estridentes carcajadas celebraban sus travesuras; a pesar de la terrible broma, me parecieron dos ángeles celebrando su triunfo. Posteriormente supe que el capitán había ido a ver al doctor para que lo ayudara a sacar al perro que súbitamente había enloquecido y que por eso lo había matado. Ésta era la forma en que normalmente el médico hacía sus bromas; y ése era el sistema ingenioso con que prácticamente jugaba con nosotros. Bueno, después de cumplir con el primer requisito, pasaré al tema científico, es decir, al momento que yo considero como el más dramático en su vida profesional; aunque he de reconocer que tuvo muchos, pero el que voy a relatarles ocupó, dicho por él, un lugar predominante en su brillante historial. Todo se inició cuando el maestro fue requerido con urgencia del sanatorio, ya que una de sus pacientes había ingerido grandes dosis de barbitúricos. El maestro me dijo, antes de abordar el automóvil:

—¡Esta mujer ha complicado su existencia seriamente!; nada difícil sería que su esposo también trate de suicidarse.

—¿La conoce?

—Por supuesto; pero ignoro los motivos que le impidieron hacerlo antes.

En honor a la verdad, no entendí nada de esta primera plática que tuve con el doctor Goprez, quien a lo largo del camino trató de señalarme algunos antecedentes.

—Irene es una mujer demasiado ingenua, tiene quince años de casada y de estar sufriendo; desgraciadamente, su esposo es el culpable de lo que pasa. Para que comprendas mejor, antes de casarse llevaban una vida bastante disímbola: ella era una mujer centrada, culta, bien educada y muy inteligente; Raúl, que le lleva más de diez años, era el reverso de la medalla: despreocupado, borracho, amigüero y poseía una extraordinaria vocación a la poesía que lo hacía tanto más interesante cuanto más versos estudiantiles y de amor sabía; tenía especial predilección por López Velarde y Rubén Darío, pero recitaba versos que llegaban al corazón y hacían temblar a los enamorados. Todavía recuerdo las tertulias que hacíamos en la antigua Casa del Estudiante, allá por las calles de Girón, y que terminaban hasta la madrugada. Desde entonces estaba enamorado de Irene, pero ella, en plena juventud y asediada por la crema y nata de su escuela, no le hacía caso, amén de que sus propios padres se lo prohibían. Esto motivó que Raúl continuara tomando y rechazando todo lo relativo a las buenas costumbres; sin embargo, como dice el dicho, el que persevera alcanza. Una noche, tal vez la más inspirada de su existencia, Raúl habló con Irene y ¡la convenció para que fuera su novia!; esto conmovió a la sociedad en que se desenvolvían, ya que no concebían que una chiquilla, todo encanto, decencia y buenos modales, se enamorara del desobligado Raúl. Las relaciones, claro está, fueron severamente prohibidas por los padres de ella, a tal grado que le dejaron de hablar por mucho tiempo; pero los padres no pueden abandonar jamás a una hija, y pronto la perdonaron pensando que se le pasaría. El noviazgo siguió su curso, cada día Irene se enamoraba más de su galán, sobre todo porque “lo gró” arrancarlo de las garras del vicio y conducirlo por el camino del estudio. Este cambio sorprendió, y el chico fue aceptado en los altos círculos y en la Universidad, donde sus calificaciones

alternaron con las más altas del grupo. Pareció, en pocas palabras, que la joven había hecho el milagro de convertir al demonio en ángel; es más, muchos olvidaron las pasadas tropelías de Raúl. Todo marchó bien, incluso los padres de Irene comenzaron a sentir simpatía por su futuro yerno: era el clásico juego del lobo de Asís, aquél mamífero carnicero que un día se volvió bueno y lo tundieron a palos por seguir los sabios consejos de Francisco. El noviazgo culminó con boda un tanto cuanto acelerada; Raúl, faltando a su calidad de hombre bien nacido, convenció a la paloma y se fugaron de sus casas; claro que los padres de Irene los obligaron a casarse; pero el mal paso ya estaba dado, y no hay nada peor que iniciar las cosas en forma equivocada. Al primer día de casados Raúl armó la escandalera, tomó más de la cuenta y puso en entredicho a todos los parientes de la chica, quien a pesar de todo estaba enamorada del truhán y lo defendía de los constantes ataques de que era víctima. La boda pasó y los nuevos esposos se fueron a vivir a un pequeño departamento que el mismo padre les puso para ayudarlos mientras se recibía Raúl y pudiera pagarlo. Las cosas, lógicamente, no iban a marchar correctamente, porque era tanta la pasión que Raúl tenía por las copas que ¡contagió a la chiquilla y la convirtió en alcohólica! Sé que nadie adquiere un vicio sin poner algo de su parte; pero cuando se es débil de voluntad cualquiera puede resbalar; eso fue lo que sucedió con Irene y nadie pudo evitarlo; al cabo de dos años de casados ella tomaba igual que su marido y no le importaba lo que le dijeran: se había vuelto descarada. Era triste verlos llegar a su departamento en esos estados lamentables con que suelen llegar quienes toman demasiado. La misma sociedad, esa que un día le abrió las puertas a Raúl, los rechazó y trató de expulsarlos de su seno. El físico de Irene empezó a demacrarse; de aquella chiquilla llena de vida, ilusiones y ambiciones, no quedaba sino un recuerdo; sus amistades les voltearon la espalda y esto fue motivo más que poderoso para que se abrazaran al alcohol. En un esfuerzo desesperado, sus padres hablaron con Irene y la convencieron para que acudiera

a un psicólogo; pero fue inútil; luego, en otro intento por salvarla, me la trajeron al consultorio: ¡qué espectáculo tan conmovedor observé aquella tarde!: el pobre padre tratando de explicarme el triste camino que había recorrido su hija para convertirse en alcohólica. Al hablar con ella me enteré de que su marido la obligó a tomar bajo la falsa promesa de que solamente así dejaría el vicio, pues no le gustaría ver a su mujer borracha. ¡Y la ingenua se lo creyó! Yo no sé hasta qué grado un hombre puede pervertir a su mujer; pero sí sé hasta qué límite puede llegar un hombre para convertirse en demonio y destruir su propia vida. Supe que Irene se hizo viciosa bajo la mirada y “consejos” de su esposo. También me platicó que su principal problema fue no haber podido tener hijos; ese trauma lo llevaba clavado en el corazón y le servía de pretexto para refugiarse en la bebida. En síntesis, Víctor, la mujer no era más que un espectro; vivía, porque tenía que vivir, pero no existía el mínimo deseo de abandonar el vicio; es más, pensaba que solamente ebria podía desenvolverse con soltura... ¡Qué desesperación da no poder ayudar a quien se niega a cooperar! ¡Qué deprimente es ver a una mujer convertida en guiñapo! Irene no pensaba dejar el alcohol, estaba convencida de que ésa era su vida y no podía cambiarla. Infinidad de ocasiones tuve largas pláticas tendientes a regenerarla; incluso la interné para desintoxicarla; pero era su obsesión y nadie le hacía cambiar de opinión. También hablé con Raúl, pero el resultado fue infructuoso, ya que me respondió terminante: “ése es su problema”, y no volvió a cruzar palabras conmigo. En un sicoanálisis posterior obtuve datos interesantes que mostraban una pequeña luz por la que podría penetrar para hacerla desistir de su vicio; y esa luz es la única que alumbraba el camino por el que trataré de conducirla. Recuerdo que en ese estudio me confesó una verdad asombrosa: “¡tenía miedo a Dios!” Parece mentira, pero la religión ayuda a resolver problemas que aparentemente no tienen solución, y éste era uno de ellos. También me dijo que en repetidas ocasiones había “escuchado” una voz que le aconsejaba refugiarse en un mo-

nasterio; que ésa era la única ambición que latía en su enfermo organismo, pero que la veía muy lejana. Me confesó que le daba miedo dejar solo a su esposo, puesto que necesitaba atención; supe que discutían por cuestiones de la herencia que ella algún día recibiría; poco a poco fui ganando confianza y llegó el momento en que me convertí en su consejero; por eso me enteré de que dos eran sus obsesiones: morir, o convertirse en monja, y creo que si no llegamos a tiempo, se va a cumplir uno de sus deseos.

Cuando entramos al hospital, el maestro me suplicó acompañarlo y no dejarlo solo, quería que los dos nos hiciéramos cargo del asunto. Realmente, al ver a Irene nos dimos cuenta de su gravedad; había ingerido grandes dosis de barbitúricos y su estado era delicado. Los médicos de emergencia le habían hecho lavado gástrico y le estaban suministrando soluciones glucosadas en venoclisis, amén de que se pensaba practicarle una traqueotomía si su respiración seguía fallando. El maestro examinó el expediente mientras yo personalmente me cercioraba de que la presión arterial era de 60-30, el pulso se encontraba acelerado y la respiración superficial y arrítmica; las pupilas en miosis y sin respuesta a la luz; ése era el angustioso cuadro que presentaba la paciente.

—¡Está grave! —dijo el maestro después de ver el expediente y hablar con los médicos que le habían prestado los primeros auxilios.

—¡La encuentro muy deprimida! —le respondí en voz baja.

—Voy a platicar con su esposo; creo que será mejor ponerlo al tanto del problema.

En un pequeño despacho del hospital tuvimos una conversación con Raúl, quien llevaba un franco aliento alcohólico.

—Cuéntame lo que sepas acerca del motivo que orilló a tu mujer a tomar esta drástica determinación —le dijo señalándole una silla para que se sentara.

—No quiere vivir —respondió sin darle mucha importancia al asunto.

—¿Por qué? —preguntó el doctor.

—Irene odia todo lo que es bueno, perfecto o decente; creo que nadie tiene derecho a evitar lo que ella siempre ha deseado: morir dormida; por eso ingirió sobredosis de barbitúricos; además, doctor, quiero preguntarle una cosa: ¿para qué quiere que viva?... ¿No sería mejor dejarla morir?... ¡ella, si usted la salva, jamás se lo agradecerá!

Mi maestro quedó petrificado ante tal hipótesis, las palabras de Raúl lo dejaron mudo; pero después de analizarlas, dijo:

—Eso que me estás diciendo ya lo he tomado en cuenta; es más, creo que ambos tienen razón; pero debes comprender que soy médico y no puedo dejar morir impunemente a nadie; tengo que hacer lo que esté a mi alcance para volverla a la vida; sin embargo, en este caso especial, depende de ti que la salve... ¿me comprendes?

—¡Perfectamente!

—Estoy de acuerdo en que no tengo derecho, como dices, a impedir una decisión previamente tomada y llevada a cabo.

—¿Qué quiere que haga?

—Que me platiques sus problemas.

—Ella es una alcohólica, igual que yo, que no desea en lo más mínimo curarse. Nuestro noviazgo fue criticado por una sociedad que tiene más de putrefacto que de santa; esa misma sociedad nos expulsó de su seno mucho antes de que nos admitiera; a mí, desde muy tierna edad, se me discriminó, y no porque fuera borracho, sino porque no tenía dinero. Por eso me refugié en el alcohol, donde nuestros sufrimientos son menos y no nos interesan; ella era una mujer bien educada, bien nacida, no tenía vicio, ni tampoco odios y rencores. Me enamoré perdidamente de ella, pero yo ya estaba dependiendo del vicio; soy sincero y confieso que trató de alejarme de mis amistades y de la debilidad, pero no fue lo suficientemente fuerte para lograrlo; aunque sí se lo prometí. Antes de casarnos le dije que no tomaría una sola gota; ella, al fin ingenua y bien nacida, lo creyó, creo que hasta yo también

lo creí; pero no fue así, el vicio fue más fuerte y no logré zafarme de sus garras. Una vez le dije que si se emborrachaba una sola vez conmigo sería la última que bebería; me volvió a creer y lo hizo; tampoco cumplí mi promesa; entonces ella, en justa venganza, amenazó con tomar la misma cantidad que yo si seguía en mi intento de embrutecerme; ahora el que no lo creyó fui yo, pero desgraciadamente lo que empezó en juego terminó en vicio. Le juro, doctor, que me dio vergüenza saber que la sociedad me culpaba de semejante monstruosidad. Y así comenzaron a cerrarnos las puertas en todas partes, hasta llegar el día en que no salíamos a la calle para nada, pues desde temprano bebíamos. La vida siempre nos jugó mal, tal vez un hijo nos hubiera hecho cambiar radicalmente; pero la naturaleza nos lo negó. Los años han pasado y sus huellas se han marcado intensamente en nuestros rostros. Llegó el momento en que no le temimos a nadie, pues el mismo Dios nos ha dado la espalda. Entonces llegamos a la conclusión de que no tiene objeto vivir... ¿tiene derecho un hombre a vivir sólo para ser víctima del alcohol?

Mi maestro movió levemente la cabeza.

—¿No buscaron otros atractivos a la vida? —preguntó con cierta tristeza.

—No los había: imagínese por un momento estar viviendo en una casa sin hijos y criticado por todos. Fue por eso que una noche, después de haber recorrido médicos y psicólogos, Irene y yo juramos ¡matarnos!

—¿Matarse?

—¡Sí!... Eliminars definitivamente. He de subrayar que ella siempre abrigó la esperanza de convertirse en religiosa; varias ocasiones pidió informes en conventos; pero por una u otra causa, jamás lo logró. Por eso, con toda intención y después de muchas alegatas, llegamos a ese punto: ¡matarnos!; pero... ¿cómo lo haríamos?... ¿con una pistola?... ¿con una buena dosis de alcohol?... ¿con barbitúricos? Yo solamente espero que muera mi mujer para darme un balazo en la sien.

El doctor Goprez estaba asombrado. Yo sé que los psiquiatras llegamos a conocer secretos increíbles de nuestros enfermos; pero no por eso dejan de sorprendernos.

—Tiene usted razón —respondió mi maestro—. Irene y usted se complementaron en la vida; y creo que ya no hay nada que hacer ni agregar.

—¿La dejará morir? —preguntó entusiasmado Raúl.

—Soy médico, no lo olvide; pero la solución la tiene en sus manos, mi querido Raúl, si su esposa se salva... ¡procure librarla del vicio! Recuerde que hay un camino que la espera...

—¿Cuál?

—¡El que conduce a Dios!

Raúl bajó la cabeza y no pronunció ninguna palabra.

—La Casa de Dios —continuó mi maestro con la convicción de que había logrado abrir una brecha en la dura resistencia del esposo— es la única parte donde su esposa puede expiar todas sus culpas; usted, estoy seguro, no se opondrá a que Irene se convierta en religiosa; creo que preferiría verla de rodillas ante la imagen de Jesucristo, y no hincada en una pocilga pidiendo alcohol.

Raúl levantó la cabeza como herido por un rayo; las últimas deducciones del doctor no le habían parecido correctas; pero no dijo nada, se quedó pensativo y volvió a su posición inicial.

—¿Algo qué comentar? —le preguntó el doctor.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —respondió respetuosamente.

—Así espero.

Antes de retirarse, Raúl pidió autorización para asomarse al cuarto donde estaba su mujer; el doctor lo concedió. Quiero resaltar que ese cuadro fue conmovedor. Reclinada en la cama, con los sueros clavados en los brazos y con la bolsa de oxígeno adherida a su rostro, Irene luchaba entre la vida y la muerte; y ahí, de pie, estaba el hombre que directamente era el culpable de todo; sin embargo, Raúl, a pesar de que ya estaba bajo el efecto del alcohol, lloraba. Cuando el médico lo tomó del brazo para retirarlo, todavía le escuché decir:

—¡Que Dios te ilumine y a mí me perdone!

Y salió a la calle.

El maestro quedó pensativo, toda esta historia lo había consternado, pues una mujer bien nacida y educada, convertida en alcohólica, es digna de lástima y compasión; máxime cuando ha atentado contra su vida en un desesperado esfuerzo por arrancarse del vicio.

—¿Qué te parece esta historia? —preguntó el maestro sin dejar de observar a la paciente.

—Es un drama —le respondí— que posiblemente no tenga solución, ellos no quieren cooperar.

—Irene se salvará, de eso estoy seguro; pero me preocupa su futuro. Ayer hablé con su padre y me dijo que hiciera lo posible por mantenerla en el sanatorio hasta que se recuperara totalmente; también me sugirió iniciar un tratamiento para su enfermedad.

—Mientras no se le separe del marido, Irene no se aliviará —asegué convencido de mi teoría.

—Eso mismo creo —respondió el maestro.

Los acontecimientos posteriores fueron decisivos. Todavía no recuperaba la conciencia Irene cuando supimos que Raúl se había dado un tiro en la cabeza y había fallecido instantáneamente. Este hecho, aunque parezca paradójico, la favoreció extraordinariamente, pues con ello recuperaba su libertad y perdía la motivación principal de su vicio. Algo que me llamó poderosamente la atención fue que a nadie preocupó la muerte de su marido; es más, creo que todos se alegraron de que así sucediera; y para ser sinceros, a mí también me pareció magnífica para la curación de mi enferma.

Once días pasaron antes de que se iniciara la franca recuperación de Irene. Los médicos la tenían estrechamente vigilada las veinticuatro horas, pues temían que intentara repetir su idea suicida; sin embargo, no fue así, pues a mí me tocó escuchar sus primeras palabras.

—¿Por qué no me dejaron morir? —fue lo primero que dijo.

—Trate de descansar un rato —le respondí, ya que tenía instrucciones de no entablar ninguna conversación con ella.

Esa misma tarde el doctor Goprez se sentó a su lado para iniciar una de las terapéuticas más maravillosas que yo he visto. Lo primero que hizo fue darle una palmada en la mano, luego, con esa voz suave que solía utilizar en determinados momentos, le dijo:

—¡Luchamos más de diez días por salvarle la vida, Irene! Espero que sepa apreciar nuestra labor así como nosotros hemos admirado su resistencia y su confesión.

—¿Mi confesión? —inquirió asombrada.

—Eso mismo he dicho.

—¿Yo me he confesado? —repitió intrigada.

El doctor la miró con infinita ternura y esperó los estragos causados con su terapia hablada, pues quería, antes que nada, motivarla para que confesara “su” verdad. Ése era el método que dominaba el maestro en forma asombrosa.

—Usted me ha dicho que desea de todo corazón servir a Dios. Le he escuchado llorar amargamente maldiciendo su vida y la del hombre que inocente o tontamente le enseñó a beber; espero que me explique mejor sus problemas para que en esa forma pueda ayudarle a que ingrese a una Casa de Dios, como tantas veces me lo ha repetido.

Irene quedó petrificada; por unos instantes sus ojos enmarcaron muecas de asombro y duda: ¡estaba sorprendida!

—¿He dicho que quería ser religiosa? —inquirió.

—Así es —respondió mi maestro—; y si me platicas cuáles son los pasos que debemos seguir, te prometo absoluta e incondicional ayuda.

—¿Dónde está mi marido?

—¡Se suicidó! —respondió el doctor Goprez sin ambages; quería, con toda seguridad, impactarla.

—¿Se mató? —preguntó sin sorprenderse.

—¡Sí! Hace cinco días lo sepultamos. Era un caso perdido, por más que tratamos de hacerlo desistir, no lo conseguimos. Dijo

que su paso por la vida no tenía ningún aliciente; él no pensó como tú y se negó rotundamente a regenerarse. Me recomendó encarecidamente que te ayudara a que abrazaras la carrera de religiosa, pues solamente así se consideraría perdonado de todo el mal que te hizo; dijo que serías una excelente monja. Él se sintió un estorbo para que ejercieras ese apostolado. Tal vez por eso prefirió desaparecer. Irene —prosiguió mi maestro con tono paternal—, ha llegado el momento decisivo de tu vida. Me has hablado en tu delirio de un Dios poderoso que te está pidiendo que emprendas el camino de la bondad y la caridad. Estoy seguro de que tu organismo, antes acostumbrado al alcohol, ha eliminado durante el tiempo que has permanecido internada todo vestigio de esa maldita sustancia; pero con ello ha llegado el día más importante en tu vida: ¡decidírtelo!... ¿qué opinas?

La chica estaba anonadada; sobre sus mejillas rodaban las lágrimas que le había causado el fallecimiento de su esposo.

—Estoy confundida, doctor —contestó—. La noticia me ha impresionado. Él y yo juramos morir el mismo día; quizá pensó que no me salvaría y tomó la decisión de adelantarse. Creo que será mejor que yo muera, mi vida no interesa a nadie... ¡no quiero seguir causando lástima!

Mi maestro pareció no darle mucha importancia a la respuesta.

—El camino que siempre has deseado —dijo—, ya sea consciente o inconscientemente, es el religioso, Irene, en tu prolongado delirio no hacías más que hablar de Dios y su misericordia; por cierto, a veces rezabas con mucha devoción... ¿por qué?

Irene continuaba llorando.

—Siempre he querido servir a Dios.

—¿Y por qué no lo haces?

—No he tenido la fuerza necesaria para retirarme del vicio; mi esposo no me ayudaba.

—¿Y ahora qué pretexto puedes tener?

—¡Me siento débil!... primero tendría que curarme; luego, tal vez lo intentaría.

El doctor se acercó a Irene.

—Tú ya estás curada. Tienes doce días de no tomar una sola copa de licor. Tu organismo ha eliminado las toxinas; ahora falta que decidas empezar una nueva vida; recuerda que el camino más hermoso es el que nos lleva a Dios. He hablado con la Madre Superiora del Convento de las Carmelitas, y me ha dicho que te necesita; sólo falta que tú quieras... ¿qué dices?

Una terapia tan íntimamente ligada al convencimiento y a las buenas costumbres siempre resulta positiva: Irene ingresó a una Casa de Dios para dedicar el resto de su existencia a reformar su conducta y a servir a la humanidad. Ella está internada en un sitio donde encontró lo que buscaba durante tantos años. He sabido que es feliz por haber cambiado de ¡hábitos! A mi manera de pensar, colegas, éste ha sido el drama que más conmovió al doctor Dionisio Goprez; espero que les haya causado el mismo efecto que a él.

* * *

Los Apóstoles reunidos en torno al féretro del doctor Luis Donde prorrumpieron en un sonoro aplauso; cabe señalar que en esos momentos entró una señora que se quedó petrificada al observar este cuadro tan singular; el doctor Erasmo Vidal se dio cuenta del detalle y con esa sutileza que tenía al hablar, se acercó a ella y le dijo:

—No se espante ni se admire, estimada dama, simplemente estamos “conviviendo” con nuestro difunto colega esta Jornada Médica Póstuma; los aplausos y risas son ajenas al dolor que nos ha causado su partida; esas demostraciones simplemente coinciden con los mejores momentos que hemos pasado con él, o en el ejercicio de nuestra profesión médica. Solamente he venido a darle una explicación para que no piense que somos demonios o que estamos realizando una ¡misa negra!

La señora, aún sorprendida, no hizo ningún comentario; simplemente dijo: “con permiso”, y se perdió en las sombras de la noche.

Resuelto este incidente, el doctor Erasmo volvió a su sitio, no sin antes felicitar al discípulo de Dionisio.

—¡Realmente nos has hecho pasar instantes inolvidables, mi querido Víctor!... creo que has relatado los momentos clave como el mismo Dionisio lo hubiera hecho; pero ya son las tres de la mañana y debemos darnos prisa, por lo que suplico al doctor Adán Calzada que inicie su experiencia.

El cirujano general

Con esa elegancia personal, Adán Calzada se levantó de su silla y saludó al grupo con una angelical sonrisa; así era desde joven el agudo e ingenioso Apóstol; luego, con la misma majestuosidad, se volvió a sentar:

—La muerte del amigo, hermano y Apóstol Luis Dondé, quién lo iba a decir, ha servido para que nuevamente nos volvamos a reunir; esto significa que desde hace más de veinte años es solamente la segunda vez que lo hacemos... y esto, mis queridos colegas, no solamente es triste, sino vergonzoso; pero no voy a discutir lo pasado, ya que el senador me ha pedido que toque otros temas. La vida del médico está plagada de anécdotas, puntadas y novelas de todo tipo. A mí me han sucedido cosas que cuando las recuerdo producen el mismo efecto que cuando las viví; ahora, por ejemplo, recuerdo aquel año de la Olimpiada en México, cuando todo el mundo tenía puestos los ojos en nuestro país, políticamente agitado; esa época fue terrible por los muertos y asesinatos que hubo en Tlatelolco, pero yo la recuerdo porque un ve-

cino me amenazó e incluso me sacó la pistola. El asunto empezó por una tontería y creció por la misma razón como se originan las guerras.

El caso es que, para decir las cosas por orden cronológico, una tarde, al llegar a comer a casa, no encontré estacionamiento adecuado por estar la calle llena de automóviles, tal vez por una fiesta; incluso, en la entrada de mi hogar, estaba un automóvil estacionado. Yo soy pacífico y no me agrada discutir, así que, lejos de indagar la paternidad de ese coche, se me hizo fácil poner el mío exactamente frente a la entrada de vehículos de la casa contigua, pensando que solamente estaría el tiempo suficiente para comer y que no ocasionaría problemas. Bajé del coche y me introduje a mi hogar. Recuerdo que estaba tomando mi café cuando intempestivamente golpearon la puerta de la casa; no sé, pero imaginé de inmediato que se trataba del vecino.

—¿Quién será? —inquirió mi mujer.

—¡Lo ignoro! —respondí—; pero ten la seguridad de que tiene mucha prisa.

No tardó la sirvienta en avisarme que el vecino quería hablar conmigo.

—Cuídate de ese tipo —advirtió mi mujer—. Es un majadero que siempre lo veo maltratando a su mujer y a sus hijos.

—No tengas cuidado —contesté, levantándome de la silla.

Cuando salí a la calle me encontré con un señor fornido, de unos cincuenta años, bien vestido, con anteojos y en una actitud petulante y retadora.

—¿Es de usted ese coche que está frente a mi casa? —preguntó altanero.

—Perdóneme —le dije—, pero no encontré sitio para estacionarme, ya que alguien invadió mi lugar, y pensando que no me tardaría, imprudentemente lo estacioné. No se preocupe, en este momento lo quito.

—No sé cómo existe gente irresponsable como usted —dijo agresivo y majadero— que no piensan en el daño que ocasionan

con la estupidez de dejar sus automóviles en la entrada de los garajes. Creo que desconocen las normas viales.

Soy paciente, ustedes me conocen, queridos Apóstoles, pero hay veces que las ofensas descontrolan a la decencia; todavía, con el fin de evitar discusiones, le dije:

—He pedido disculpas en forma decente y como corresponde a buenos vecinos; así que le suplico mida sus palabras y me responda con la misma cortesía con la que estoy tratándolo.

—¿Me está retando? —contestó frunciendo el ceño y cerrando los puños.

—Todo lo contrario —insistí sin salir de mis cabales—; le estoy invitando a que resolvamos este incidente como gentes bien nacidas y educadas.

—¡Es usted un imbécil! —atacó iracundo.

Todo tiene su límite, mis amigos, y a quien se atreve a sobrepasarse puede costarle caro. Si en mis días juveniles me la quebré con quienes me ofendían, no vi la razón para que este tipo fuera la excepción. En el momento en que me dijo imbécil, detuve mi camino y regresé a donde estaba el fulano; todavía hice un último intento de arreglar las cosas por la vía de la decencia.

—Está usted nervioso y ofensivo, señor. Le he pedido disculpas varias veces; pero por lo visto usted no entiende razones. Ahora le pregunto —y me puse frente a él— ¿cómo quiere que resolvamos este problema?... ¡estoy a sus órdenes!

El fulano, a pesar de lo grandote y fornido, sintió temor ante mis palabras, porque retrocedió un poco.

—No trate de golpearme —me dijo—. Yo estoy reclamando una cosa justa, pues usted, estúpidamente, puso su coche a la salida del mío... ¡y lo que es más, en mi propia casa!

—Eso no justifica sus insultos —respondí alzando la voz y cerrando los puños, porque ya me había calentado la cabeza.

—¡No lo estoy insultando! —contestó nada más por hablar.

Fue aquí cuando su esposa salió y se acercó hacia nosotros.

—¿Qué sucede? —preguntó amablemente.

—¡Este imbécil —volvió a gritar el fulano— puso su coche precisamente donde dice: “No estacionarse; salida de coche”!

Era imposible seguir alegando en forma decente; el tipo estaba intolerable.

—¿Cómo quiere resolver este incidente? —repetí amenazador.

Pero no contaba con que el fulano viniera armado, y menos que sacara su arma.

—¡Mucho cuidado! —me dijo blandiendo su pistola.

Yo me quedé quieto. Nunca he tenido miedo; pero esa vez sí lo tuve. Por mi mente pasaron una cadena interminable de escenas, vi a mis hijos llorando mi muerte; a mi pobre madre maldiciendo a ese desgraciado; y a mi mujer abrazándome en el suelo mientras yo sangraba profusamente. Vi todo eso, y por tanto no avancé, me quedé donde estaba. La esposa del fulano, viendo que las cosas se estaban complicando, se acercó a su marido y le gritó en tono autoritario.

—¡No te comprometas a lo idiota!... No vale la pena que te conviertas en asesino. Ten en cuenta que ese hombre está desarmado y tú lo has estado agrediendo con palabras ofensivas. Mete la pistola y arreglen las diferencias como gente educada, no como locos estúpidos.

Y la esposa se interpuso entre los dos. El fulano, al ver el alcance de su tontería, bajo el arma y la volvió a enfundar; luego, sin decir palabras, se metió a su casa; entonces yo, todavía atemorizado, moví el automóvil del sitio prohibido y lo metí a la casa. Mi mujer estaba pálida, al igual que mis dos pequeños hijos. Ninguno quiso hacer comentarios. Yo me refugié en la biblioteca tratando de leer un libro o de distraerme; fue inútil, a todos momentos se me iluminaba la mente con el rostro del frustrado asesino. Varios días estuve bajo la terrible presión de verme asesinado por un maniático. Al paso de los meses todo se fue olvidando, eso es debido al cerebro trabajador que constantemente cambia de ideas y emociones, pero almacena los recuerdos malos. Mi mujer nun-

ca trató de revolver esas cenizas tan tristes. Pero siempre en la vida hay un momento especial para tomar desquite o arrepentirse; al menos así lo he creído. Sucede que una noche lluviosa de septiembre estaba de guardia en el sanatorio *Pater Noster* cuando se me ordenó presentarme urgentemente a la sala de operaciones a intervenir un herido que había sufrido tremendo accidente automovilístico. Una varilla le había penetrado al tórax derecho y le había ocasionado serios destrozos al pulmón, obligándolo a expulsar sangre por la boca. Esa operación duró más de tres horas, hubo necesidad de extirpar una porción bastante extensa de pulmón, ya que prácticamente lo había pulverizado. Todo terminó bien y el enfermo se salvó de morir; todavía recuerdo que al salir de la sala de operaciones le di una palmada a su mujer y le dije:

—¡Se salvó de morir!

Esa noche el doctor Ornelas, mi ayudante, me tuvo al tanto de la evolución del enfermo; es fácil entender en los cirujanos la extraña sensación de satisfacción que experimentamos cuando estamos conscientes de haber salvado de las garras de la muerte a un paciente; y eso era precisamente lo que me estaba sucediendo. Al día siguiente fui al sanatorio y me dio mucho gusto encontrar al enfermo sentado y respirando con cierta dificultad, pero dentro de los límites de acuerdo a lo esperado. Después de examinarlo le di una palmada en la mano y le dije:

—¡Qué susto nos dio!... pero ya ve usted, ya se está recuperando del brutal accidente.

El enfermo bajó la vista y solamente respondió:

—¡Gracias, doctor!

Al salir noté que los familiares estaban un poco confundidos con mi presencia; incluso la esposa me esquivaba, pero como estoy acostumbrado a tratar toda clase de caracteres, no me importó. Al tercer día de la intervención, la señora me preguntó:

—¿Cómo lo ve, doctor?

—Muy bien —respondí—, en dos días más le quitaremos esa “tripita” que le cuelga del sitio operado y que es una canalización.

Su esposo se ha salvado milagrosamente; tan pronto pueda caminar, llévelo a una iglesia a dar gracias a Dios; pues, insisto, fue un milagro que se salvara; tenía mucha sangre en la zona de la herida; lo bueno es que el tipo es fuerte y eso le sirvió mucho.

La esposa me dio las gracias, pero siempre esquivándome la mirada; no sé por qué, pero se me hizo conocida. Cuando llegó el último día de su permanencia en el sanatorio, la enfermera me llevó el expediente para que lo diera de alta.

—¿Alguna novedad? —pregunté por rutina.

—No, doctor, todo está en orden.

Volteando a ver a los familiares, dije:

—Lo han oído, su enfermo se ha recuperado divinamente y hoy sale a su casita; espero que lo cuiden mucho y no lo hagan enojar, porque se puede complicar su convalecencia.

—No sabe cuánto agradecemos las finezas que ha tenido con nosotros, doctor Calzada —me dijo la esposa viéndome por fin fijamente.

—¡Cuídenlo! —repetí dirigiéndome al enfermo.

—¿Alguna recomendación? —preguntó su esposa.

—Que no fume, eso es todo.

Ya me iba a retirar, cuando el enfermo se me quedó viendo y me preguntó:

—¿No se acuerda de mí?

Soy mal fisonomista, amigos, por lo que por más esfuerzos que hice en reconocerlo... ¡no lo logré!

—No se ofenda —respondí—, pero con mucha facilidad se me olvidan los rostros.

—Doctor —dijo emocionado—, usted no me reconoce, pero yo sí... usted es mi vecino, el hombre que un día puso su coche frente a mi casa y yo, estúpidamente, lo amenacé con quitarle la vida.

Me quedé mudo.

—Y mire lo que es el destino —siguió diciendo—: el hombre al que iba a quitarle la vida... ¡es quien salva la mía! Creame que

ésta ha sido la lección más hermosa que he recibido y que jamás olvidaré. No hay necesidad de que exprese mi más profundo arrepentimiento y, a la vez, agradecimiento. No hay palabras para manifestarle lo que siento en mi corazón.

Un nudo se me hizo en la garganta y quedé paralizado; jamás concebí una venganza de esta naturaleza; pero Dios es grande, insisto, y nos conduce por caminos extraños. Esta anécdota la guardo como patrimonio exclusivo de la ira y la violencia; pues considero, con toda honestidad, que también fui culpable aquel día. Ahora, con la venia de ustedes, abordaré el instante más dramático que he vivido en mi profesión. Sabemos que cada médico puede hacer una novela de sus pacientes, pues en ellos existen ingredientes para hacernos meditar, reír y llorar. Pero para que mi tema sea bien comprendido, debo salirme del sistema que se ha generalizado para comentar los casos, y lo iniciaré cuando Hilario, un conocido mío, fue a mi consultorio a que lo curara de una herida que se había hecho con un gato hidráulico al estar componiendo un automóvil.

—Quiero pedirle un consejo, mi doc —me dijo.

—¿Qué pasa?... Te advierto que si se trata de mecánica, ni me lo pidas: ¡desconozco ese oficio!

—No, mi doc, quiero que me diga qué debo hacer para firmar las paces con mi vieja... está muy disgustada.

—¿Qué le hiciste?

—Ella fue la que me hizo.

—¿Qué te hizo?

—¡Me golpeó en la cara!

—Algo le habrás hecho.

—La verdad... sí; pero no era para tanto.

—Mira, Hilario, si quieres ayuda, debes contarme todo, pues si voy a sacarte las cosas con tirabuzón, mejor no me consultes.

—Doc, usted sabe que mi debilidad son las muchachas; y ésa fue mi perdición. Sucede que me hice novio de la secretaria de mi jefe; yo no le confesé que era casado y tenía dos hijos, por lo

que no tuve problemas. Rita y yo, así se llama mi novia, empezamos a salir sin conflictos de ninguna naturaleza, pero usted sabe, mi doc, que no faltan chismosos, y alguien le contó a Chepina, mi esposa, que yo andaba de mujeriego; ella es muy abusada y no chistó cuando lo supo, pero sin darme cuenta empezó a vigilarme de noche y día; yo, inocente, seguí saliendo con Rita sin sospechar la estrecha espiada a que estaba sometido. Y sucedió lo que tenía que suceder, doc, que cuando más acaramelados estábamos en un café... ¡llegó mi Chepina más brava que un toro de lidia!

—¿Y qué pasó? —pregunté interesado.

—¡La muerte, doc! Lo primero que hizo fue cachetear a diestra y siniestra a Rita: “Hija de tu chingada madre —le decía cada vez que levantaba la mano para golpearla—, te voy a enseñar a respetar a las mujeres casadas”, y nuevamente dejaba caer su puño con más fuerza. Estaba endemoniada, porque no soltaba su presa. La pobre de Rita nada más se tapaba la cara, pues ella no es de pleito. Cuando salí de mi asombro, agarré a mi vieja y le dije: “¡Déjala, Chepis, déjala, ella no tiene la culpa; no sabía que estaba casado, el desgraciado soy yo”. Esto lo hice, doc, con la esperanza de que la dejara en paz, pues a mí nunca me había levantado la mano y estaba seguro que tampoco lo haría. ¡Pero qué equivocado estaba!, Chepina no hizo más que escucharme, y se dejó venir como fiera herida contra mi persona. Al principio pensé que solamente me arañaría e insultaría, pero no, Chepina empezó a patearme con una furia tremenda, parecía una máquina de repartir golpes, doc, porque no solamente me pateó las espinillas, sino también me cacheteó y pegó con el puño cerrado. Le juro que me dio miedo; ahora entiendo por que uno es capaz de matar. No sé cuánto tiempo pasó mi vieja golpeándome, pero sí me acuerdo de que cada puñetazo lo acompañaba con una serenata de leperadas: “Por eso no te alcanza el dinero, cabrón, porque te lo gastas con estas desgraciadas; pero de hoy en adelante te voy a vigilar... y si te vuelvo a encontrar acompañado... ¡los mato!” Hasta que por fin, se fue. Cuando me quedé con Rita, la pobre estaba irreconoci-

ble, su cara la tenía hinchada y sus brazos arañados, solamente decía: “Tú no me dijiste que eras casado, por eso me golpearon... no quiero verte nunca más en mi vida... ¡lárgate!” Todavía la fui a dejar a su casa, prometiéndole no volver a molestarla.

—¡Brava tu mujer!... ¿no?

—Brava es poco, doc, yo diría que parecía un can rabioso; pero tenía razón.

—¿Y qué has pensado hacer...?

—No sé; sólo espero que se me quite la rabia que tengo contra ella.

—¿Y no te has puesto a pensar que una mujer herida es peor que una fiera, máxime si comprueba la traición?

—De acuerdo, doc, pero se me hace que se le pasó la mano.

—Estás equivocado, Hilario, la ley señala claramente que si un cónyuge sorprende al otro *in fraganti*, hasta un balazo le puede dar ¡y la ley lo protege!

—¿Pudo haberme matado?

—¡Por supuesto!

—¿Y no le hubieran hecho nada?

—¡Nada!

—Entonces fue “benévola” Chepina.

—Así es —le respondí con ganas de soltar la carcajada.

—Mire lo que son las cosas, doc, yo estaba encorajinado contra ella; pero ahora que usted dice que “me perdonó” la vida, pues hasta la muina se me quitó.

—Chepina tenía razón, Hilario, tú te estabas burlando de ella al cortejar a Rita.

—Es verdad.

—Y si quieres un consejo, debes firmar las paces con ella. Pídele perdón y... ¡asunto concluido! Ella merece respeto y consideraciones; no maldades y traiciones.

—Muy cierto, doc.

—Regresa a tu casa y resuelve el problema en forma inteligente.

Después de esta plática, Hilario salió decidido a firmar las paces con su mujer; pero para no interrumpir el orden cronológico de los acontecimientos, relataré lo que sucedió, y que posteriormente me lo confesó el propio mecánico, cuando llegó a su casa y tocó la puerta a Chepina.

—¿A qué vienes, hijo de perra? —le dijo ella a manera de recibimiento.

—A que me perdones —le respondió él con tono suplicante.

Pero su mujer estaba furiosa y no tenía el más mínimo deseo de pactar.

—¿Por qué no te largas con tu concubina? —atacó altanera.

Desgraciadamente Hilario es débil para resistir ofensas, y no soportó la andanada de leperadas que le estaban lanzando.

—¡No ofendas, porque me voy a encrespar y no respondo! —le dijo, penetrando a su casa.

—Ignoro a qué vienes, desgraciado, pues tu lugar está en la calle. Ésta es una casa honrada... ¿o ya te dejó tu “novia”?

—Te estás sobrepasando —gritó enfurecido.

—¡Chinga tu madre! —atacó ella en una crisis nerviosa. Hilario tembló de pies a cabeza; la sangre se le subió al cerebro y sus manos empezaron a convulsionarse.

—¡Me estás cansando! —dijo avanzando hacia ella.

—¡Lárgate! —respondió ella, señalando con su índice la puerta.

—Mira, Chepina, he venido a pedirte perdón y a suplicarte que volvamos a vivir como antes... ¡tranquilos!

—¿Y qué quieres que hablemos después de lo que he visto? ¿quieres que te felicite y te dé un abrazo de bienvenida?... ¡Al carajo!

—Mide tus palabras!

—No tengo que medir nada... ¡tú te encargaste de destruir todo!... ¿o acaso jugabas al novio con esa prostituta?

Hilario explotó:

—¡Cállate, o te rompo la madre!

Chepina retrocedió ante la amenaza.

—¡No me asustas! —respondió en plena retirada hacia la cocina.

—No estoy tratando de espantarte, sino de hacerte entender las cosas...

—¿Acaso piensas que no entendí?

—¡Cállate y déjame hablar!

Pero a Chepina ese día nadie la convencía; aún estaba bajo el efecto del coraje, de los celos y la decepción. Sus heridas morales sangraban profusamente.

—No quiero callarme; tú no eres nadie para imponer tu voluntad; ¡ya te conocí tal como eres!

—¡Cállate! —insistió Hilario.

—¡No me callo!

—Si continúas hablando... ¡te voy a silenciar a golpes!

No lo hubiera dicho, porque Chepina, rápida como un gamo, se apoderó de un cuchillo y se paró amenazadoramente ante él.

—Si me pones la mano en cualquier parte de mi ser... ¡te hundo el cuchillo!

Hilario estaba enojado; Chepina seguía enfurecida. Todo estaba listo para la violencia, porque el destino así lo había dispuesto: Hilario a punto de golpear a su mujer, y ésta decidida a hundirle el cuchillo.

—¡No tienes las agallas para matarme! —dijo Hilario acercándose a ella.

—No lo hagas, Hilario, porque no respondo. Me has herido y no estás conforme. Te advierto que si me tocas un pelo... ¡te clavo el cuchillo!

Qué difícil es sostener un criterio en estas condiciones. Los ánimos estaban caldeados. Los cónyuges no querían ceder un ápice en sus exigencias; sólo faltaba que uno de los dos se decidiera para que el drama surgiera. Y el mecánico se decidió.

—¡No me asustas! —le dijo mientras levantaba su brazo para asestarle una cachetada.

—¡Te lo advertí! —respondió ella y le hundió el cuchillo en el pecho.

Tan pronto vio brotar sangre de la herida, Chepina se espantó y empezó a llorar y a gritar. Hilario ya no avanzó, se quedó tambaleándose en medio de la cocina.

—¡Que Dios te perdone! —dijo con dificultad.

—¡Hilario!... ¡Hilario! —seguía gritando desesperada.

—¡Llévame con el médico! —suplicó el mecánico y cayó pesadamente al suelo.

La pobre mujer llamó a la patrulla que en esos momentos pasaba y me lo llevó al sanatorio, pues yo era su médico de cabecera.

—Sálveme, doc, me estoy sintiendo muy mal... me caí y me clavé estúpidamente el cuchillo en mi pecho... sálveme —me dijo el pobre hombre con los ojos llenos de lágrimas.

Chepina estaba más pálida que el mismo enfermo; no hablaba, simplemente observaba todo lo que a su alrededor sucedía.

—¿Qué pasó? —le pregunté mientras exploraba el cuchillo enterrado a la altura del quinto espacio intercostal izquierdo.

—¡Un accidente! —repitió Hilario viendo a su mujer.

—Hay que operarlo de emergencia —dije sin comentarios.

Es rutinario en estos casos dar parte a las autoridades, ya que se trata de accidentes que deben ser investigados, pues ponen en peligro la vida del enfermo. Es importante resaltar la tendencia de Hilario para exculpar a su mujer, tal vez por remordimientos por su conducta o por estar cerca de la muerte; lo cierto era que había perdonado a Chepina, como lo demuestra el hecho de decirle:

—No te preocupes, mi Chepis, todo saldrá bien y verás cómo volveremos a ser felices; yo te pido que perdones mis faltas. Si algo sucede, no temas, yo de antemano ya te perdoné las faltas que pudiste haber cometido conmigo.

Y Chepina, llorosa y nerviosa, se acercó a darle un beso en la frente.

—Es hora de llevarlo a la sala de operaciones —dijeron dos enfermeras.

En un instante, como pasa en sanatorios de emergencias, todo estuvo listo. Alcázar y Rodríguez me ayudaron, mientras Ortega, cardiólogo de mucha experiencia, me auxiliaría en caso necesario. Abrí por tórax y seguí la herida, sin extraer el cuchillo, para llegar hasta ¡el corazón! que lo había perforado por el ventrículo izquierdo; es decir, la punta estaba enterrada en plena cavidad. Es importante para el cirujano, como ustedes saben, rastrear el camino que ha hecho cualquier tipo de arma punzocortante, pues con sólo suturar los daños y ligar los vasos, el problema se resuelve. Era dramático ver la punta del cuchillo en el ventrículo del corazón latiendo; algo increíble. Mis ayudantes prepararon el material de sutura, y cuando estuvo listo el aspirador y empezamos a limpiar la zona sangrante, saqué el artefacto criminal y de inmediato introduje mi dedo en la herida para no permitir que la sangre saliera a presión. Poco a poco, y con cuidado, fui suturando el ventrículo con puntos en cruz hasta que la sangre dejó de salir. La intervención fue un triunfo, porque cuando una víscera de la importancia del corazón ha sido dañada el pronóstico se oscurece. Gracias a Dios todo salió a las mil maravillas y el paciente fue recuperándose hasta llegar a alcanzar las cifras normales en presión y pulso. La convalecencia no arrojó ninguna complicación y el enfermo salió a los ocho días. El epílogo fue como en las películas de suspenso: Hilario perdonó a su mujer; mientras ella también lo perdonaba de la “otra puñalada”. Ahora viven felices y el pasado ha quedado sepultado para siempre; estoy seguro de que Hilario ya no piensa en traiciones ni Chepina en puñaladas. La policía creyó en todo momento que se había tratado de un accidente. Éste es, mis queridos colegas, el minuto más dramático que he vivido en mi larga carrera de cirujano. Gracias.

* * *

Muchos aplausos recibió el doctor Adán Calzada al terminar su relato. El doctor Erasmo Vidal se levantó y felicitó a su colega; luego, con voz pausada, dijo:

—¡Bonita historia de amor, odio y ciencia! Sólo faltó la intriga para presentarla en televisión o cine. Has relatado, mi querido Adán, un auténtico *best seller*; nada difícil sería que algún buscador de argumentos de telenovelas te contratara en exclusiva; pero independientemente de la dosis de amor y odio que le pusiste al relato, es digna de alabar la conducta del marido, ya que reconoció su infidelidad y sacrificó la verdad para salvar a su esposa, moralmente herida, del encarcelamiento por intento de asesinato. Hilario respondió con esa gallardía que suelen tener quienes reconocen sus faltas; ahora, respecto a la operación, permíteme felicitarte, ya que los escasos instrumentos y aparatos especiales hicieron que la intervención tuviera características increíbles, tal y como se maneja la cirugía en muchas partes de nuestra querida patria. Bueno, hemos extendido la conversación y faltamos cinco médicos por relatar nuestros casos, por lo que pido al doctor José Nuncio, otorrinolaringólogo, que prosiga la procesión y nos dirija el mensaje póstumo al Apóstol en este día de su eterna despedida.

El otorrinolaringólogo

El doctor José Nuncio se quedó viendo con respeto y nostalgia el catafalco; sabía que un pedazo de su vida estaba con el doctor Luis Dondé; también comprendió que el desfile de los Apóstoles al “valle de los cipreses” se había iniciado con la partida de Arnulfo Lagos y de Dionisio Goprez; por eso la reunión en torno al cadáver del amigo se hacía más imponente y solemne. Así estuvo un rato, con la cabeza inclinada y un torrente de ideas en su cerebro; luego, con voz afable y llena de añoranzas dijo:

—He recorrido países y sitios misteriosos en el mundo entero; pasé cinco años en la Unión Americana estudiando mi especialidad; pero, lo reconozco con orgullo, en ninguno ha existido un grupo tan especial como el nuestro; no creo que doce médicos, a pesar de los periodos tan largos que hemos estado separados, se hayan comprendido tanto para hacer las locuras que hemos hecho: ¡primero nos reunimos en una vieja cantina a brindar por nuestros triunfos y a jurar volvernos a reunir al cabo de veinte años!... ¡luego, allá en Acapulco, nos juntamos para cumplir la

promesa y relatar con visible espanto nuestros errores!... y ahora, cuando asistimos agobiados al velorio de Luis, ¡como justo homenaje le relatamos los momentos más dramáticos de nuestra vida profesional y como “botana” una anécdota de nosotros mismos!... Si no estamos locos, mis colegas, poco falta para que entremos a un manicomio; y no sería extraño que, ahí encerrados, Erasmo se levantara y con estridente carcajada nos dijera: “Propongo que cada uno de nosotros, desde su jaula de locos furiosos, relate cuál ha sido la locura más grande que ha cometido en su existencia médica”; pero sea como fuere, mis hermanos, la misión es hermosa y hay que cumplirla, por lo que iniciaré una anécdota que me parece extraordinaria, ya que refleja el carácter especial de nuestra raza y el concepto que tiene de la justicia. Hace años, en la época de mi internado en la Cruz Verde, llegó un joven de 24 años de edad, que por el acento deduje que era costeño:

—¡Soy del merito Guerrero... de su sierra! —me dijo entre broma y broma.

—¿Y qué te pasa? —le pregunté al notar que su brazo derecho no lo podía mover con facilidad.

—Pues lo que ve... ¡me fregaron mi brazo!

—¿Te caíste?

—¡Me lastimaron!

—¿Cómo?

—Vera usted, doctor, hay una familia que siempre ha estado en pugna con la mía, de esto ya tiene años; pero de vez en cuando se recrudecen los odios y vuelven las matanzas y venganzas. Ellos se apellidan Ramírez y nosotros Pavón; desgraciadamente, jamás ha existido comprensión, ni la deseamos.

—Son frecuentes esos odios en los lugares retirados de las ciudades; y generalmente son por tierras... ¿no es así? —pregunté.

—Exacto. Pues bien, un día hubo una fiesta en el pueblo, en una rancharía, y ahí nos encontramos los Ramírez y yo. Al principio no hubo bronca, porque estábamos en nuestros juicios, pero sucedió que tanto a Elías, así se llama uno de ellos, como a mí nos

gustó la misma chava; no es presunción, doctor, pero a mí me prefirió. Nos pusimos a bailar y en varias ocasiones se acercó Elías a tratar de quitármela, y al ver que no le hacía caso... ¡le dio un jalón!; eso me pareció una grosería y lo golpeé. Se hizo el jaleo y salieron a relucir las pistolas; mas el dueño de la casa nos suplicó que desistiéramos de las rencillas y nos portáramos como caballeros. Aparentemente la cosa se calmó y esa noche no sucedió ningún desaguisado; sin embargo, tres días después, y en un paraje solitario, me salió Elías con dos amigos suyos a darme una brutal paliza, y todavía, no conforme, el desgraciado sacó su pistola y me disparó tres balazos que me hicieron revolcarme de dolor; tal vez pensando que me había matado, se trepó a su caballo y huyeron en estampida.

—¡Qué salvajes! —comenté.

—Tirado y sangrando me encontraron unos vecinos y me trasladaron a un centro de urgencias que está cerca del pueblo; ahí el doctor me curó, pero con esas curaciones que hacen en los sitios donde se carece de medios suficientes para trabajar bien; sin embargo, el médico hizo lo que estuvo a su alcance, ya que la bala, porque solamente una dio en el blanco, astilló el hueso y rompió tendones. A los veinte días me dio de alta... ¡pero no puedo mover los dedos de la mano... parece que están engarrotados!

Tan pronto terminó su relato inspeccioné el sitio donde la bala había penetrado y me percaté de que el orificio lo tenía en la parte media y anterior del antebrazo, es decir, supuse que la lesión era en los músculos flexores.

—¿Cómo la ve? —me preguntó alarmado.

—Hace falta sacar unas radiografías.

—Las que usted necesite, doctor, pero cúreme.

En unos cuantos minutos saqué las placas y me di cuenta de que efectivamente no había lesión grave en el hueso, sino superficial y en los tendones de los músculos flexores, por eso no había movimientos en los dedos. Quiero señalar que el brazo lo movía perfectamente, al igual que el antebrazo y la muñeca; el problema

estaba en la zona del balazo; también corroboré que no existía infección.

—¿En que consistieron las curaciones que te hicieron en el pueblo? —le pregunté.

—Me limpiaba con suero la herida y me inyectaba antibióticos. Al ver que la cicatriz estaba bien, me recomendó venir a México, ya que él carecía de instrumental adecuado para operarme.

—Bien —contesté—, él hizo un magnífico trabajo no permitiendo que se infectara la herida; pero ahora viene la parte interesante: operarte para ¡tratar de que vuelvas a mover esos dedos!

—Se lo agradeceré de todo corazón, doctor.

La operación fue de lo más difícil que puedan imaginarse, pues aún no tenía la práctica ni la experiencia requerida. Sabemos que esos centros de urgencias de índole gratuita nos sirven para perfeccionar nuestras técnicas, incluso aprendemos a improvisar, ya que suelen carecer de lo indispensable. A pesar de todo, logré ejecutar una estupenda operación y el muchacho recuperó en un noventa por ciento los movimientos de sus dedos. Cuando terminé, el chavo estaba feliz al ver que sus dedos se movían.

—¡Con estos movimientos me ha dado usted la más grande alegría del mundo, doctor! —me dijo.

—Necesitas rehabilitarte —le respondí—, porque la fuerza la irás adquiriendo poco a poco; tienes que hacer una serie de ejercicios que yo personalmente te pondré.

—¿Puedo regresar a mi pueblo? —me preguntó con cierto aire de victoria.

—¡Claro! —respondí— ¿pero por qué tanta prisa?

—Doctor, usted sabe que soy pobre, pero tengo muchos deseos de regalarle una cosita que le va a gustar mucho.

—¿Qué piensas regalarme?

—Es una sorpresa.

Seis días después lo di de alta. Sus dedos los movía mejor de lo que yo había pronosticado, por lo que se fue a su pueblo después de aprender sus ejercicios y prometerme regresar al cabo de

tres meses. El tiempo pasó y mi cliente cumplió su palabra, justo a los noventa días regresó con un bultito debajo del brazo.

—¡He venido a cumplir mi promesa, doctor! —me dijo tan pronto me vio.

—¿Cómo has estado? —le pregunté con gusto, pues vi que sus dedos los movía con bastante agilidad.

—Muy bien, doctor, muy bien. Seguí al pie sus consejos y mis dedos lentamente fueron adquiriendo los movimientos necesarios como para sostener una pistola y jalar el gatillo.

—¿Y por qué el gatillo? —inquirí asombrado por su filosofía.

—Porque justamente es lo que deseaba hacer con mis dedos, jalar el gatillo de una pistola; y no solamente logré hacerlo, sino también el de una carabina, que es más duro.

—¿Te gustan las armas?

—Tan me gustan que precisamente he escogido un revólver para obsequiárselo; es el regalo que desde el primer momento me pareció apropiado para usted.

Me quedé sorprendido al ver cómo el guerrerense desenvolvía su paliacate para dar salida a una preciosa pistola negra.

—¿Y cómo sabías que me gustaban las armas? —pregunté intrigado.

—A todos nos gustan, doctor, aunque impongan miedo y respeto.

—Es verdad —respondí mientras tomaba el revólver y lo examinaba cuidadosamente.

—¿Verdad que está muy bonita?

—¡Preciosa!

—¿Y no le nota nada raro?

—Pues solamente que tiene unas pequeñas muescas muy bien marcadas.

—Sí, doctor, esas rayitas yo se las hice... ¿se fija que son tres?

—Efectivamente —respondí al contarlas.

—¿Y no me pregunta por qué las marqué?

—Me imagino que es tu firma, o algo parecido, pero...

—Las tres rayas equivalen a que la pistola ha sido disparada otras tantas veces.

—Qué bien —contesté ingenuamente.

—Y esos tres disparos —continuó el guerrerense— corresponden a los tres tipos que me hicieron la emboscada y dejaron tirado en el paraje creyendo que estaba muerto: Elías y sus dos amigos ya no son problemas; pero eso no importa, doctor, yo solamente le he traído el trofeo, porque usted me curó.

El guerrerense no habló más, simplemente dio las gracias y se retiró. Yo me quedé con la pistola asesina en mis manos, pero también meditando este caso excepcional, ya que indirectamente contribuí a una venganza perpetrada por un tipo con mentalidad de acuerdo al mundo en que vivía; jamás le volví a ver, tal vez porque ese centro de urgencias desapareció. Esta anécdota es interesante, queridos colegas, pues pinta una época que poco a poco tiende a desaparecer, la era de los cacicazgos, de los hombres poderosos, de los asesinos de la sierra y de aquellos sitios lejanos a la civilización; pienso que en nuestra patria ya quedan pocas zonas donde la violencia y la fuerza se imponen a la ley, pero de que existen... ¡claro que existen! Ahora pasaré al segundo capítulo de mi charla: el instante más dramático. Al estar escuchando a mis compañeros que me antecedieron, logré revivir en mi memoria a una joven venezolana, muy hermosa, que una tarde vino al consultorio por un problema de su tabique nasal; de esto, mis amigos, ya tiene más de quince años, pero aún perdura en mi memoria su rostro angelical y su estilo peculiar de hablar: ceceaba las palabras y les ponía tonada musical; su nombre era Nohemí, y le agradaban los tangos argentinos, poseía una colección de Carlos Gardel, Agustín Irusta y Libertad Lamarque; tenía predilección por los cantantes de rancheras y le gustaba la música clásica. Era alegre, como les había dicho, y el día que llegó a mi consultorio, a pesar del dolor tan intenso que la aquejaba, bromeaba constantemente.

—Doctor —me dijo—, vengo a que me cure la nariz; cada rato me da guerra y no me deja vivir tranquila.

—¿Y qué tiene esa nariz? —interrogué con curiosidad, porque aparentemente no tenía nada.

—Con mucha frecuencia me sangra y tarda en cicatrizar; siempre han tenido que taponar, pues no logran controlar el sangrado.

—¿Desde cuándo padece esa molestia? —inquirí.

—¡Tengo 24 años de edad!... y desde que tenía trece me da molestias.

—¿Ha consultado médicos?

—En mi patria me atendieron especialistas, pero no le dieron importancia debido a que con una sola receta me curaron. Mi enfermedad empezaba y no era de mucho cuidado, pero últimamente me ha sangrado a diario.

—¿Y qué causas provocan el sangrado?

—Estoy segura de que cuando canto aumentan las posibilidades de hemorragia.

—¡Deje de cantar! —respondí bromeando.

—¿Y usted me va a mantener? —preguntó siguiéndome la chanza.

—¿Vive del canto?

—¡Soy cantante profesional!... Y si dejo de cantar, seguramente no voy a tener con qué pagarle.

—Vamos a sacar una radiografía de ese tabique que tanta lata le está dando; pienso que ha de ser un cornete inflamado, o quizá un pólipo.

—Lo único que quiero es aliviarme.

En realidad la enferma no denotaba alteración digna de tomar en cuenta. A la exploración su mucosa y los cornetes estaban inflamados, pero no para alarmar a nadie; sin embargo, noté que en ciertas zonas no existía continuidad de la mucosa, eso fue lo único que me llamó la atención; en esa primera consulta le receté pomada lubricante y le mandé hacer análisis de rutina. No sospeché otra enfermedad.

—¿Qué otras molestias tiene? —pregunté.

—Creo que no tienen importancia para la enfermedad.

—Todo tiene interés, hija.

—Dolor en las articulaciones y mucha flojera; hay ocasiones que siento un poco de fiebre.

—¿Trabaja mucho?

—Hay veces que tengo exceso de contratos.

—¿Buen apetito?

—Lo he perdido.

—¿Problemas familiares?

—¡Eso es lo principal! —respondió ella con suspiro desdeñoso.

—¿De qué se trata?

—Mire, doctor, a ustedes y a los sacerdotes hay que platicarles todo; una omisión podría ser de nefastas consecuencias.

—Estoy de acuerdo.

—Mi matrimonio es un auténtico calvario; tengo una hija primorosa, pero cometí el error de casarme con un hombre sumamente celoso y rico, dos ingredientes parecidos a la pólvora. Ése ha sido el motivo por el cual nos separamos, pues no me deja cantar ni tener amistades.

—¿Y por qué no lo obedeció? —inquirí intrigado.

—Mi esposo, para que termine de conocer mi drama, ya estaba casado. Claro que jamás lo dijo, pero no falta gente que informe a una.

—¿Y siendo casado lo siguió aceptando?

—Al principio pensé luchar por él; pronto comprendí que no merecía la pena. El canto me hace fugarme y situarme a niveles de tranquilidad que no tienen igual. Cuando decidí hacer mi propia vida, tomé a Carolina, mi hija, y abandoné mi país: ¡solamente así me libraría del hombre que parcialmente me destruyó!

—¿Y no la ha molestado?

—No; por eso quiero que me alivie, doctor, para que siga cantando y progresando... ¿no cree?

—Vamos a terminar los estudios y luego hablaremos ampliamente.

—Así espero, doctor.

Al día siguiente el doctor Barrios, histopatólogo de mi absoluta confianza, me dijo:

—No me gusta el aspecto de la lesión de tu enferma.

—¿De cuál? —inquirí ajeno a la verdad.

—De la venezolana.

—¿Qué tiene de extraño?

—Las células son sospechosas de problemas destructivos; no de pólipos.

—¿Cáncer?

—Tal vez.

—¡Pero es muy joven!

—¡En ocho días te doy el resultado!... Tengo que descartar varias posibilidades.

Muy preocupado me dejó esta conversación con el doctor Barrios; por mi mente desfilaron procesos patológicos de índole variada, hasta llegar a los neoplásicos, particularmente ¡cáncer! Al día siguiente la cantante fue al consultorio y la noté muy contenta.

—¡Vengo feliz de la vida, doctor!

—¿Y eso?

—Mi marido, es decir, el padre de mi hija, llegó a un arreglo extraordinario conmigo; aceptó que Carolina viva en Venezuela con mis padres; esto resolverá un viejo problema que me tenía preocupada. Así que ya no va a andar de la ceca a la meca, porque tiene hogar. Vivirá tranquila y podrá estudiar lo que desee, su meta es ser doctora.

—La felicito, Nohemí; pero dígame... ¿cómo va esa nariz?

—¡Perfecta!... Con la pomada no ha sangrado; pienso que ya empezó mi curación.

—Así es —respondí presuroso—; pero falta mucho camino que recorrer.

No fue hasta diez días después cuando se escribió el final de esta historia; pues el doctor Barrios fue a visitarme para platicar acerca de mi paciente.

—Desgraciadamente —dijo preocupado—, mis sospechas se han confirmado.

—¿Cáncer? —pregunté con miedo.

—Algo parecido... ¡lepra!

Hay palabras dentro de la medicina cuyo solo pronunciado impone respeto y temor; algunas, por lo mortal de su proceso; otras, por lo destructivo de sus lesiones y lo penoso de su evolución. Cuando escuché la palabra ¡lepra!, no pude evitar una exclamación de tristeza y desaliento; cierto que hay tratamientos y medicinas poderosas, pero aún no desaparece el criterio repulsivo de la enfermedad.

—¡Qué mala suerte! —dije al tomar entre mis manos el resultado escrito del doctor Barrios y leer la fatal palabra: diagnóstico: lepra lepromatosa.

—Hay que iniciar el tratamiento lo más pronto posible —propuso Barrios.

—También debo operarle el tabique que con toda seguridad lo tiene perforado.

Cuando Nohemí fue a verme, sinceramente no tenía el menor deseo de atenderla; su enfermedad me había destrozado el alma. Esa noche estudié lo que pude de lepra, pero debo confesar que, por ser una enfermedad un tanto cuanto extraña, se me había olvidado su tratamiento. Nohemí venía como siempre, alegre y optimista; aunque debo admitir que su belleza se me hizo tétrica y misteriosa.

—¡Vengo a que me siga dando el tratamiento que tanto bien me ha hecho; pues desde que me puse su pomada... no he sangrado! —me dijo quitada de la pena.

—Hay que hacerle una curación drástica a esa mucosa del tabique nasal; precisamente por eso su respiración es más difícil.

—¿Y cuándo será esa curación?

—Hoy mismo —respondí tajante.

Esa noche sometí a la cantante a la intervención quirúrgica adecuada. Con anestesia local, hecha con infiltraciones de xilo-

caína, examiné con paciencia la zona destruida por la enfermedad de Hansen, que por cierto era bastante extensa; no obstante, hice la resección de las partes dañadas y al final de cuentas quedé ampliamente satisfecho. Por lo menos ya no sangraría; también le di tratamiento y la cité en tres días. Estaba seguro de que la enfermedad iba a controlarse, pues no existía evidencia de la misma en otros sitios.

Tres días más tarde me visitaba la madre de Nohemí.

—Desde hace tiempo deseaba platicar con usted, doctor —me dijo.

—Estoy a sus órdenes.

—Antes que nada quiero confesarle que Nohemí no es mi hija. Yo la adopté cuando ella tenía tres días de nacida pero, por motivos obvios, nunca indagué su verdadero origen. Con el tiempo fue creciendo sana y fuerte, pero al llegar a los doce años inició su padecimiento que allá fue calificado de extraño, aunque no me dijeron qué era.

—Realmente es un caso raro.

—Doctor, mi gran problema es que está empeñada en que me venga a vivir a México. No quiere estar separada de su hijita.

—Usted debe ayudarla, señora.

No quiero prolongar más mi relato, queridos colegas, porque cada vez que lo recuerdo se me llenan los ojos de lágrimas. Le expliqué a la señora la enfermedad de su hija y su contestación fue brutal:

—¡Mañana mismo me llevo a Carolina a Caracas!

Y se la llevó. El epílogo fue dramático. Esa noche Nohemí llegó a mi consultorio toda compungida.

—Dígame, doctor —me dijo— ¿es posible que me cure?

—¡Claro! —respondí—. Lo único que debe hacer es cuidarse y obedecer el tratamiento; eso es todo.

Nohemí quedó callada, me vio de reojo, y luego, con esa voz alegre y bromista, dijo:

—¿Nota que estoy un poco triste a pesar de mi alegría?

—Si no me lo dice —mentí—, no me hubiera dado cuenta.

—Mire, doctor, ya no soy una niña; he tenido hoy una fuerte discusión con mi madre y eso originó que se fuera a Caracas con mi hija; pero antes de irse me clavó una terrible daga en mi corazón.

—¿Por qué?

—¡Me dijo que ella no era mi madre!

—¿...?

—Y algo más, doctor.

—¿Qué?

—Tengo lepra.

—¿Lepra? —inquirí para dar tiempo a pensar en algo.

—No finjamos, doctor, porque quiero que me hable con toda franqueza de esa enfermedad; nadie más que usted puede decirme la verdad; y nadie como usted para orientarme.

Con toda la cruda verdad le abrí mi corazón para explicarle ese terrible padecimiento; no sé si me comprendió, pues sabemos actualmente que la lepra es curable, pero al día siguiente leí en los periódicos “que la famosa cantante Nohemí se había suicidado”. No dejó un solo recado ni a su madre ni a su hija; se fue de la vida tal vez como llegó... ¡en el más absoluto misterio! Ésta es, hermanos, la experiencia más dramática que he vivido en mi carrera profesional, ya que una enfermedad, tradicionalmente repulsiva, como lo refiere la Biblia, fue la causa directa de la muerte de mi paciente.

* * *

Más que aplausos los Apóstoles guardaron silencio; la historia del doctor José Nuncio los había puesto a meditar; un suicidio siempre es causa de reflexiones, contradicciones y meditaciones; y el de la joven venezolana no fue la excepción. El doctor Erasmo Vidal, como ya estaba siendo costumbre, se levantó de su sitio y felicitó con fuerte abrazo al orador.

—Creo que Luis debe estar satisfecho con esta narración llena de sucesos increíbles; pues una enfermedad como la lepra impo-

ne respeto al que la ve y desesperación al que la padece. También me impresionó el guerrerense de la anécdota, pues confirma el cacicazgo y la justicia en manos propias de muchos sitios en nuestro querido México; sin embargo, el sincero regalo del joven Pavón justifica la ideología de esa gente: esa pistola debes guardarla como una reliquia, ya que en ella están anotadas las muertes de tres seres que se la debían al que te la obsequió. Esos dedos que curaste se transformaron en asesinos porque así piensa la gente de esos rumbos.

El doctor Erasmo regresó a su sitio y guardó silencio; luego, con tono más suave, dijo:

—La Jornada tiene que seguir; el doctor Juan Sortrés, eminente gastroenterólogo, deberá continuar la sesión.

El gastroenterólogo

Juan aguardaba su turno con una mirada llena de ternura y nostalgia. Mientras su colega hacía la presentación, él observaba detenidamente el cadáver de su compañero; tal vez ésa era la principal causa de su mirada dulce.

—Bien sabemos —inició su plática— la inmensa incógnita que se levanta en torno a ese misterio llamado muerte y que ni sabios ni idiotas han podido eludir. Muchos creen que al ocurrir el deceso se acaba todo; otros, tal vez menos drásticos, piensan que es precisamente al morir cuando empieza “todo”. Yo he sido respetuoso en el pensar de cada quien; los que me conocen saben que una de mis debilidades es el espiritismo; pero no ese que sirve para estafar y trinetear a los ingenuos o para negociar y hacer tonta a la gente; ese lo dejo en el terreno de la ignorancia. Yo me refiero al verdadero espiritismo, a ese en que el cuerpo es abandonado por el ¡auténtico espíritu!; yo, aunque me tilden de orate, creo firmemente que alma y cuerpo son divisibles, que cada uno representa la mitad de una vida, y que juntos, lógicamente, inte-

gran una existencia. Nuestro amigo ha partido, pero he aquí mi manera de ver las cosas: Luis está presente en cuerpo, pero su alma ya está en el mundo intangible, él ya conoce la existencia del Más Allá. Por eso felicito cordialmente a Erasmo, que al organizar esta Jornada Médica en un velorio patentizamos el gran cariño que sentimos por el grupo; y en este caso especial, por Luis Dondé. Son cerca de las cuatro y media de la mañana, el frío es penetrante y el silencio majestuoso, sobre todo en una ceremonia como esta. Bien, yo recuerdo, en el aspecto anecdótico, una de las historias conmovedoras en las que va implícita la auténtica filosofía del médico joven, del galeno que se inicia y ve la vida diferente a como la observan los médicos viejos, los que ya han vivido y saben los sufrimientos que les esperan a quienes padecen males incurables. Yo me encontraba de residente en un hospital de Gobierno; había terminado mi curso de preparación y la especialidad la estaba practicando. Por razones económicas había logrado que me dieran cuarto y comida en ese centro de salud, por lo que prácticamente estaba en “pie de guerra” las 24 horas. Era la época en que por la carrera olvidábamos familia, novia, amigos y hasta enemigos; lo único que nos interesaba era aprender más y más, practicar y hacer diagnósticos lo más cercanos a la realidad. Pues bien, cuando realizaba mi recorrido diario por los cuartos, me llamó la atención el gesto suplicante de una enferma que habían internado en la madrugada y que presentaba un cuadro hemorrágico de úlcera gástrica, que parecía decirme con voz entrecortada:

—¡Déjenme morir!

No tuve más remedio que responderle:

—Sólo Dios tiene ese sublime derecho.

—Doctorcito —insistió con sollozos lastimeros—, por ese amor tan grande que le tiene a Dios... ¡ya no me hagan nada!... quiero morir tranquila, no deseo que prolonguen mi agonía... ¡no tienen derecho a martirizarme!... su deber es... ¡no dañar!

Cuando alguien habla así, con palabra cierta y corazón suplicante, lo menos que podemos hacer es escucharle con deteni-

miento. Y eso fue precisamente lo que hice, escucharle. Pronto supe que la paciente no tenía remedio, los estudios reportaban espantosa anemia, amén de que había sido operada de un tumor canceroso en píloro; en síntesis, la enferma estaba viviendo por esas extrañas rarezas de la ciencia médica: ¡su corazón se negaba a dejar de latir!

—Usted se va a curar —dije mecánicamente.

—No, doctorcito, jamás me voy a curar; por eso les suplico que no intenten prolongar mi existencia, pues lo único que están alargando es mi agonía... ¡no me hagan sufrir!... porque eso está muy penado allá en el cielo.

Me gustó su filosofía, tenía mucho de cierto y doloroso. ¿Qué derecho tenemos los médicos, aunque lo pregone el juramento, de alargar la vida de un paciente al que previamente nosotros mismos lo hemos sentenciado a muerte?... ¡ninguno! Pero somos tercos, no nos gusta que se mueran en nuestras manos; luchamos denodada y neciamente para alargarles la vida, aunque lo único que les prolongamos, como dijo el paciente, es la agonía. Eso es lo que pienso ahora, mis queridos Apóstoles, pero en aquel entonces lo que más me interesaba era hacer milagros y ufanarme de salvar vidas que ya no tenía objeto que siguieran ¡vivas! Esa noche la paciente se puso sumamente grave, la presión bajó a cero, el corazón ya casi estaba ¡muerto! Yo llegué a su cama con todo lo necesario para no ¡dejarla morir! Inmediatamente le di respiración artificial, masaje al corazón y obligué a una enfermera a que le pasara sangre rápidamente; supe que su estómago estaba volviendo a sangrar. Hubo un momento en que no escuchaba un solo ruido del corazón, pero yo seguía dando masaje.

—Mientras tú le das fricción —le dije a un colega— yo voy a intubarla para oxigenarla mejor.

—No escucho nada —contestó otro de mis ayudantes.

—Sigan adelante —les dije mientras la intubaba.

Los enfermos que rodeaban la cama de la moribunda estaban atentos a lo que hacíamos. Uno de ellos dijo: “si hay necesidad

de que los ayude, cuenten conmigo”. Nadie quería que la paciente muriera... ¡y no murió! Después de masajes, ventilación, inyecciones y mucho coraje, la paciente regresó a la vida. Fue una guerra terrible la que tuvimos con la muerte, pero logramos derrotarla por esta vez, y esto me sirvió de un bálsamo maravilloso. Me sentí realizado, creo que hasta pensé tener novia para platicarle mis éxitos. A los dos días de esta batalla, la enferma recobró el conocimiento total.

—Ya supe que me salvó la vida —me dijo sin entusiasmo y con tristeza.

—¿Y no lo agradece? —le inquirí bromeando.

—No, doctor, ustedes no me están haciendo ningún favor alargándome mi agonía; todo lo contrario, están haciendo que odie más la vida.

—Sanarás —respondí con un tono tan autoritario que yo mismo lo creí.

A los dos días, nuevamente fui requerido a su cama, y otra vez los sueros, intubación, carreras en los pasillos, estetoscopios, masajes ¡y todos los armamentos que tenemos para combatir a la Hermana Blanca! salieron victoriosos; pero ahora hicimos una hazaña que aún admiro por lo humana y hermosa: ¡nos extrajimos sangre de nuestras venas para dársela a la enferma! Por segunda vez en menos de una semana obteníamos un resultado positivo con el mismo método. Tres días después, la señora hablaba y reconocía a la gente.

—Ya me relataron mis compañeras de pabellón —dijo cuando la fui a visitar— que usted se movilizó para no dejarme morir.

—Así es —respondí orgulloso por mi hazaña.

—Quisiera hablar con usted, doctor, para pedirle un favor.

—En el momento que usted quiera.

—Mire, doctor, créame que ante Dios le agradezco lo que hace por mí; pero es inútil; sé que tengo cáncer y una terrible muerte me espera; por eso deseo que me haga un enorme favor... ¿me lo promete?

—Lo que usted pida —le respondí ignorando el favor que me iba a encomendar—, tenga la seguridad de que lo haré.

—Cuando le llamen porque nuevamente me puse grave.. ¡no venga!.. Ponga cualquier pretexto, pero no acuda al llamado; es más, hágase el sordo. Yo, desde el Más Allá, se lo agradeceré infinitamente.

El rostro de la enferma denotaba sinceridad; sus palabras, inteligentes y lógicas, se filtraron al fondo de mi corazón. A pesar de mis pocos años de médico, comprendí el mensaje agradable de esa mujer. Y realmente tenía razón, pues desde el punto de vista médico no tenía ninguna probabilidad de vivir.

—Es un favor extraño el que me está pidiendo, mujer; es algo así como insinuarme que la deje morir sin auxilio; y eso, de sobra lo sabe, no me está permitido.

—Doctor —insistió—, solamente quiero que no venga, mande a su ayudante; pero usted, por su santa madre, no me ayude... ¡hágase el desentendido!

No me dio tiempo a responder, pues una fuerte mano, la de su esposo, me condujo a un rincón del pabellón.

—Mi esposa tiene razón, doctor —dijo suplicante—, ella, comprobado con análisis y estudios de grandes eminencias, ya no tiene remedio. Está, como dicen ustedes, ¡desahuciada!... ¿Qué más le da cumplir ese favor? Creo que todos debemos morir, y cuando tratamos de prolongar una existencia... ¡estamos obrando de mala fe!

—No podemos hacer eso, señor, comprenda que los doctores estamos para salvar vidas, no para precipitarlas a la muerte. No discuto su forma de pensar, tal vez tenga razón; pero entienda la mía... ¡soy médico!

—Dios le premiará si complace a mi esposa. No estamos pidiéndole que la mate, sino que simplemente mande a otro médico.

—¡Es lo mismo! —respondí aburrido.

—¿Es lo mismo que venga otro médico a que vaya usted? —preguntó asombrado.

—¡Por supuesto! —contesté rápidamente.

—Entonces no venga usted —realcó, y me dejó en el rincón del pabellón pensativo.

A esa edad, mis queridos colegas, nuestras ideas distan mucho de parecerse a las que actualmente tenemos. Me quedé callado, realmente no llegaba a comprender el alcance de la petición de la enferma; aunque por dentro mi conciencia sabía que ella estaba disgustada conmigo por haberle salvado la vida dos veces; tal vez esa petición era el resultado de largas meditaciones, o quizá creía que ningún otro médico la hubiera salvado. Pronto olvidé el detalle, porque en un hospital no se tiene tiempo para meditar. Al poco rato ya estaba atendiendo un parto, operando un apéndice, ayudando a una trepanación de cráneo o dando masaje a otro moribundo. La vida médica se desarrolla entre los muros blancos de una sala de operaciones; es ahí donde la broma y el sufrimiento se confunden, donde los médicos aprendemos a ser cirujanos, a fortalecer nuestro espíritu y a conocer los secretos íntimos de la muerte. Y la enferma, cosa extraña, empezó a mejorar notablemente: en cuatro días subió kilo y medio y su apetito puso en duda el grave diagnóstico.

—¿Cómo vas? —le pregunté esa mañana.

—¡Mejor, doctor, mejor! —respondió cabizbaja.

—Ya ves... y tú querías quitarme la dicha de sanarte.

—Yo le pedí un favor, doctor, en usted queda concedérmelo o negarlo.

—Eres terca —le dije y pasé a la siguiente cama.

He de señalar que a los enfermos acostumbro hablarles de tú o de usted, conforme mi espíritu me lo dicte. A mi enferma, cuando la veía de buenas, le hablaba de tú. Esa mañana, lo recuerdo perfectamente, iba a quitar un estómago ulceroso a una paciente de sesenta años. Y lo recuerdo, con bastante nitidez, porque precisamente a las doce del día me encontraba a media operación cuando uno de los internos fue requerido a la cama 222, la de mi ilustre paciente, porque estaba vomitando sangre. En ese instante,

cuando mi bisturí iba pasando entre dos pinzas de Paer, mi pensamiento voló a la cama del 222. Les juro, mis queridos colegas, que di gracias a Dios de cumplir un favor; aunque ganas de salir a luchar nuevamente contra la muerte no me faltaron; pero también tuve un enorme consuelo al sentirme preso en el quirófano.

—¡Métale sangre a presión! —le dije al interno cuando lo vi salir del quirófano rumbo a la cama 222.

Mi operación terminó felizmente. No hubo complicaciones. Todavía esperé, como acostumbro, a que el enfermo recuperara la normalidad de sus signos vitales; después, con una lentitud poco acostumbrada, me vestí para iniciar la visita rutinaria a los enfermos. Pienso que inconscientemente estaba haciendo tiempo, como si algo me estuviera deteniendo, tal vez una mano misteriosa: ¡la del destino! Ya me aprestaba a salir, cuando llegó el doctor Moreno, el interno, y me dijo:

—Todo fue inútil, doctor, no conseguimos sacarla del paro cardiorrespiratorio.

—¿Quiénes estaban con ella?

—Su esposo.

—¿Y quién te ayudó?

—Las señoritas enfermeras.

—¿Qué le hiciste?

—Cuando llegué, su pulso estaba lento, su respiración disnea y sangraba profusamente del estómago.

—¿Estaba consciente?... ¿hablaba?

—¡Sí!

—¿Qué te dijo?

—Que no te llamara.

Esta respuesta me dio gusto, colegas, porque encerraba un cúmulo de agradecimiento y sospechas. La enferma no quería que fuera porque temía volver a ser salvada; por lo menos ella creía que yo poseía ese poder; aunque, bien lo saben, ese don solamente lo tiene Dios.

—¿Y su esposo... no dijo nada? —pregunté con curiosidad.

—¡Sí!

—¿Qué dijo?

—Que no te hablara, y que yo, por el amor a Dios, no intentara revivirla.

—¿Y tú que pensaste?

— ¡Que tenía razón!

—¿Y te esforzaste por salir adelante?

—Hice un juramento, igual que tú, y no puedo olvidarlo. Traté de que no se muriera, pero esta vez la Hermana Blanca me la arrebató.

Ya no hablé más con el doctor Moreno; simplemente dirigí mis pasos a la cama 222, pues en ese nosocomio era condición que el residente certificara la muerte de los pacientes. Al llegar vi al esposo que estaba recargado sobre la cama, lloraba con cierta tristeza de conformidad; al verme, se limpió ligeramente los ojos, y me dijo:

—Muchas gracias, doctor; jamás en la vida he estado tan agradecido con alguien como ahora lo estoy con usted. Cumplió al máximo el deseo de mi esposa. Por un momento creí que usted iba a venir, pero ahora comprendo que su corazón se conmovió y se abstuvo... ¡Que Dios se lo premie!

No contesté, me faltaron palabras y argumentos; simplemente me cercioré de que la enferma había fallecido; sin embargo, al descubrir su rostro me pareció ver una sonrisa de agradecimiento. Ésta ha sido, mis colegas, la más rara sensación de ternura que yo he experimentado a lo largo de mi vida profesional. La he descrito en el departamento anecdótico, porque así lo he creído justo. Ahora pasaré a abordar el segundo inciso de esta plática: la dramática. Mi especialidad siempre ha sido la gastroenterología, pero da la casualidad de que el momento más emocionante que les voy a relatar no pertenece a este departamento, sino a la obstetricia. Efectivamente, en esa época en que uno todavía no define su especialidad, me llegó una paciente de 22 años para que la atendiera de parto.

—Tengo siete meses de embarazo, doctor —me dijo—, y me siento perfectamente. Usted me operó del apéndice, por eso quiero que atienda mi parto.

—Sería mejor que viera a un...

—Atiéndame usted, doctor —me interrumpió.

Esta forma de contestarme me convenció, por lo que no tuve más remedio que decirle a Rosita, así se llamaba la futura parturienta, que aceptaba.

—Se lo agradezco de corazón —me dijo, y se fue.

Y a partir de ese momento, como por arte del demonio, la enferma empezó a tener serios problemas; primero se le edematizaron los pies, luego, en menos de diez días, las manos, y finalmente, a pesar de los medicamentos diuréticos, se comprobó el cuadro de eclampsia.

Y sucedió que una noche se presentó al sanatorio con una elevada presión y con dolores tales que anunciaban un inminente parto.

—Me duele el vientre, doctor —me dijo tan pronto me vio—. Creo que mi hijo nace esta misma noche, pues mi vientre cada rato se pone más duro.

—¿Cada cuando tiene esas contracciones? —le pregunté mientras la observaba más edematizada que la última vez, amén de que su respiración era muy agitada.

—¡Cada cinco minutos! Pero ya no soporté los dolores y por eso vine a verlo; quiero que me dé algo para calmarlos.

Después de comprobar que su presión era de 240/180 la interné y le hice entrever que tal vez todo terminaría con una cesárea.

—¡Opéreme! —contestó desesperada—. Sólo así cesarán mis molestias.

—Tiene tres días con dolores, doctor —terció su marido—; pero no pensamos que fuera tan grave.

—Mientras conducen a su esposa al quirófano, me gustaría platicar un rato con usted.

—Estoy a sus órdenes.

Di mis instrucciones adecuadas para que prepararan a la paciente, ya que el caso era urgente, y luego proseguí la conversación con el marido.

—Su esposa está delicada, amigo, y puede morir en un momento. La enfermedad ha avanzado seriamente, y en estos instantes su presión puede producir una hemorragia, amén de que ya existe edema cerebral que está provocando ligeras convulsiones.

—Haga todo lo posible por salvarle la vida, doctor; no sabe cuánta ilusión tiene por su hijo.

—¡Ésa es mi obligación! —respondí levantándome para dirigirme al quirófano.

Cuando vamos a operar un enfermo grave es cuando más tranquilos estamos, pues los triunfos que obtengamos son ganancias; esta filosofía la he seguido al través de mi vida profesional por darme paz al alma. Tan pronto el doctor Rábago me dijo que me apresurara, me vestí y lavé para entrar al quirófano y encontrarme con que la enferma ya estaba lista y mis médicos trabajaban denodadamente por bajarle la presión y controlar la respiración, que se había complicado con edema pulmonar.

—¡Voy a sedarla un poco! —dijo el anesthesiólogo en el preciso momento en que terminaba de calzarme los guantes y mis ayudantes ponían los campos quirúrgicos.

—¡La veo muy mal! —murmuré en voz baja.

El anesthesiólogo súbitamente tomó el estetoscopio y se lo colocó en el pecho a la enferma; luego, con voz nerviosa dijo:

—¡Paro respiratorio y cardíaco...! ¡hay que intubarla y darle masaje!

Yo tomé el bisturí y trace una incisión profunda.

—¡Está muerta! —gritó el anesthesiólogo—. Sus pupilas se han dilatado y el corazón no responde.

—¡Trataré de salvar al bebé! —exclamé con la firme idea de extraer al niño a como diera lugar; para esto, clavé mi bisturí hasta llegar a la matriz, sin importarme lo que había cortado. Mis ayudantes seguían mis movimientos con una asombrosa pacien-

cia, pues también estaban viviendo el tremendo drama que en esa sala se escenificaba.

—¡No escucho ningún ruido en el corazón! —volvió a repetir mi anesthesiólogo mientras continuaba oxigenando a la enferma mediante una cánula que le había introducido en la tráquea; otro de sus ayudantes le daba masaje cardiaco.

—¡Sigue insistiendo en revivirla! —le dije sin dejar de cortar la matriz.

—¡Está muerta! —volvió a repetir con voz angustiada.

Ya no escuché nada, mis movimientos eran más acelerados que de costumbre, pues sabía que la enferma ya había fallecido y que su hijo tenía posibilidades de salvarse. Cuando abrí la matriz y brotó el líquido amniótico, mis manos penetraron temblorosas y asieron al bebé de los pies; luego, con movimientos delicados, lo extraje completamente; ligué el cordón umbilical y lo corté violentamente para dirigirme a la mesa donde estaba todo listo para recibirlo.

—¡Cierren la cavidad abdominal! —les dije a mis ayudantes.

—¡La enferma está muerta! —repetió por enésima vez mi anesthesiólogo.

—El niño aún está vivo —dije con alegría y decidido a luchar para que no muriera—; pero viene en muy malas condiciones.

Dispuesto, como indiqué, a no dejarme vencer por segunda vez, tomé el laringoscopio y una pequeña sonda para intubar al recién nacido; sabía que podría fallar, pero una lejana esperanza de que el bebé diera un “jalón de aire” y el corazón respondiera al masaje que se le estaba dando abrigaba mi espíritu. El anesthesiólogo trajo su aparato de oxigenación y en esa forma el bebé estaba recibiendo oxígeno a sus pulmones. Yo le puse el estetoscopio en su corazoncito y no pude evitar un grito que me salió de lo más profundo de mi alma:

—¡Está latiendo!

Mi júbilo fue secundado por el de las enfermeras que se esmeraron por no dejar morir al bebé; es frecuente que después de unas

cuantas respiraciones... ¡todo concluya!; pero no estábamos dispuestos a la derrota. Seguí pegado al estetoscopio; el anesthesiólogo continuaba oxigenándolo y otro médico frotaba rítmicamente el pecho para que el corazón recibiera el masaje necesario. El equipo trabajaba sincronizado y optimista; media hora después, yo estaba seguro de que nada detendría el latir de ese corazón del bebé.

—¡Hay que quitarle la sonda endotraqueal —dijo el doctor Rábago mientras aspiraba las flemas de la cavidad bucal.

Con mucha lentitud se realizó la extracción de la sonda; todos los ojos estaban clavados en el tórax del niño.

—¡Sigue respirando! —exclamó emocionado mi anesthesiólogo.

—¡Se ha salvado! —añadió una de las enfermeras.

—¡Hemos concluido la jornada! —respondí satisfecho mientras me dirigía a la sala de espera a comunicarles lo ocurrido a los familiares de la difunta.

He sido breve en mis dos relatos para dar tiempo a mis tres colegas que faltan, queridos Apóstoles.

* * *

El doctor Vidal, por enésima ocasión, se levantó a felicitar al ponente:

—Hemos pasado instantes de suspenso con tus magistrales relatos. Y quiero aplaudir la selección que hiciste de tus casos, ya que dibujan claramente el carácter de nuestra profesión. Pero hay que continuar, la madrugada está por expirar y necesitamos terminar la Jornada; que tome la palabra el compañero Manuel Cazzas, especializado en cirugía.

El cirujano

Con su personalísima figura, arrogante y hasta cierto punto déspota, el doctor Manuel Cazzas se levantó de su silla y saludó con un movimiento de cabeza a sus compañeros; luego, como ya estaba siendo costumbre, se quedó viendo el catafalco donde reposaba Luis Dondé.

—Yo respeto las creencias de los demás; mas no creo que exista un Más Allá. Jamás he tenido motivos para pensar que después de la muerte existe una mansión donde el espíritu se anide. Pienso que tan pronto uno muere... ¡ahí se acaba todo! Es hermosa la filosofía donde se demuestra que la muerte es sólo un paso hacia adelante, por lo menos así lo dice José Santos Chocano; tampoco comulgo con George Santayana, quién dice que morir es algo espantoso, del mismo modo que nacer es algo ridículo. Son frases que se han hecho famosas con el paso del tiempo. Existen miles de razones por las que gente de reconocida ciencia trata de demostrar mensajes del Más Allá; sigo en mi nivel de respetar, pero yo jamás he recibido señales de ninguno de mis familiares que

han pasado a mejor vida. Sé de gente que hizo pactos, pero no he tenido la suerte de confirmar si llegaron a cumplirse. Todo esto lo digo, muy a pesar mío, porque sé una verdad incontrovertible: ¡Luis Dondé ha muerto para siempre!; cierto que su recuerdo perdurará hasta que las mismas generaciones venideras lo borren eternamente. Su fallecimiento me ha hecho temblar de miedo, pues reconozco que, si la muerte es el final de la jornada, me da miedo saber que algún día yo también callaré para toda la eternidad. Es hermoso pensar que más allá de la muerte existe un mundo divino; pero es más difícil afirmar algo en lo que no se cree; yo, desde mi silla, me despido sinceramente de Luis, relatándoles una anécdota que tan pronto entré al velorio se vino a mi memoria, y verán por qué: hace aproximadamente veinte años, cuando era un joven recién egresado de la Escuela de Medicina, tenía mi consultorio en un pueblo cercano a lo que es ahora San Lorenzo Tezonco; ahí ejercía mi profesión. Una noche, aproximadamente a las ocho, una señora fue a tocarme desesperadamente:

—Doctor, por favor, mi padre se está muriendo... ¡acompañeme!... se lo suplico...

Nos hemos acostumbrado a escuchar estas frases, pero en esa época eran particularmente nuevas. Tomé el petaquín, metí una caja de inyecciones y acompañé a la señora. Efectivamente vivía cerca, su casa era enorme y dos perros policía parecían ser sus guardianes. Entramos después de atravesar un largo jardín a la sala, y ahí estaba el señor apretándose con las manos su pecho.

—¿Qué le duele? —pregunté rápidamente.

—¡Aquí, doctor, aquí! —decía cada vez apretándose con más fuerza su pecho.

—¿Es la primera vez que tiene este dolor? —inquirí mientras sacaba mi estetoscopio.

—Sí, doctor, jamás lo había padecido —respondió con voz entrecortada.

No hice más preguntas, comprendí que el dolor no le permitía seguir hablando, por lo que puse mi estetoscopio en su región

precordial y noté una grave taquicardia, arritmia y muchos ruidos extraños que sinceramente no pude identificar; su presión arterial era elevada y una cianosis en los labios me alarmó bastante. Después de inyectarle un analgésico, hablé con su hija en el pequeño despacho que estaba contiguo a la sala.

—Necesito llevarlo inmediatamente a un centro de emergencias; hace falta oxígeno y un electrocardiograma, pues su estado es grave.

—¿Cree usted, doctor? —preguntó como si dudara de mi diagnóstico.

—¡Lo afirmo! —respondí molesto.

—Bueno —dijo ella con precaución—, ya le hablé a su cardiólogo; no tardará en venir, pero por ahora no puedo hacer nada; estoy sola y no tengo teléfono... ¿cree que con la inyección podrá esperar?

—Tal vez le quite el dolor, pero esta medicina más que todo es paliativa, no curativa.

—Esperamos en Dios que el cardiólogo llegue a tiempo —fue su contestación.

Yo salí al filo de las nueve de la noche; el enfermo había mejorado un poco; su cianosis seguía significativa y alarmante, por lo que insistí en conducirlo a un centro de emergencias. La noche era negra, en menos de una hora se había tornado en fría, los relámpagos con sus truenos presagiaban una tempestad; sin embargo, todavía me dio tiempo de llegar a mi casa; pero tan pronto cerré se desató una terrible tormenta que apagó la luz eléctrica y cubrió de tinieblas la estancia. El enfermo me preocupaba, pues debido a la lluvia con toda seguridad el cardiólogo no llegaría a tiempo; hay ocasiones en que sabemos de antemano lo poco que puede hacerse por prolongar una existencia; y ese señor estaba sentenciado a morir. Después de prender una vela, cené un pedazo de pan con queso y me recosté en el sofá. Dormité un poco, pero alrededor de las doce de la noche otra vez me fue a buscar la señora.

—Doctor, mi padre ha empeorado —me dijo al verme—; el cardiólogo no ha llegado y todo se ha complicado con la ausencia de corriente eléctrica; por favor... ¡venga conmigo de nuevo!

Mi corazonada no había fallado; el especialista no asistió a su consulta, y, lógicamente, las cosas se habían complicado. Cuando llegué a la casona, iluminada con luces de vela y quinqués, vi al enfermo tendido en el sofá, con el rostro más cianótico, pero ahora no respiraba ni tampoco se quejaba... ¡estaba muerto! No dije nada, me concreté a examinarlo y ver qué datos podrían servirme para dictaminar la causa de su fallecimiento; por primeras diligencias sentí una extraña rigidez al tocar sus brazos; claro que no externé mis pensamientos y me puse a repasar todos los signos que deben ser buscados cuando uno está seguro de que el corazón ya no late. Saqué mi estetoscopio, recorrí la región precordial; saqué mi baumanómetro y traté de tomarle la presión; pero todo era inútil... el enfermo estaba muerto.

—¡Tráigame, por favor —le dije a la hija—, un espejo de mano!

—¿Está grave mi padre? —preguntó ingenuamente.

—Quiero el espejo —respondí sin contestar.

Ya con el espejo en la mano busqué esa huella de vida que normalmente dejamos al respirar en su superficie; pero no hubo vaho; ya sin esperanza, pero por rutina, le di masaje cardíaco por más de cinco minutos... y no hubo, claro, respuesta. Después le dije a su hija.

—Su padre tiene más de media hora de haber fallecido.

—¿Está muerto? —inquirió incrédula.

—¡Así es!

—¿Ya nada se puede hacer?

—¡Nada!

Ese fallecimiento me dolió bastante, ya que por escasez de medios no pude hacer más. La pobre hija se lamentó de no haberlo socorrido debidamente por causa de la tempestad; también imprecó al cardiólogo por no haber asistido a la consulta. Después de un largo silencio, la hija me pidió el certificado de defunción,

mismo que extendí poniendo de manifiesto el infarto del miocardio como causa principal de la muerte. Dormí triste ese día, porque, insisto, seguí pensando que mi pobre petaquín tuvo que ver mucho en su muerte. Al día siguiente me encontraba trabajando mi turno en el sanatorio al cual prestaba mis servicios, cuando por el interfón me notificaban que había una llamada telefónica urgente. Yo me extrañé, pues realmente nadie me hablaba al sanatorio. Al descolgar el auricular y escuchar la voz de una mujer desesperada, mi corazón empezó a latir aceleradamente.

—¿Habla el doctor Cazzas? —preguntó.

—Con él habla —respondí asustado.

—Doctor —escuché—, soy la hija del señor que se murió ayer; estoy aquí en el velorio, pero parece que mi papá ¡está vivo!... ¿no tendría la amabilidad de venir?... ¡La dirección es Avenida Principal 23, en la Funeraria Central!... ¡Venga pronto, doctor, no vaya a suceder que cuando venga sea demasiado tarde!

Un duchazo de sangre se abatió sobre mi corazón. La noticia de que el hombre al cual le había extendido un certificado de defunción vivía me aterró en toda la extensión de la palabra. Les juro, mis colegas, que nunca deseé tanto la muerte de alguien como la de ese señor que estaba a punto de ponerme en la picota del ridículo a nivel nacional; pues ya me imaginaba, en el trayecto a la funeraria, los periódicos publicando en primera plana y a cinco columnas: “MUERTO QUE RESUCITA” y con letras menores mi nombre, dirección y especialidad, así como edad, escuela en la que estudié y toda esa serie de detalles que hacen de una persona un Dios o un imbécil. Con ese sombrío panorama me dirigí, maletín en mano, a la funeraria donde se suponía que mi cadáver había regresado a la vida. La velocidad que el taxista le imprimió a su vehículo fue extraordinaria; en menos de diez minutos me encontraba subiendo las escalinatas que me conducirían a la capilla ardiente donde se velaba mi “cliente”. Tan pronto me vio la hija, vestida impecablemente de negro, me dijo:

—Por aquí, doctor, apresúrese, pues mi padre se está moviendo.

Mi cara era el vivo reflejo de un imbécil asombrado; lástima, digo ahora, que nadie me sacó una fotografía; me hubiera gustado estudiar esos rasgos dibujados en mi rostro incrédulo. La caminata de la escalera al catafalco me sirvió para volver a repasar mentalmente los signos con los que examiné detenidamente al señor, y ninguno de ellos significó duda; es más, seguía pensando que mi “cliente” seguía ¡muerto!

—Aquí está la caja —me dijo la joven asustada.

—¿Ya la abrió? —inquirí.

—¡No!... me da miedo.

En un movimiento brusco alcé la tapa del féretro e inmediatamente comprendí que el cadáver del señor... ¡seguía siendo cadáver! Sucedió que los supuestos ruidos eran gases que se habían formado en el vientre y trataban de salir, provocando movimientos intestinales muy sugestivos y misteriosos. De todos modos, y para darle una satisfacción a la dama, tomé mi estetoscopio y lo coloqué en el pecho del difunto para buscar “latidos”; también examiné reflejos pupilares y traté de encontrar pulso; pero todo fue inútil, mi diagnóstico de “muerte” seguía vigente.

—Señora —le dije a la hija—, su padre sigue muerto, los ruidos son debidos a los gases que se han formado en las cavidades huecas del cuerpo; pero de ninguna manera a que esté vivo.

—De todos modos —me dijo más tranquila— le agradezco mucho que haya venido, pues ratifica su fallecimiento y así nunca pensaré que pude haberlo enterrado vivo.

La señora pagó mis honorarios y yo abandoné la capilla con cierto recelo, rabia y risa; no sé por qué, pero sentí mal que cubrieran mis honorarios por checar a un muerto; todo se tornó filosófico cuando al salir de la capilla se me acercó otra enlutada para pedirme de favor que ¡examinara a su difunto!... Y lo que es más, me lo dijo con tanto fervor y piedad, que no pude negarme. ¡Ese día di consulta médica a tres muertos, pues en otra capilla también requirieron mis servicios!; tal vez pensaron que yo era el médico que certificaba los muertos de esa funeraria. Esta anéc-

dota la guardo como una reliquia en mis recuerdos; pero, como ya se ha dicho, el tiempo apremia y debo relatar el instante más dramático de mi carrera. Mi historia se inicia un día cualquiera, de un año cualquiera, en un sitio cualquiera.

—Doctor —me dice una joven muy guapa—, quiero que le dé una consulta a mi marido.

—¿A su marido?... ¿Y dónde está?

La mujer se dejó caer bruscamente en el asiento y empezó a sollozar; sus lágrimas rodaban por las mejillas sin que pronunciara una sola palabra. Yo guardé respetuoso silencio, pues en verdad no entendía qué le sucedía. Lloró por espacio de cinco minutos, tiempo que se me hizo eterno, para después contestarme:

—Estamos recién casados, pero hace tres días sufrimos un accidente y mi marido se fracturó la pierna derecha, rompiéndose la tibia y el peroné... ¡ese es mi drama, doctor! Me han dicho que usted lo dejará bien, por eso he venido a verlo, con la esperanza de que le salve la pierna.

Seguí callado, es difícil dar esperanzas sin haber visto previamente al enfermo; después de un silencio forzado, quizá para pensar, le dije:

—Lo primero que necesito, señora, es que me lleve a donde está su marido, solamente así podré darle una opinión con bases.

No cabe duda de que los grandes dramas se inician en forma sencilla y sin aspavientos; algo así como las nubes cuando empiezan a formarse y aparentan mansedumbre; pero luego se transforman en tremendos nubarrones que terminan en aguaceros con posibles inundaciones; eso me pareció la primera entrevista que tuve con la señora, algo sin importancia. Efectivamente, fui a casa del paciente; era un joven de 28 años, fuerte, de mirada ágil y temerosa, pues ya sospechaba que podía perder la pierna en caso de que no respondiera al tratamiento.

—¿Cómo se llama? —le pregunté para entablar conversación y darle confianza.

—Alejandro Quintero, doctor.

—¿Cuál es su profesión?

—Juego fútbol en primera división.

Su respuesta me dejó frío, porque jamás pensé que su pierna era fundamental para su carrera.

—¿A qué otra cosa se dedica? —inquirí buscando una salida para apoyarme en ella.

—Sólo juego fútbol; no sé hacer otra cosa. Desde pequeño me he dedicado a patear la pelota y a cobrar. Soy centro delantero y mi misión es meter goles.

—Tu pierna está delicada —dije tratando de encontrar alguna contestación que pudiera orientarme acerca de su forma de pensar.

—Sí, doctor —me respondió con tristeza—, y temo que jamás volveré a jugar; aunque aún me queda una esperanza.

—Eso es bueno —respondí secamente.

—Sus colegas me han dicho que tal vez haya necesidad de cortarla.

—Yo he venido a dar mi opinión; pero no la daré sin antes ver la lesión.

Dicho esto, procedí a separar las gasas y vendas de la zona lesionada; antes, sin que lo pidiera, su esposa me llevó las radiografías, mismas que mostraban fractura múltiple de tibia y peroné; en verdad era un caso difícil, dado que la fractura era abierta. Después de revisar el estudio, y sin hacer comentarios, procedí a examinar la lesión: estaba lacerada y tenía zonas inequívocas de infección que producían un líquido purulento y con una fetidez penetrante.

—¿Qué le están haciendo? —pregunté sin separar mis ojos de la zona afectada.

—¡Nada, doctor! —me dijo desesperada su esposa— Cada vez que viene el doctor sólo lava la herida y me receta analgésicos y penicilina.

—¡Hay que internarlo! —grité un tanto cuanto molesto por el abandono en que se tenía al paciente.

—Es imposible —respondió la mujer con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Por qué? —pregunté ingenuamente.

—Ya le dije: ¡no tenemos dinero!... Mi esposo quedó endrogado con el choque, pues el peritaje le fue adverso... ¡ése es mi problema, doctor! ¡Pero no se preocupe, tan pronto se alivie le pagaremos hasta el último centavo!

¡Cuántos de ustedes no han escuchado esta frase llena de súplica y, más falsa que un billete de seiscientos pesos!... Y no lo digo por esos clientes, sino por aquellos que prometen las perlas de la Virgen mientras no está resuelto su problema; pero tan pronto ven la curación, o la muerte... ¡huyen con mil pretextos! Sin embargo, era imperativo internar al señor para empezar su auténtico tratamiento; pues no se le había hecho nada.

—Lo internaremos en la Cruz Roja —respondí—; hoy platicaré con el director para que de inmediato tenga atención.

Tenía amistad con el director de esa institución, por lo que me fue fácil internarlo. La ambulancia lo trasladó ese mismo día. Al llegar, los médicos le hicieron una transfusión para equilibrar la anemia y las defensas tan raquílicas que tenía. A las nueve de la noche tuvimos una junta de emergencia y por unanimidad dictaminamos que solamente la intervención quirúrgica podría ¡salvarle la vida!, ya que la infección estaba bastante avanzada.

—Hemos visto la pierna —le dije a su esposa— y decidimos operarlo hoy mismo; por el momento no pelagra su vida, aunque estoy seguro de que jamás podrá volver a jugar fútbol.

—Eso es lo de menos —respondió tranquila—; lo que a mí me interesa es que salve la vida.

—¡Haremos lo indecible por traerle buenas noticias!

—¡Dios se lo pague, doctor!

Entramos a operar a las dos de la mañana; me ayudaron el doctor García López en la anestesia, y Mijares y Torrijos en la cirugía, todos brillantes y eficientes. Tan pronto limpiamos la pierna lesionada nos dimos cuenta de que los tejidos estaban muertos y

de que no existía ningún indicio de circulación; advertimos que esa extremidad ¡estaba muerta!

—¿Qué hacemos? —me preguntó angustiado Mijares.

—¡No hay alternativa!... ¡amputar la pierna! —respondí desesperado.

—Estoy de acuerdo —terció el anesthesiólogo—; hay que cortarla.

Estas palabras, mis queridos colegas, amputación y su equivalente, cortar, son palabras mayores. Son métodos radicales que forzosamente debemos abordar cuando no hay otra salida; pero el simple hecho de realizar la intervención... ¡aniquila y agobia!

—Hablaré con la esposa —dije al tiempo que ordenaba a una enfermera que me la condujera a la salita contigua—; pues debe firmar la autorización, que, por otra parte, es solamente un requisito, ya que con o sin su voluntad... ¡tenemos que amputarla!

Y hablé con la señora; creo que ella ya se lo esperaba, porque cuando me vio de inmediato dijo:

—¿Hay que cortarle la pierna?

—Es la única forma de que salve su vida —respondí con voz fuerte y autoritaria, tal y como debe hacerse en momentos tan decisivos en la vida de un hombre—. La pierna está muerta, no existe ningún vestigio de vida.

—Será un golpe terrible para él, doctor; tenga en cuenta que es futbolista y con su pierna se gana la vida.

—Precisamente por eso quiero su autorización, señora; porque ciertamente con su pierna se gana la vida, pero no quiero que por ella se gane la muerte. Por favor —continué en mi plan de no claudicar ni entablar polémica—, firme su autorización en esa hoja que le va a dar la señorita enfermera. Yo no puedo perder tiempo, recuerde que su esposo está en la sala de operaciones.

La señora, sin ver el documento, lo firmó; no tenía caso examinar el papel que sentenciaba la pierna de su marido. Entré a la sala y me lavé de nuevo; ya mi equipo tenía todo listo para la amputación. El doctor Mijares había cortado y ligado los vasos cercanos

a la zona en que el serrote iba a funcionar. No hay necesidad de comentarlo, mis colegas, ustedes saben que no hay ruido más macabro y siniestro que el producido por el serrote cuando está amputando una extremidad; y el caso del futbolista no fue la excepción, pues a cada movimiento mi corazón parecía romperse al ritmo del serrote. Todos estábamos callados, pues generalmente nadie se atreve a romper ese sagrado silencio, ese minuto que antecede a la mutilación de un miembro, de una parte del cuerpo humano. No sé cuantas veces impulsé mi cortante instrumento, pero sí recuerdo que al ver la pierna separada del resto del cuerpo mi sangre protestó y sentí una imperante náusea que me estremeció... ¡una amputación produce repugnancia! La operación concluyó, el enfermo resistió heroicamente, y esa noche fue sedado para que no tuviera molestias. Pero la historia continuó al día siguiente, ya que por mis instrucciones no se le comunicó al paciente el resultado de la operación. Cuando llegué a su cama, lo vi con cierta tristeza.

—¿Cómo está? —pregunté a manera de finta.

—Bien; he pasado la noche bastante cómodo, salvo uno que otro dolor en mi “pierna” enferma.

Esos dolores fantasmas que todos conocemos, es decir, aquellos que se refieren a las partes amputadas, son los que más lastiman al cirujano. Y en esta ocasión me hirieron profundamente, pues el pobre enfermo daba a entender que la pierna aún estaba unida a su cuerpo.

—Alejandro —respondí con tono paternal—, no es posible que te engañe ni voy a intentarlo; la operación que te practicamos fue terrible, ya que tu pierna enferma estaba gangrenada, es decir ¡muerta!

—¿Me la cortaron? —inquirió angustiado.

—¡Sí! —respondí tajante y sin darle tiempo a que se repusiera de la sorpresa —y te la corté porque no había alternativa: tu vida, o la pierna, ésa era la disyuntiva... tu esposa está enterada, así que debes tener fuerza de voluntad para sobreponerte a este brutal drama que estás viviendo.

—¡Me hubiera dejado morir, doctor! —respondió sollozando.

—Estás casado y tienes una mujer que te adora; además, invertirás tiempo en rehabilitarte: una prótesis será tu eterna compañera. Sé que tardarás en digerir tu desgracia, pero estoy seguro de que al final... ¡me entenderás y lucharás denodadamente por superar esta barrera!

No me contestó. Se quedó callado, con los ojos inundados de lágrimas. Al rato entró su esposa, se abrazaron; yo me salí, sin despedirme, pero con el corazón destrozado. El tiempo hizo que borrara de mi mente este caso, porque siendo uno de los primeros se había arraigado con más fuerza. El enfermo llegó a caminar con su prótesis; ahora es un alto funcionario de una empresa textil; se dedicó a estudiar y olvidó por completo su deporte favorito. Éste ha sido mi relato, colegas, y espero que los dos últimos Apóstoles se apresuren, porque ya son más de las cinco de la mañana.

* * *

Erasmus se levantó y estrechó a Manuel Cazzas; luego, viendo a sus compañeros, dijo:

—El tiempo se ha venido encima, faltamos dos Apóstoles, por lo que después de felicitar a nuestro amigo por su brillante exposición vamos a pedirle al doctor Pedro Berlán, radiólogo de gran experiencia, que nos platique su historia.

Como tratando de ganar tiempo, el senador se retiró a su sitio y esperó a que el aludido tomara la palabra. La mañana empezaba a vislumbrarse en el cielo.

El radiólogo

El doctor Berlán, con el cabello lleno de canas, dirigió una rápida mirada al grupo; luego, con voz modulada y salpicada de nerviosismo, dijo:

—Siguiendo la técnica de mis antecesores, quiero enviar un profundo y respetuoso saludo al grupo que durante tantos años hemos alimentado, no en la forma que hubiéramos deseado, pero sí con mucha voluntad, con anécdotas, historias, fracasos y hasta cuentos de amor y de odio. En cada una de las exposiciones que he escuchado noto el común denominador nostálgico y lleno de cariño que nos une; y recuerdo que ese factor seguirá siendo nuestro escudo hasta el día en que descansemos en paz. Yo no quiero hablar ni del Más Allá ni del Más Acá; solamente afirmo que quien se adelanta, a la larga nos espera. Por eso —y aquí el galeno volteó hacia el rostro inmóvil del Apóstol fallecido— te digo con todo mi corazón, Luis, muy pronto estaremos contigo; ya sea en el Más Allá, o en la fosa donde, como dijo el poeta, se confunden la miseria y la opulencia. El frío *sui generis* de la ma-

drugada ya empieza a calar mi osamenta, por eso trataré de ser breve y preciso. Aún falta mi buen Erasmo, y eso me obliga a apresurarme. Cierta ocasión, aún no me decidía por la radiología, daba consulta mancomunada con un médico de apellido Vega, allá por los confines de un pueblo cercano a Texcoco. Mi clientela era humilde, rica, pobre y millonaria; claro que esta última prefería ir a la capital, pero por cuestiones de catarros o de enfermedades leves solía acudir a mi consultorio. Un día llegó una señora joven y bien vestida que sin saludar siquiera se sentó en la silla reservada a los enfermos y me dijo:

—Vengo a planificar mi familia.

He de señalar que la época a que me refiero no estaba lo suficientemente preparada para hablar de estas cosas; es más, la palabra venía del extranjero y muy pocos la conocían.

—¿Se refiere a la planeación familiar? —respondí con la clásica pregunta que solemos hacer cuando no estamos seguros de qué se nos interroga.

—Bueno, más bien quisiera programar el nacimiento de mi hijo para el año que viene.

—Pero si estamos en el mes de enero —respondí descontrolado.

—Precisamente por eso he venido a consulta.

—Explíquese —exigí.

—Quiero que mi hijo nazca en el mes de febrero. Es difícil programar un natalicio en esas circunstancias; pero usted es médico y necesariamente podrá ayudarme. Mi matrimonio es duro, porque él es sumamente escrupuloso y metódico, no en balde su profesión es matemático. Nació bajo el signo de Piscis el 23 de febrero, por ese motivo quiero que mi hijo nazca en febrero y bajo el mismo signo; con eso fortificaré mi matrimonio que está a punto de desmoronarse... ¿qué opina, doctor?

—Su propuesta es puramente matemática y lógica; creo que su esposo ha influido en los números. Yo, como médico, no la veo disparatada y sí única y original, porque jamás había tenido una

paciente que programara su embarazo y el natalicio de su hijo. Voy a estudiar su caso, pero antes dígame la fecha exacta de su última regla para calcular el mes y día en que deberá embarazarse —le dije en un tono altamente charlatanesco, pero de ninguna manera tonto.

—Mi regla es muy exacta: cada 28 días. Y la fecha de este mes es el 25.

He de advertirles, mis queridos colegas, que la fecha permanece en mi memoria por la sencilla razón de que esta anécdota la he platicado en varias ocasiones, además de que matemáticamente coincidía con el signo de Piscis si la enferma seguía al pie de la letra mis instrucciones.

—¡Perfecto! —le dije— Es posible que su hijo nazca bajo ese signo.

—¡Maravilloso! —contestó eufórica.

—Y nada difícil —agregué— sería que naciera el mismo día que su marido: ¡un 23 de febrero!

—Sería fabuloso, pues un golpe aritmético a un matemático sencillamente es la gloria.

—Debe ser precisa y obediente en las indicaciones que le voy a dar —advertí con gesto didáctico—. Es posible que fallemos por unos días, pero si usted me obedece... ¡el 23 de febrero a las cuatro de la tarde —añadí con petulancia— nacerá el bebé!... ¿Y qué quiere, niña o niño?

Ella se quedó anonadada, no pensó que mis cálculos fueran más allá de sus peticiones.

—¿Es posible que programe el sexo? —inquirió asustada, asombrada y embrutecida con mi desplante de agorero; pero si lo hice fue por jugarle una broma a mi amigo el matemático, quien en ese momento no sabía que estaba viendo a su esposa.

—¡Claro!... yo puedo hacer todo lo que usted me pida; así que dígame... ¿qué sexo?

—¡Hombre! —respondió con los ojos iluminados de alegría y esperanza.

—Concedido; sólo que, insisto, tiene que seguir mis instrucciones al pie de la letra.

—Seré dócil, doctor, tenga en cuenta que de eso depende mi felicidad.

—La espero el día 26 de este mes; entonces planearemos todo. No quiero que falle nada.

—Aquí estaré —respondió y abandonó el consultorio.

A la enferma, he de aclarar, la conocía desde hacía tiempo porque se había casado con un viejo amigo al que frecuentaba muy pocas veces; fue por eso que una tarde le hablé a su oficina.

—¡Gilberto! —le dije— habla Pedro Berlán, tu amigo de la preparatoria... ¿te acuerdas?

—¡Por supuesto!... ¿Y a qué se debe este milagro?

—Necesito hablar personalmente contigo. Te espero en mi consultorio a las ocho de la noche... ¿puedes venir?

—¡Ahí estaré!... Yo también quiero consultarte.

El día de la entrevista, mis colegas, le platicué todo lo referente a la petición que me había hecho su esposa; él me dijo, después de escucharme, “que tenía problemas con ella, pero que la adoraba” y que veía con buenos ojos “mi puntada”, independientemente de que no diría nada acerca de la amistad que nos unía. Esto me hizo sentir seguridad con mi “juego”, ya que en realidad no perdía nada con asegurar que su hijo nacería bajo el signo de Piscis, aparte de que matemáticamente sí era factible que el aterrizaje coincidiera con el 23 de febrero. Cuando la señora Sheila de la Torre, que así se llamaba, llegó a consulta, yo sabía más de sus problemas de lo que se imaginaba.

—Doctor —me dijo—, he venido a la cita exactamente al tercer día de mi regla.

—Perfecto, señora, eso nos dará tiempo suficiente para iniciar el tratamiento. Quiero que sepa, ya que usted conoce mucho de matemáticas, que primero vamos a instituir un ciclo artificial para que durante los meses de febrero, marzo y abril no se embarace. Si logramos conservar el ritmo, entonces usted dejará de to-

mar las tabletas después de la regla correspondiente al mes de mayo ¡en esa forma esperaré a su bebé el mes de febrero del año que entra!... ¿Me entendió?

—Sí, doctor, mis cuentas coinciden con las de usted.

—Entonces, a partir de pasado mañana usted tomará sus pastillas... ¿de acuerdo?

—Así lo haré.

Mis queridos colegas, todo salió a pedir de boca, la paciente fue teniendo sus ciclos los meses indicados; el día doce de mayo regló por última vez y tuvimos la suerte de que inmediatamente se embarazara, pues en junio se le practicó el estudio de orina y salió positivo. Claro que mi alegría fue de grandes proporciones, pues según mis cálculos el niño debería nacer en la tercera decena del mes de febrero, o lo que es igual... ¡Piscis! Pero yo había dicho que el nacimiento coincidiría con el natalicio de su padre... ¡y sí tenía chance de que así sucediera!

Un día del mes de noviembre la señora Sheila me dijo que su marido había cambiado radicalmente, que ahora la trataba bien y que sus alejamientos habían terminado. Estaba segura de que el nacimiento del bebé confirmaría y afirmaría su matrimonio. Yo también lo creía, ya que había conversado con mi amigo.

Y llegó el día 23 de febrero, la fecha señalada por mí para el nacimiento del bebé. Y muy de madrugada, como a las cinco, la señora fue internada. Rápidamente me desplazé al sanatorio, pues mi profecía estaba a punto de cumplirse. Y tal como lo pronostiqué, el niño nació el día 23 de febrero a las ¡cuatro de la tarde!... bajo el signo de Piscis. Claro que todo fue una hermosa coincidencia que salvó un matrimonio. Todavía los partícipes de este parto programado recuerdan con felicidad esta anécdota, que es la más fabulosa en mi carrera, ya que posteriormente me llegaron matrimonios de los más diversos rincones de la República para que “les programara el nacimiento de su bebé”... ¡por supuesto que jamás volví a adivinar otra fecha! Ahora tocaré el punto relativo al instante más dramático de mi carrera; estoy se-

guro de que el radiólogo no tiene material digno de tomarse en cuenta, ya que normalmente obedecemos órdenes de los diferentes médicos que requieren nuestros servicios; sin embargo, ese momento no lo escribí como radiólogo, sino como médico general. Era la época del internado rotatorio y me encontraba en el servicio de ginecoobstetricia cuando llegó una señora de 36 años de edad para que se le practicara cesárea por desproporción cefalopélvica; aclaro que ese embarazo correspondía a su ¡tercer marido! Al interrogar a la paciente, me confesó su temor de que tuviera, aparte del embarazo, un tumor en la matriz. Yo no tomé en cuenta dicha opinión, ya que carecía de bases firmes.

—Tengo dolores cada cinco minutos, doctor, y cada vez son más intensos —me dijo.

—Precisamente por eso vamos a intervenirla quirúrgicamente —le respondí para calmarla.

—¿No habrá complicaciones? —indagó temerosa.

—¡Por supuesto que no! —le aclaré, sin muchas ganas de entablar conversación.

—No se olvide de mi “tumor” —insistió cortante.

—Yo estaré alerta —repetí automáticamente.

El doctor Gómez Vargas, jefe del servicio, me encomendó la vigilancia de la enferma, por lo que después de prepararla y conducirla a la sala de operaciones lo llamé para que iniciara la intervención. Esa noche, como todas aquellas que particularmente nos impresionan, era fría y lluviosa, el ambiente clásico de los grandes momentos. La cesárea se inició a las dos de la mañana, no se presentó ninguna complicación: la niña nació sin problemas y el maestro, al ver la matriz, dijo que tenía una tumoración que con el tiempo habría que extirparse; esto confirmó la corazonada de la enferma que con tanta insistencia me había advertido. Después de cerrar, el maestro se fue a dormir tal como lo estilaba, dejándonos el peso del posoperatorio a nosotros. Tan pronto se retiró, arreglamos a la paciente para trasladarla a su cuarto, pero un terrible detalle no me gustó: debajo de la mesa de operaciones

había un extenso charco de sangre más copioso que lo normal, por lo que procedimos a revisar a la paciente y constatar que existía un hilo del vital líquido procedente de la vagina. En estas condiciones aplicamos ocitócicos, Hartmann y masaje a la matriz; todo lo hicimos con cuidado y optamos por no trasladar a la enferma a su cama para observarla en sala con mayor detenimiento. A los pocos minutos la volvimos a revisar, y la sangre seguía escurriendo en forma alarmante; le checamos la presión y nos espantamos al ver que tenía 60/40, por lo que pasamos suero Hartmann a presión y pedimos sangre para nueva transfusión; mientras tanto, avisamos al doctor Gómez Vargas del problema, pero esa noche el maestro contestó:

—Doctor Berlán, si la paciente sigue perdiendo sangre... ¡extírrpene la matriz!... recuerden que está fibromatosa y que puede acarrear severas complicaciones si ustedes no se deciden a operar; si en el curso de la intervención tienen problemas... ¡entonces háblenme!... yo iré.

Y me colgó el audífono. Jamás he sido cirujano, esto lo saben quienes me conocen; pero los tiempos de la histerectomía sí los conocía, ya que infinidad de veces había ayudado al maestro; así que sin perder tiempo le hablé a mis compañeros y los puse al tanto del problema que teníamos que abordar; no bien habían aceptado, cuando un nuevo susto me hizo cimbrar el corazón: ¡no había sangre en ningún banco!; esto complicó e hizo más dramático el asunto, porque no contábamos con esa trampa del destino; y haciendo lo que todo médico hubiera hecho en ese momento, nos extrajimos medio litro cada uno de los que teníamos el mismo tipo que la enferma... ¡ésa era, mis queridos colegas, la medicina valiente, humana y de garra que se practicaba en la época en que las carencias ensombrecían el panorama quirúrgico de los hospitales de emergencia! por eso, cuando el doctor Luis Parnel nos refirió aquella sangría que se hizo nuestro amigo, que ahora duerme el sueño eterno, para administrarla a su hijo, no pude más que admirar las gestas valientes y quijotescas de la medicina a la cual

nosotros pertenecemos, pertenecemos y perteneceremos. No es reproche, pero creo que nuestra juventud era impulsada por ese dinamismo llamado optimismo; mientras que las actuales generaciones quisieran tener en charola de plata lo que nosotros buscamos en los sitios más disímiles. Pues bien, ya que se inició la transfusión, y al ver que la paciente seguía sangrando, optamos por ¡volverla a operar!; sólo que ahora no se trataba de una cesárea, sino una histerectomía con las desventajas que significa una reoperación. Sabía que en cualquier momento podría recurrir al maestro, pero no olvidemos un hecho decisivo: todos los médicos solemos ser orgullosos, y yo no fui aquella noche la excepción. Estaba seguro de que no lo llamaría, aunque debo confesar que el simple hecho de tenerlo a la mano me daba una confianza extraordinaria. Ordené que pasaran nuevamente a la mesa a la enferma, y en menos de diez minutos empezamos la reoperación. ¡Qué difícil y emocionante es salvar una vida necesaria!; porque a la niña que momentos antes había nacido le urgía que su madre viviera. Esa madrugada las gotas de la lluvia seguían cayendo en el ventanal de la sala de operaciones; ésa era la sinfonía que, junto con el ruido de pinzas, tijeras y de la bolsa de oxígeno, escuchaba mientras iba seccionando la matriz para extirparla de la cavidad abdominal. No sé cuanto tiempo me tardé, pero sospecho que fue más de dos horas, mas al final de la jornada, cuando di el último punto de piel, sentí enormes deseos de abrazar a mis colegas y ¡a la misma enferma!, porque todo salió a las mil maravillas. A los pocos minutos la paciente recuperó su presión, su color y ¡su vida!, yo recuperé mi optimismo y confianza. Todos nos felicitamos, ya que el triunfo le pertenecía al equipo, solamente el doctor Gómez Vargas se portó un tanto cuanto sarcástico conmigo, ya que en voz alta me dijo:

—Ya no tengo ninguna responsabilidad... si esa enferma muere, la única culpa recaerá en ti.

Por otro lado, el mismo director del sanatorio nos felicitó, diciéndome a mí en particular:

—Doctor Berlán, he sabido por boca de las enfermeras la heroica intervención que hicieron esta madrugada. Los felicito sinceramente por ese corazón bondadoso de todos ustedes, supe que donaron sangre en un ejemplar intento por salvar a la enferma. Personalmente el Presidente de la Cruz Roja les otorgará un diploma por tan loable hazaña. Con hombres como ustedes es fácil la medicina.

La enferma sanó. A los cinco días fue dada de alta. Jamás la volví a ver; así pasa en la carrera de los médicos, muchas veces salvamos una vida y nunca volvemos a saber de ellos; ésa es la misión, ésa es la vida. Mis queridos colegas, el ser médico, ahora que estamos a punto de cumplir nuestras bodas de plata, implica cualidades excepcionales; quienes estudian actualmente medicina y no las poseen, será mejor que renuncien a seguir el camino, porque uno de los postulados más hermosos que existen es la entrega total a la carrera. Yo, desde mi banquillo, extendiendo un abrazo profundo y sincero a Luis Dondé, quien no reparó en su propia salud para salvar una vida, aunque se tratara de su propio hijo. ¡He terminado!

* * *

La vehemencia del doctor Pedro Berlán, su sinceridad y el mensaje y la enseñanza transmitida motivaron una fuerte ovación en aquella capilla ardiente. Parecía, permítaseme la comparación, una última cena, teniendo al féretro como mesa. El doctor Erasmo Vidal se levantó de su asiento y abrazó al orador, lo felicitó y, sin dejar de estrecharlo, dijo a la concurrencia:

—Digna de todo mérito y alabanza es la historia que nos acaba de platicar nuestro hermano; hermosa y ejemplar como todas las que hemos escuchado. Yo lo felicito cordialmente, pues en realidad es una conferencia de amor y cariño a la profesión. La madrugada está acabando; ya a lo lejos empiezo a ver, al través de la ventana, la aurora. Sólo queda un discurso, el mío, por lo que quiero cerrar esta velada científica lo antes posible.

El político

Erasmus regresó a su sitio, se sentó lentamente, después, con ese estilo tan suyo, extrajo de su pitillera un cigarrillo, lo prendió, aspiró fuertemente, expulsó el humo, se quedó viendo al catafalco, y suavemente dijo:

—Soy el último en hablar; he escuchado con paciencia los relatos de ustedes, queridísimos Apóstoles, y no tengo palabras para alabar la dignidad y gallardía con que resolvieron sus problemas; ahora es mi turno y trataré de ser breve, porque, como decía hace rato, la aurora está en pleno proceso. La anécdota que más nostalgia me trae se originó una brillante y hermosa noche del mes de octubre; la luna, como dice la canción, iluminaba la ciudad en todo su esplendor, mientras en la sala de terapia intensiva dos médicos, Tobías y Reza, se debatían conmigo en una desigual lucha por salvarle la vida a la señora Loria, madre de tres tipos que tenían cara de pocos amigos y fama de matones y caciques. Ya antes, lo escuché personalmente, uno de ellos le había dicho al doctor Tobías:

—Más vale que mi madre salga bien, porque no es la primera vez que le da este ataque, ya en otras partes nos la han salvado; así que lo mejor será que nos la entreguen viva.

Estas frases, que encerraban indudablemente una amenaza, habían alterado los nervios de mis colegas, pues en verdad esos tipos tenían cara de malditos. Y lo peor era que la enferma tenía pocas posibilidades de salvarse; es más, no le daban una sola oportunidad; sin embargo, me uní al grupo para tratar de reincorporarla a la vida.

—Tiene infarto del miocardio marca demonio —dijo Tobías mientras examinaba el electrocardiograma—. No creo que viva.

—¡Está grave! —agregué mecánicamente.

—Hay que intubarla para oxigenar directamente al pulmón —terció Reza, desesperado de no poder hacer nada—. Su respiración es débil; ya casi no respira.

Tomé el laringoscopio y una sonda endotraqueal; como pude, le abrí la boca a la paciente, le introduje mi laringoscopio y le pasé la sonda que de inmediato conecté a mi aparato de anestesia; rápidamente la empecé a oxigenar, pero la enferma seguía agonizando, no había una respuesta siquiera alentadora.

—¡Se está muriendo! —afirmó descorazonado Tobías.

—Duro paquete tendremos —respondió Reza.

—Hay que enfrentarse a la realidad —les dije para animarlos—. Creo que vamos a pasar a uno de los hijos para que vea cómo luchamos por salvarle la vida a su madre.

—Buena idea —aceptó Tobías.

Y yo, sacando fuerzas de no sé donde, ordené a Tobías que le diera “bolsa”, es decir, oxígeno, mientras pasaba el familiar.

—Son unos malditos esos señores —insistió Reza con una cara de espanto que todavía tengo fresca en mi memoria.

Yo salí al encuentro de los matones, tal y como un torero lo hace al empezar su lidia. Los señores estaban sentados en la sala de espera, callados, meditabundos y preocupados. Al verme, uno de ellos se levantó y preguntó:

—¿Cómo ve a mi madre, doctor?

—¡Muy mal! —le respondí áspero— Y será mejor que se muera de una vez —agregué sorprendidamente.

Mi impacto fue tremendo, porque los otros dos hermanos se levantaron como impulsados por un resorte.

—¿Es mejor que se muera? —preguntaron casi al mismo tiempo y con una cara de asombro que realmente podría mover a risa a cualquiera que no esperara esa reacción; pero yo estaba tranquilo y sabía lo que estaba haciendo, es más, lo había provocado, por lo que sin perder aplomo y hablando cada vez más fuerte y golpeado, les dije:

—¡Claro que es mejor que se muera!... ¿Acaso ustedes son tan envidiosos y egoístas que prefieren tenerla viva y paralítica?... ¿Son tan malos que por el simple hecho de que viva no les importaría que ni siquiera los reconociera?

—Es que... —trató de interrumpirme uno de ellos; pero yo había avanzado lo suficiente como para no dejarme sorprender ni aceptar ninguna claudicación, así que seguí mi ataque:

—¡Es criminal lo que ustedes quieren! Yo ya ordené a mis médicos que sigan en su intento de salvarle la vida a la señora, pero que no hagan más de lo que pueden. Si fuera mi madre, señores, la dejaría morir tranquila; es más, llamaría a un padre para que le diera la extremaunción; no me quedaría parado, como ustedes, esperando un resultado incierto... ¡Vayan por un sacerdote!... Eso es lo que deben hacer, y no estar sin hacer nada.

Mis palabras fueron un cañonazo de alto calibre, porque surtieron el efecto que yo esperaba. Uno de ellos, de nombre Onésimo, inmediatamente se separó del grupo y dijo:

—Voy por un sacerdote.

Otro, de nombre Carlos, me dijo:

—Entonces, doctor, usted cree que sería mejor dejarla morir.

—¡Claro! —contesté fuerte— ¡Es mejor que se muera!... Tú sabes que todos debemos morir —le tuteé para confirmar mi postura—; y sabes que cuando Dios dice: “hasta aquí”... ¡hasta ese

día vives! Veo a tu madre muy enferma, por eso quiero que traigan al cura. Ustedes, mientras viene su hermano, deberían ir a la iglesia a pedirle a Dios que se la lleve y no la haga sufrir más... ¡eso es lo que deben hacer!

No esperé respuesta, los dejé con un palmo de narices y regresé a donde estaban mis colegas luchando por salvar a la señora. El sanatorio era chico y se escuchaba perfectamente lo que se hablaba en voz alta, por lo que mis amigos ya estaban enterados de mi conversación.

—¡Eres un auténtico político! —me dijo Tobías—; pero no te va a servir de mucho... ¡la enferma ya falleció!

—¡Qué bueno! —respondí altanero— ¡Era un sacrilegio que siguiera viviendo!

—¿Y cómo vas a esperar al sacerdote?... ¡ya no podrá darle la extremaunción! —inquirió Reza preocupado.

—Sigue dándole “bolsa”... el cura no tardará y deberá hacer su trabajo; tú haz el que te corresponde.

Efectivamente, la enferma tenía más de veinte minutos de muerta cuando llegó el cura. El doctor Tobías lo pasó, sin permitir que los “matones” entraran.

—¿Está grave? —preguntó el religioso.

—Está a punto de morir —mentí con piedad— y quisiera que empezara lo más pronto sus rezos, porque no durará mucho así.

Como la enferma estaba intubada y el doctor Reza continuaba introduciendo oxígeno a los pulmones, cualquiera hubiera pensado que estaba viva, por lo que el cura se apresuró a sacar su libro, sus listones, el agua bendita, en fin, todo lo que se estila para esa ceremonia. Todavía rezaba en latín, así que la extremaunción se me hizo solemne, ya que no entendía lo que decía. Estoy seguro de que el sacerdote no supo que estaba rezando a una muerta, o tal vez yo no comprendí que él se había dado cuenta y la ceremonia la hizo de ¡cuerpo presente!

En diez minutos el religioso dio por concluida su estancia en terapia intensiva.

—¡Ojalá la salven! —dijo y se despidió de nosotros. Cuando nos quedarnos solos, Tobías preguntó:

—¿Y ahora qué?... ¿Cuánto tiempo vas a ocupar en darle la noticia a esos matones?

—Calculo que en estos momentos —respondí— se están despidiendo del cura. Voy a esperar otros cinco minutos para darles la noticia. Espero que lloren, pero también quiero que me obedezcan, ya que pueden ser peligrosos.

—¡Deberías ser político! —recalcó Reza.

Tal como lo esperaba, al salir de la sala de emergencias estaban los tres hermanos aguardando; al verme se aproximaron un tanto cuanto agresivos. Yo, sin titubear ni un instante, les dije:

—¿Quiénes vienen además de ustedes?

—Nadie —respondió uno de ellos—. Solamente nosotros estamos aquí en México; mis demás parientes están en el pueblo.

—Su madre —dije con aplomo—, gracias a Dios,... ¡ha muerto!

—¿Muerta?— preguntó en voz baja el de más edad.

—¡Y los felicito! —ataqué firme—; porque ya no era posible que siguiera viviendo. Dios la ha recogido tan pronto el señor sacerdote ha venido a rezar por ella... ¡Qué bueno que así pasó!... No sería humano que su madre se hubiera salvado sólo para quedar parálitica; así la habrían tenido si Dios no se la lleva.

—Es inaudito —trató de hablar el de menos edad.

—¡Y ahora se van a hincar a rezar alrededor de ella! —les ordené al tiempo que los pasaba a la sala de emergencias.

Ahora que ha pasado tanto tiempo me doy cuenta de que desde entonces tenía pasta para político; porque no solamente se portaron como corderitos, sino después de que oraron y abrazaron a su madre, me dieron las gracias, y lo que es más... ¡me besaron la mano! Mis amigos, Tobías y Reza, se quedaron con la boca abierta, pues no esperaban esa reacción de los matones; todavía, cuando me retiré del sanatorio, me dirigí a ellos en tono de burla y les dije: “¿Y ustedes, par de idiotas, por qué no me besan la

mano también...?” Esa anécdota la recuerdo con cariño, porque en realidad en ella empecé a vislumbrar mis cualidades políticas; pero la Jornada ya está a punto de terminar y aún no les relato el momento más dramático en mi vida profesional. Este hecho se originó precisamente en mi consultorio, cuando una tarde se presentó una señora con sus dos hijos, que tenían fuertes golpes en la cara y manos; el menor de cinco y el mayor de siete años.

—Doctor —me dijo llorando—, quiero que revise a mis hijitos, porque sufrimos un accidente.

—¿Accidente? —pregunté incrédulo.

—La verdad, doctor, fueron golpeados.

—¿Por quién?

—Me da pena confesarlo, doctor, pero tengo que decir la verdad, por ¡su padre!

—¿Su papá? —pregunté asombrado—... ¡no es posible!.. Al menos que estuviera borracho, solamente así concibo que un padre les pegue tan fuerte a sus hijos... ¿por qué los maltrató?

—Ayer, mis hijos estaban merendando cuando Alejandro llegó en estado inconveniente, y sin ton ni son los empezó a golpear; no es la primera vez que sucede, anteriormente había herido a Javier con una varilla. Cuando mi marido toma, lo hace hasta acabarse todas las botellas que están a su alcance, y luego los perjudicados somos nosotros; pero eso no me interesa, doctor, quiero que me revise a mis hijos y vea si no están muy dañados.

Era conmovedor ver a los chiquillos con el rostro morado y con sus manos arañadas; daba la impresión de que habían sido atacados por un loco.

—¿Con qué les golpeó? —pregunté.

—A Dionisio, el más grande, le rompió una taza en la frente, mientras que a Javier le pegó en la cabeza con el puño cerrado.

—¿Y por qué no ha levantado una acta en la delegación, señora? Es un delito golpear en esa forma a los hijos.

—Siempre lo ha hecho, no sé por qué ahora se sobrepasó; hay veces que hasta a mí me pega.

—¿Y usted no hace nada por impedirlo?

—Mire, doctor, él es agente viajero, su vida la hace a lo largo y ancho de la República Mexicana; pocas veces está en casa, pero cuando llega a estar... ¡siempre se encuentra borracho!... Muy de mañana, antes de que amanezca, ya está pidiendo una copa de alcohol; ésa es su vida, doctor, tomar y tomar, para eso trabaja.

—¿Le da a usted para el gasto?

—No, doctor, yo trabajo en un café; de ahí saco para mantener a mis hijos.

—¿Y entonces por qué lo deja vivir en su casa?... ¡y sobre todo que golpee a sus hijos!

—No olvide, doctor, que él es su padre y tiene todo el derecho del mundo a educarlos.

—¡Esa no es ninguna educación!, señora; permíteme, pero usted está mal. Un padre que golpea a sus hijos, es borracho, desobligado y ni siquiera ayuda a mantenerlos... ¡ése no es un padre!... ese señor tiene otro nombre, no muy recomendable, por cierto.

—¿Y entonces qué quiere que yo haga?... ¿Que alce mis manos y lo golpee?

—Señora, no estoy recomendando violencia, sino que defienda a sus hijos... ¡eso es todo!

—Doctor, pero...

—No hay pero que valga... ¡eso es lo que usted debe hacer! Voy a revisar a sus hijos, pero le juro que si alguno de ellos tiene lesiones que pongan en peligro su vida... ¡personalmente levanto un acta y mando detener a su marido!

—Pobre de usted, doctor, mi marido es capaz de venir a golpearlo, no lo conoce.

—Yo no estoy manco —le respondí sin miedo.

—Yo le recomendaría, doctor, que no lo haga.

Sin hacer caso a sus recomendaciones, me puse a revisar a los niños y localicé una pequeña hemorragia en el oído izquierdo del más pequeño, que me hizo sospechar de fractura del piso medio del cráneo. No quise alarmar a la madre, pero ordené unas radio-

grafías que le fueron tomadas esa misma tarde; y no me equivocaba; el doctor Quiroz, extraordinario radiólogo, me envió una nota que decía: ¡Fractura! Esto bastó para que sin averiguaciones ni nada le dijera a la señora:

—¡Hay que internar a su hijo!... Está grave.

La cara que hizo la pobre madre fue de terror:

—¡Me va a pegar mi marido! —exclamó temerosa.

—A usted no le pega nadie, señora, porque ahora mismo se acaba de levantar el acta correspondiente y la justicia se hará cargo de la criminal conducta de ese hombre.

—Usted no lo conoce —insistía la pobre.

—Lo voy a conocer... ¡y usted a mí! —respondí furioso.

Esa tarde estaba de suerte, porque al momento de abordar el coche para llevar a internar al niño llegaba el marido más borracho que una gata centrifugada.

—Quiero ver a mi hijo —dijo arrastrando las palabras.

—¡Está malito! —le respondió su mujer angustiada.

—¿Qué le pasó?... ¿Por qué se lo llevan? —preguntaba el hombre con esa voz clásica de los que han bebido.

Yo no podía estar discutiendo ni escuchando necedades; así que cerré la portezuela del coche, me dirigí al marido y le dije amenazador:

—Su hijo tiene fractura del cráneo por los golpes que usted le ha dado; déjeme curarlo, porque si se muere... ¡usted va directo a la cárcel y yo me encargo de tenerlo encerrado por lo menos veinte años!

—¿Y usted quién es para llevarse a mi hijo? —contestó agresivo—. Yo soy su...

No acabó de hablar, dos agentes de la judicial llegaron en ese momento y se lo llevaron. Yo, al verme libre, enfilé rumbo al hospital infantil para iniciar el tratamiento del pequeño. Ahí lo revisaron los especialistas y dijeron que debería permanecer bajo estricta vigilancia por lo menos 72 horas; que era conveniente tenerlo en absoluto reposo y que el pronóstico, de no presentarse

complicaciones, era hasta cierto punto benigno. Al día siguiente me llamaron de la delegación, pues querían que contestara ciertas preguntas que estaban relacionadas con el lesionado. Fui y ahí encontré al padre del niño que estaba sentado en la sala, con las manos apretándose la cabeza y con los ojos hinchados de tanto llorar. Al verme, inmediatamente preguntó:

—¿Cómo está mi hijo, doctor?

El tono de su voz distaba mucho de ser violento y altanero; todo lo contrario, era suplicante y sereno.

—Está muy grave —le respondí con dureza.

—Doctor, sálvelo... yo soy el único culpable de que esté enfermo; pero fue porque estaba borracho y no sabía lo que hacía... ¡sálvelo!... se lo pido por su madrecita.

No sé que había en esa súplica, tal vez algo de arrepentimiento y desesperación; lo cierto es que a mí, que había jurado ser duro y severo, me conmovió; y tan me conmovió que me acerqué y le dije:

—¿Cómo es posible que siendo un hombre te ensañes con un niño que tiene cinco años y que es tu hijo?... ¿Cómo explicas esa golpiza a un indefenso?...

—Estoy arrepentido, doctor, se lo juro.

—¿Y qué podrías prometer si es que llego a salvar al pequeño? —le pregunté intrigado.

—¡Lo que usted quiera, doctor!... Si usted quiere dinero... ¡dinero le doy!

—Yo no quiero nada para mí, amigo, yo quiero algo para tu esposa y para tus hijos... yo no necesito nada; pero tu familia... sí; ella necesita un hombre en el hogar, no un borracho mantenido... ¿me estás entendiendo?

El hombre aquel se sumió en meditaciones; se tomó la cabeza entre las manos, pegó con el puño cerrado en la pared, y luego se acercó a mí y dijo:

—Déme un trago, doctor, por favor... se lo suplico, quiero solamente un trago.

No sé, mis amigos, de dónde saqué tanto coraje y odio a ese hombre; lo cierto es que exponiéndome mucho le asesté una limpia cachetada que sonó a gloria, porque ya tenía ganas de desquitarme.

—¡Eres un maldito! —le dije en tono amenazador—. Tu hijo está agonizando por culpa de tus borracheras y ahora quieres que te dé un trago... ¿No comprendes, grandísimo cabrón, que ésa es precisamente la causa de tus imbecilidades?... ¿Acaso quieres tomar para ser valiente?... ¡No tienes madre, desgraciado, lo que mereces es la cárcel!

El hombre se quedó como hipnotizado, como si fuera un idiota espantado.

—¿El alcohol es el culpable? —preguntó titubeando.

—¡Ése es el culpable!... Tú no eres más que un pobre idiota que haces lo que el alcohol quiere; no eres más que su esclavo, por eso la gente se ríe cuando estás borracho; por eso tus amigos te discriminan y tus hijos te tienen miedo... ¡no les gusta verte borracho!

—Yo le juro, doctor, que si usted salva a mi hijo... ¡nunca más volveré a beber!

Esas palabras, nacidas de lo más profundo de su dolor, hicieron la magia de convencerme. Yo estaba seguro de que no cumpliría su palabra, pues sus argumentos eran endebles.

—Voy a salvar a tu hijo; pero tienes que salvarte del vicio para poder gobernar a tu familia. Te prometo que si cumples tu palabra retiro la acusación; pero también te juro —y aquí levanté la voz para afirmar mis palabras— que si un solo día te veo borracho... ¡te hundo en la cárcel para toda la vida!

—Estoy seguro de cumplir con mi palabra —respondió tranquilo—, pero usted cumpla con la suya... ¡salve a mi hijo!

Colegas, el epílogo fue de lo más hermoso que puedan imaginarse: el padre del chiquillo dejó de tomar para siempre, nunca más, hasta el momento, volvió a ingerir licor. Su hijo, después de tres meses de tratamiento, fue dado de alta por curación. Hoy día,

muy lejano al drama, ellos viven felices, pues continúan siendo mis clientes. Ese ha sido, pues, el momento más dramático de mi carrera como médico.

Los Apóstoles aplaudieron al doctor Erasmo Vidal. Adán Calzada se levantó y estrechó al hombre que había hecho el milagro de reunirlos en Acapulco.

—Permíteme —dijo— felicitarte a nombre de todos mis compañeros, y no solamente por tu relato, sino por ser un hombre que tiene el ingenio y la gracia propios de quienes han escalado la cima triunfal de la política. No creo, y de eso estoy seguro, que nadie se hubiera atrevido a realizar una Jornada Médica en un velorio, y menos alrededor del catafalco donde reposan los restos de uno de nosotros. Esta reunión, mis queridos colegas, seguramente hará historia; y nada difícil sería que otros genios, tal vez de una profesión ajena a la nuestra, algún día nos emularan. Vayan, para quienes tal ejemplo les sirva de inspiración, mis más sinceras felicitaciones.

* * *

Cuando los Apóstoles abandonaron esa madrugada la capilla ardiente, un sacerdote entraba para officiar una misa de cuerpo presente. Alguien, allá en la pequeña recámara adjunta a la capilla, se encontraba de hinojos ante la imagen de Jesucristo: era la esposa de Luis Dondé que había pasado toda la jornada rezando, mientras los médicos evocaban sus experiencias.

* * *

Después de que sepultaron el cuerpo de Luis Dondé en el camposanto, y que todos los deudos se retiraron, los doce Apóstoles rodearon el sepulcro y Erasmo Vidal tomó la palabra.

—Éste es tu sitio, Luis, aquí reposarás eternamente. Tu espíritu lógico ya abandonó la materia; pero aquí, donde todavía sentimos el latir de tu alma, juramos no faltar a ninguna de las honras

fúnebres de cada uno de nosotros...; ¡lo juramos por ese cariño que siempre nos ha unido!

Y los doce médicos tomaron del suelo un puño de tierra y lo arrojaron al sepulcro en señal de asentimiento; una pequeña nubesilla se levantó del suelo y se fue deshaciendo conforme los Apóstoles se fueron retirando.

Otras obras de Rafael Olivera Figueroa

En las páginas siguientes encontrará información acerca de la primera y la tercera de las obras que integran la trilogía de Jornadas Médicas.

Jornada de errores médicos

Primer tomo de la trilogía de Jornadas Médicas

Jornada de errores médicos es un libro que estremecerá a los lectores por su profundo contenido y dramática realidad. Es la historia de doce médicos que el día de su graduación prometen solemnemente reunirse al cabo de veinte años en el mejor hotel, en ese entonces, del bello puerto de Acapulco. Y cuando cumplen su juramento, siendo ya médicos famosos, uno de ellos se levanta de la mesa redonda y propone algo insólito: ¡confesar cuál ha sido el error más grande que cada quien ha cometido en el ejercicio de su profesión!

La pluma ágil y sencilla del doctor Rafael Olivera Figueroa nos hace vivir las terribles horas que pasan los personajes al reconstruir sus tristes experiencias. No se trata de juzgar al cirujano que involuntariamente llega a equivocarse, sino de comprender los momentos angustiosos que vive al darse cuenta de su error...

Hace años, posiblemente nadie se hubiera atrevido a tocar este delicado punto, pero ahora, y es justo aceptarlo, ya no se considera a los médicos como dioses ni se les da tratamiento de omnipotentes: \$son humanos y, como tales, propensos a errores!



Jornada de errores médicos

Rafael Olivera Figueroa

1



La última jornada médica

Tercer tomo de la trilogía de Jornadas Médicas

En esta novela el doctor Rafael Olivera Figueroa nos muestra una vez más su depurado estilo para escribir, el cual es una mezcla de sencillez y profundidad capaz de llegar a las fibras más sensibles de cualquier tipo de lector.

Aquellos galenos que un día fueron bautizados por un legislador hidalguense con el mote de Los Doce Apóstoles, y que al cabo de veinte años se reunieron en Acapulco para confesar sus errores médicos (*Jornada de errores médicos*) y más tarde organizaron una jornada alrededor de un ataúd en el velorio de uno de ellos (*Jornada médica en un velorio*), ahora, conscientes del paso de los años y agobiados por sus múltiples enfermedades, se reúnen por última ocasión en torno del lecho de su guía, el ex senador Erasmo Vidal y Rojas, que agoniza víctima de un virulento cáncer, para relatar sus experiencias acerca de la muerte, de la ingratitud de los hijos, del Más Allá y del sufrimiento de sus enfermedades que poco a poco los van acabando.



La última Jornada médica

Rafael Olivera Figueroa

3



El doctor Rafael Olivera Figueroa muestra una vez más su gran sencillez y amenidad para escribir, y en esta ocasión nos relata la historia de un grupo de médicos, quienes al reunirse en el velorio de uno de sus amigos hacen el recuento de los sucesos más impactantes, tristes e impresionantes en el ejercicio de su profesión.

Los médicos de esta atractiva novela, con el admirable Erasmo Vidal en primer término, narran vivencias que provocan diferentes estados de ánimo en el lector, llevándolo de la melancolía a la risa y del asombro a la incredulidad.

Una muestra de lo interesante de esta obra es la detallada descripción de la maravillosa operación que convierte a un hombre en mujer, así como el estrujante relato de un cuerpo sin vida que es arrojado en la carretera a Cuernavaca.

ISBN 978-607-7504-00-9



9 786077 504009